DEL NUEVO EXTREMO > NUEVAMENTE >

El libro rojo

EL DRAMA DE AMOR DE C. G. JUNG

MARIA HELENA R. MANDACARÚ GUERRA

El Libro Rojo

• El Libro Rojo •

El drama de amor de C. G. Jung

Maria Helena R. Mandacarú Guerra

Traducido al español por M. Amelia Herrera Herreros

Índice de contenido

Mandacarú Guerra, Maria Helena
El libro rojo : el drama de amor de C. G. Jung / Maria Helena Mandacarú Guerra. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2015.
Libro digital, Amazon Kindle
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-609-603-4

1. Narrativa Brasilera. I. Título.
CDD B869.3

A. J. Carranza 1852 (C1414COV) Buenos Aires, Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4773-3228
e-mail: editorial@delnuevoextremo.com
www.delnuevoextremo.com

Imagen editorial: Marta Cánovas
Traducción: M. Amelia Herrera Herreros
Diseño de tapa: Sergio Manela
Diagramación: m&s estudio
Correcciones: Diana Gamarnik

Título en portugués: O Livro Vermelho - o Drama de Amor de C. G. Jung

Primera edición en formato digital: agosto de 2015
Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-609-603-4

• Agradecimientos •

Agradezco a los editores por las autorizaciones concedidas para reproducir algunos fragmentos de las siguientes obras:

JUNG: UNA BIOGRAFÍA, de Deirdre Bair, traducido por Helena Londres. Copyright de la traducción al Portugués © 2006 Editora Globo S.A.

RECUERDOS, SUEÑOS Y PENSAMIENTOS, de C. G. Jung, editado por Aniela Jaffé, traducido al inglés por Richard & Clara Winston, copyright de la traducción ©1961, 1962, 1963 y renovada en 1989, 1990, 1991 por Random House, Inc. Usados con el permiso de Pantheon Books, una división de Random House, Inc. Traducción al castellano hecha por María Rosa Borras. © 2002, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C./Seix Barral.

EL LIBRO ROJO, de C. G. Jung, editado por Sonu Shamdasani, traducido al inglés por Mark Kyburtz, John Pecke y Sonu Shamdasani. Copyright © 2009 Fundación de las Obras de C. G. Jung. Copyright de la traducción al inglés © 2009 Mark Kyburtz, John Pecke y Sonu Shamdasani. Traducido al castellano por Romina Scheuschener y Valentín Romero, bajo la dirección de Laura Carugati. Supervisión de Bernardo Nante. Derechos de la traducción al Castellano, 2010 María Soledad Constantini. El hilo de Ariadna, Malba-Fundación Constantini.

• Nota a la Edición en español •

Desde el lanzamiento de este libro, en portugués, deseé compartirlo con mis colegas latinoamericanos de habla hispana. Cuando M. Amelia Herrera Herreros, amiga chilena, psicóloga clínica, *router* y analista en formación, actualmente Vicepresidenta de la Sociedad Chilena de Psicología Analítica (SCPA), se ofreció para traducirlo al español, quedé muy contenta con la posibilidad de satisfacer mi deseo. Sin embargo, el trabajo de Amelia me trajo mucho más que eso. Unido a su conocimiento de psicología analítica, a la comprensión del portugués y a su muy buen dominio del español, a una enorme dedicación, meticulosidad, afectividad, capacidad de percibir los matices del texto y de sintonizar con lo que yo quería decir, Amelia realizó un trabajo extraordinario.

Si existe el dicho *traduttore, traditore* ('traductor, traidor'), este definitivamente no se aplica a la magnífica versión hecha por Amelia. Ruben Alves, un gran escritor brasilero, escribió en un artículo que la traducción se trata de "una delicada combinación de ciencia y de arte". Amelia, en el mejor estilo junguiano, consiguió hacer la síntesis entre ambas.

A la querida Amelia, mi gratitud.

Maria Helena R. Mandacarú Guerra
Marzo, 2015

Para Carlos,

Mi amigo, mi compañero, mi maestro, mi marido, mi amor

• Oda a Phanes •

Phanes es el Dios que emerge centelleante de las aguas./ Phanes es la sonrisa del amanecer./ Phanes es el día resplandeciente./ Él es el presente inmortal./ Él es murmullo de las corrientes./ Él es el viento que susurra./ Él es hambre y saciedad./ Él es el amor y la lujuria./ Él es el lamento y el consuelo./ Él es la promesa y la realización./ Él es la luz que ilumina toda oscuridad./ Él es el día eterno./ Él es la luz plateada de la luna./ Él es las estrellas relucientes./ Él es estrella fugaz que brilla y cae y pasa./ Él es el flujo de estrellas fugaces que regresan cada año./ Él es el regreso del sol y la luna./ Él es la estrella que trae guerra y vino noble./ Él es el beneficio y la plenitud del año./ Él llena las horas con encantamiento lleno de vida./ Él es el abrazo y el susurro del amor./ Él es el calor de la amistad./ Él es la esperanza que anima el vacío./ Él es el esplendor de todos los soles renovados./ Él es la alegría de cada nacimiento./ Él es las flores que florecen./ Él es el ala aterciopelada de la mariposa./ Él es el perfume de los jardines floridos que invade las noches./ Él es la canción de la alegría./ Él es el árbol de la luz./ Él es la perfección, todo hecho mejor./ Él es todo lo que es melodioso./ Él es la proporción exacta./ Él es el número sagrado./ Él es la promesa de la vida./ Él es el contrato y el compromiso sagrados./ Él es la diversidad de sonidos y colores./ Él es la santificación de la mañana, del mediodía y de la noche./ Él es lo benevolente y lo manso./ Él es la salvación…/ En realidad, Phanes es el día feliz…/ En realidad, Phanes es el trabajo, y su realización y su remuneración./ Él es la tarea incómoda y la calma de la noche./ Él es el paso por el camino del medio; su comienzo, su mitad y su fin./ Él es previsión./ Él es el fin del miedo./ Él es la simiente germinando, el botón despuntando./ Él es la puerta de la recepción, de la aceptación y del deponer./ Él es la primavera y el desierto./ Él es el puerto seguro y la noche de tormenta./ Él es la certeza en la desesperación./ Él es lo sólido en la disolución./ Él es

la liberación del encarcelamiento./ Él es el consejo y la fuerza en el progreso./ Él es el amigo del hombre, la llama brillante que el hombre ve en su camino./ Él es la grandeza del hombre, su valor y su fuerza.

Descripción de Phanes hecha por Filemón el 11 de septiembre de 1917 (1).

1- Jung, El Libro Rojo, p. 301, nota 211.

• Prefacio •

El Libro Rojo siempre fue una verdadera leyenda en el movimiento junguiano. Se le daba el crédito de revelar grandes secretos de la vida del maestro. Pocas personas lo conocían, y la discreción de la mayoría de ellas, junto con la resistencia de la familia de Jung por publicarlo, lo transformó en un verdadero misterio. El hecho de saber que el original estaba en una caja fuerte en un banco en Bahnhofstrasse, en el centro de Zúrich, lo hacía ser un tesoro codiciado e irresistible.

Cuando el libro fue finalmente lanzado en Nueva York, en octubre de 2009, Maria Helena y yo sentimos que no podríamos estar ausentes de un evento tan importante. Después de tantos años siguiendo y enseñando la teoría de Jung, el llamado para estar allá nos llegó con mucha fuerza.

Basándose en trece años de investigación, el historiador Sonu Shamdasani tomó solemnemente la palabra para presentar el libro editado por él. Y, delante de cientos de analistas de pelo cano, declaró con gran seguridad que todos nosotros deberíamos volver a leer la obra de Jung, porque, después de *El Libro Rojo*, surgiría un nuevo Jung.

Desde su publicación se han resaltado sobre todo dos aspectos formales. El primero fue el método de imaginación activa, en el cual Jung dialoga en su imaginación con figuras psíquicas extraordinarias. El segundo fue una serie de pinturas fascinantes que acompañan a un texto de exuberante fantasía, escrito con una esmeradísima caligrafía de la Alemania medieval, comparable con un texto sagrado.

Dos contenidos fueron también, desde entonces, muy comentados. El primero fue el temor del propio Jung, y la sospecha de varios psicólogos y psiquiatras, de que *El Libro Rojo* hubiese sido escrito en medio de un cuadro psicótico delirante, lo cual explicaría muchas de sus imaginaciones y fantasías. El principal "síntoma" de

ese cuadro fue una visión o alucinación que Jung tuvo en 1913, en el cual el mapa de Europa estaba cubierto de sangre. Él quedó espantado y pensó que podría estar esquizofrénico.

El segundo fue que él prosiguió valientemente con sus imaginaciones y que, en 1914, con el inicio de la Primera Guerra Mundial, se dio cuenta de que no había tenido una alucinación, sí una visión psíquica prospectiva de lo que estaba por acontecer y que, por eso, no era un esquizofrénico, pero sí un hombre dotado de gran sensibilidad e intuición.

También fue muy enfatizado por él y por Shamdasani que los principales conceptos de su obra, a saber, la función trascendente, el arquetipo del ánima, el Self y el proceso de individuación, se expresaron en sueños y visiones en *El Libro Rojo*, lo cual configuraría el descubrimiento de un nuevo método para la investigación científica, utilizando los sueños, las fantasías y la imaginación activa.

De esta manera, aquel libro secreto, que revelaría la vida creativa y tal vez psicótica de Jung, acabó demostrando especialmente su valentía, su genialidad y una nueva manera de hacer ciencia, lo cual lo consagró en forma definitiva como fundador de la psicología moderna, al lado de Freud.

Al examinar el contenido del libro, confirmé la creatividad, la originalidad y la valentía de Jung para escribirlo, pero no encontré precisamente una trama que pudiese ligar su contenido, como un todo, a un mito individual, al proceso de individuación de Jung, a detalles existenciales que realmente caracterizaran la vida tal cual es.

Fue en este contexto que acompañé a mi esposa, Maria Helena, en la profundización del estudio de *El Libro Rojo*, y en su descubrimiento de un hilo de Ariadna que, de pronto, se tornó para mí en un relato clarísimo de una trama absolutamente personal, de luz y de sombra, cargado de búsqueda, sufrimiento, culpa y autorrealización, que, ahora sí, vemos que corresponde a lo que Jung describió más tarde como el proceso de individuación.

Espero que el lector tenga el mismo placer que yo tuve al acompañar ese hilo develado por Maria Helena.

Carlos Byington

• Introducción •

No hay prostituta más hipócrita que el intelecto cuando sustituye al corazón (2)*.*

¿QUÉ ES *EL LIBRO ROJO* DE C. G. JUNG?

El Libro Rojo, o *Liber Novus*, en el cual Jung escribió sus imaginaciones y expresó plásticamente su creatividad y sus dotes artísticas, fue, durante muchos años, una especie de fetiche en los medios junguianos. Su existencia y su importancia fueron conocidas hace ya mucho tiempo –el propio Jung hizo esa revelación, mencionándolo en sus memorias y mostrando el libro a algunas personas–. Pero el enorme ejemplar escrito en letras góticas, pleno de iluminaciones y pinturas, cuya tapa en cuero rojo justifica su nombre, permaneció durante décadas guardado en una caja fuerte en un banco en el corazón del centro financiero de Zúrich, lejos de los ojos de la comunidad junguiana.

Aunque hoy sepamos que mucho material escrito de puño y letra por Jung y registrado en sus seminarios todavía está por ser divulgado, *El Libro Rojo* siempre tuvo un lugar destacado, pues se sabía que no era una producción cualquiera. En dicho libro están las fantasías y las visiones de Jung, las cuales, según él mismo, servirán de base a toda su teoría.

Jung, en *Recuerdos, sueños y pensamientos*, relata:

> Los años en que ya trataba de aclarar las imágenes internas constituyeron la época más importante de mi vida, en que se decidió todo lo esencial. Entonces comenzó todo y las posteriores particularidades son solo complementos y aclaraciones. Toda mi actividad posterior consistió en perfeccionar lo que brotó del inconsciente, y que comenzó inundándome a mí. Constituyó la materia prima para la obra de mi vida (3).

Cuenta también, en el mismo libro, algunas vivencias de ese tiempo, época que incluye el periodo de separación entre él y Freud, el estallido de la Primera Guerra Mundial y lo que él llamó “la invasión del inconsciente”, proceso durante el cual le pareció estar enloqueciendo.

Todos estos ingredientes, dejados entrever solo por escasas y pequeñas fisuras, aguzaron la imaginación de sus discípulos. Y cuando Sonu Shamdasani, historiador que consiguió de la familia de Jung los derechos para publicar *El Libro Rojo*, anunció este hecho a los participantes del XVI Congreso Internacional de Psicología Analítica, en 2004 en la ciudad de Barcelona, sentí un cierto estremecimiento en la audiencia. Muy pronto la comunidad junguiana tendría satisfecha su curiosidad en cuanto a la vida interior del maestro, y la gran obra dejaría de estar restringida a unos pocos.

Un libro que contuviera las fantasías, las imaginaciones activas, las pinturas, así como también la base del pensamiento de Jung, ocupó durante décadas la imaginación de los estudiosos de la Psicología Analítica. Shamdasani se refiere a esto cuando, en la primera página de la Introducción de *El Libro Rojo,* afirma que pocas obras no publicadas ejercerán tanto efecto en la historia social e intelectual del siglo XX como este libro.

Sabemos hoy que Jung estaba muy ambivalente en cuanto a publicar o no ese libro, en la forma en que lo conocemos hoy. A lo largo de su vida, Jung divulgó por aquí y por allá parte de su contenido, como algunos mandalas en *El secreto de la flor de oro* (1929) y en *Simbolismo del mandala* (1950); y en *Los siete sermones a los muertos* en el libro *Recuerdos, sueños y pensamientos* (1961) (4). Encontramos también menciones de esas experiencias en sus seminarios sobre Psicología Analítica, en 1925, así como también relatos de algunos de sus sueños, publicados en el caso Z, en *Aspectos psicológicos de Kore* (1941).

El Libro Rojo vio la luz prácticamente un siglo después de haber sido iniciado. Su lanzamiento, en octubre de 2009, movilizó al mundo junguiano. La solemnidad de su presentación, la belleza de sus imágenes, los detalles de su caligrafía, la profundidad intuida de

sus contenidos produjeron admiración, sorpresa, deslumbramiento, incredulidad, reverencia, respeto y hasta un sentimiento religioso delante de la obra. Rápidamente se acabó la primera edición, así como también la edición especial numerada, de la cual había 199 ejemplares de alto costo.

LA CONSTRUCCIÓN DEL LIBRO ROJO

En la nota editorial *de El Libro Rojo*, en la página 225, Shamdasani menciona las fechas de los manuscritos a partir de los cuales fue escrito el *Liber Novus* (nombre dado por Jung al Libro Rojo), dividido en *Liber Primus, Liber Secundus y Escrutinios.* Las dos primeras partes provienen de los *Libros Negros 2-5,* que datan desde diciembre de 1913 hasta abril de 1914; del borrador manuscrito, escrito en el verano de 1914 y 1915; otros borradores dactilografiados (1915); borradores revisados (con correcciones a los costados de 1915 y de 1920) y otras fuentes. El volumen caligráfico, esto es, el manuscrito en letras góticas, fue hecho por Jung entre 1915 y 1930, y fue retomado en 1959, pero fue dejado incompleto. Existen también las transcripciones de Cary Baynes (1924-1925), el manuscrito de Yale y una copia editada de los borradores del *Liber Primus.* Los *Escrutinios* se originan en los *Libros Negros 5* y *6*, escritos entre abril de 1914 y junio de 1916, así como en una copia caligráfica y en otra impresa de los *Siete sermones* (1916), en un borrador escrito a mano (alrededor de 1917), en un borrador dactilografiado (alrededor de 1918) y en una transcripción incompleta hecha por Cary Baynes (27 páginas).

Es preciso prestar mucha atención a estos datos para que podamos hacer una distinción entre lo que se refiere al surgimiento del contenido de las vivencias relatadas en *El Libro Rojo* y aquello asociado principalmente a su forma y a las pinturas.

Entre 1915 y 1930, Jung hizo algunas modificaciones al texto original e incluyó las pinturas, pero el contenido central del *Libro* está basado, especialmente, en aquello que experimentó entre octubre de 1913 y julio de 1914, aunque haya interrumpido el libro

cuando transcribió las vivencias que había tenido en febrero de 1914. Los *Escrutinios* no fueron transcritos en *El Libro Rojo* por Jung, sino por Shamdasani, a partir de borradores de Jung. Esto nos permitió acompañar y comprender mejor el proceso de individuación de Jung.

Fue en 1915 cuando Jung empezó a transcribir sus experiencias en el *Liber Novus*, posiblemente con la intención de que un día el libro saliera al público. Para que podamos entender mejor el significado de *El Libro Rojo,* es preciso tener en mente algunos puntos que nos ayudarán a contextualizar esta obra y facilitarán nuestra comprensión acerca del proceso de desarrollo de Jung, a saber:

– Al iniciar su primer capítulo, *Liber Primus,* Jung está en 1915 presentando y transcribiendo, a partir de los *Libros Negros*, aquello que vivenció durante 1913 y 1914.

– Shamdasani transcribió tres apéndices al final del *Libro.* El segundo (Apéndice B, p. 365) trae un comentario de Jung acerca de algunas imágenes presentes en *El Libro Rojo,* escrito en los borradores corregidos, por lo tanto, entre 1915 y 1920.

2- Ibíd., p. 237, nota 81.

3- Jung, Recuerdos, sueños y pensamientos, p. 167.

4- Este libro fue compilado por Aniela Jaffé entre 1957 y 1959, pero en algunos momentos fue escrito, de puño y letra, por el mismo Jung, lo que le confiere un carácter de autobiografía.

• Jung y la búsqueda de la Integración del Amor •

El color rojo apunta hacia Eros (5).

VIVENCIAS

Es un hecho que *El Libro Rojo* trae tal cantidad de material que Jung admite haber pasado el resto de su vida elaborándolo. Sin embargo, sabemos que a partir de la experiencia relatada en *El Libro Rojo*, Jung creó innumerables conceptos teóricos que serían desarrollados a lo largo de toda su obra. Pero ¿de dónde vino *El Libro Rojo*? ¿Qué experiencias de la vida de Jung contribuyeron a la emergencia de los contenidos que surgieron en su psique y que fueron cuidadosamente registrados a partir de 1913?

Jung parece dejar entrever el elemento desencadenante de su proceso cuando, en junio de 1914, escribe que la tristeza lo acompañó hasta el día 24 de junio de ese año, cuando su alma habló: "Lo más grande viene de lo más pequeño" y luego se calló. Enseguida estalló la guerra y fue ahí cuando, junto con la conciencia de lo que había vivido, tuvo el coraje para contar lo que escribió en *El Libro Rojo.* Durante el próximo año, las voces de las profundidades permanecieron en silencio (6).

Al señalar la guerra como elemento desencadenante de sus vivencias, Jung indujo a sus lectores a pensar lo mismo. Shamdasani (2010) (7), mencionando la conferencia sobre *Los fundamentos psicológicos de la creencia en los espíritus*, dada por Jung en 1919, afirma que él diferenciaba dos situaciones en las cuales el inconsciente colectivo se torna activo. La primera, cuando hay una crisis en la vida del individuo, y la segunda, en tiempos de gran agitación política, social y religiosa. Decía Jung que las

personas intuitivas captan lo que está por venir, percibiendo anticipadamente la todavía subliminal agitación colectiva. Estos individuos intentan expresarle a la comunidad aquello que presienten. Por el hecho de que este material posee un carácter impersonal, Jung lo consideró como proveniente del inconsciente colectivo. De ese modo funcionaban los chamanes que soñaban los “grandes sueños”, los cuales contenían mensajes útiles para la tribu.

Así, siguiendo la propia teoría junguiana, el material que surge de la movilización subjetiva experimentada por Jung fue interpretado como perteneciente al inconsciente colectivo, y habría sido despertado en virtud de una gran agitación cultural general (8).

Más adelante (9), este autor insiste en esa idea, afirmando que las visiones de Jung sobre la guerra eran proféticas, premonitorias, y que la posibilidad de que él percibiera esto es lo que lo llevó a escribir *El Libro Rojo* (o *Liber Novus*).

Jung asoció también la época de su separación con Freud al período en que desarrolló la técnica de la imaginación activa, considerada por él de extrema importancia en situaciones difíciles. Afirmó que esta técnica tiene mucho sentido cuando tenemos la impresión de estar en una situación sin salida, agregando que así se sintió él cuando se separó de Freud (10).

Por otro lado, Aniela Jaffé, a quien Jung relató sus memorias, escribió en 1957 a la Fundación Bollingen informando que Jung sugería que el *Liber Novus* y los *Libros Negros* fuesen donados a la biblioteca de la Universidad de Basilea, pero que debían quedar guardados por 50 u 80 años o más, porque él “odiaba la idea” de que alguien leyese este material sin que fuesen conocidas las relaciones que este tenía con su vida (11). Pocos años antes, alrededor de 1952, y con apoyo de Jung, Cary Baynes había pensado escribir una biografía basada en el *Liber Novus* (12).

A los 82 años, Jung demostró que consideraba importante que el lector de este material conociese las relaciones con su vida, es decir, que el contenido de su imaginación fuese contextualizado a partir de sus experiencias existenciales. Al contrario de lo que propuso en los *Seminarios de las visiones*, realizados entre 1930 y 1934 y publicados en 1976, cuando afirmó que deliberadamente omitiría los acontecimientos personales de la vida de la paciente en

la exposición del material, pues “nos quedamos todos hechizados por las circunstancias externas y ellas distraen nuestras mentes de la cosa real, que es que todos estamos divididos internamente” (13). Jung ahora apuntaba a la importancia de los datos personales. De hecho, por más colectivas y totales que sean determinadas vivencias, siempre se apoyan en atributos propios del individuo, en su experiencia de vida, en su personalidad, y necesitarán siempre de alguien o de algo para poder manifestarse.

Tanto es así que, si un paciente relata un sueño, por más que las imágenes contenidas en él puedan ser reconocidas como universales, siempre pediremos a la persona que nos dé sus propias asociaciones, pues el significado de un sueño está atado, siempre e invariablemente, a un componente individual, aun, algunas veces, no solo a él.

No hay dudas de que *El Libro Rojo* fue escrito en la época en que Jung se separó de Freud. Es verdad también que su contenido emergió en el periodo que precedió a la Primera Guerra Mundial. Pero otro evento no menos importante sucedió en la vida de Jung a finales de 1912: él asumió su relación amorosa con Toni Wolff.

A mi modo de ver, cuando leemos *El Libro Rojo* a la luz de la relación amorosa de Jung con Toni, podemos comprender muchas cosas que, de otro modo, permanecen oscuras. La confrontación entre el material publicado en *El Libro Rojo* y los datos biográficos de Jung, obtenidos especialmente de los libros de Barbara Hannah (14) y de Deirdre Bair (15), y también contenidos en la Introducción de *El Libro Rojo* escrita por Sonu Shamdasani, historiador, editor y uno de los traductores al inglés de esta obra, dan validez a estas afirmaciones. Así, propongo la hipótesis de que el principal factor que provocó el surgimiento de las visiones relatadas por Jung en el *Liber* Novus fue una crisis personal desatada por su relación amorosa con Toni Wolff.

Esta es la propuesta de este libro: mostrar que el drama de la relación amorosa entre Jung y Toni es el hilo conductor que atraviesa todo *El Libro Rojo*. El amor y las emociones derivadas de

él nos conducirán a la comprensión del proceso de individuación de Jung, tal como se presenta en *El Libro Rojo.*

Para seguir este camino, me parece importante presentar algunos datos referentes a la vida de Jung en el período que antecede el inicio de su relación amorosa con Toni.

1910

En 1910, a los 22 años y deprimida por el fallecimiento de su padre, Toni Wolff fue llevada donde Jung.

Ella nació en una familia adinerada el 18 de septiembre de 1888, siendo la mayor de tres hermanas. Su padre no permitió que sus hijas tuviesen una educación formal, pues esto podría ser un impedimento a la hora de encontrar marido. Sin embargo, las autorizó para que asistieran a cursos informales, aun en universidades. Toni siempre se sintió atraída por el estudio de las religiones, la teología, la filosofía y la mitología. Muy inteligente, con gustos afines y dueña de una cultura extraordinaria, no es difícil imaginar el interés que la joven debe haber despertado en Jung.

Toni era considerada como alguien –tal vez la única persona– que conversaba con Jung de igual a igual, discutiendo las ideas de él y contribuyendo a ellas a partir de sus propios puntos de vista.

> […] fueron muchas las ocasiones en que ella daba interpretaciones notoriamente diferentes de las que él proponía. Desde el inicio, ella contribuyó con una perspectiva diferente en el trabajo de Jung, y su parte en la conversación entre ellos dos estaba frecuentemente condimentada con comentarios como “sí, pero…”, y no solo con un simple “sí” (16).

Hannah (17) la describe como la persona más adecuada que ella conoció para cargar la proyección del ánima, lo que significa que era un tipo de mujer que correspondía fácilmente al gusto de los hombres. Así, por las características de personalidad de Toni, existe una gran probabilidad de que uno pueda aplicar a la relación entre ella y Jung lo que él habla sobre el encuentro del hombre con su ánima:

> Un hombre puede […] conocer a la mujer real también como luz y oscuridad, pero cuando él ve en una mujer la cualidad mágica que es la esencia de Ella [de su ánima], empiezan las inmensas proyecciones del inconsciente sobre ella (18).

1911-1912

La cercanía que Jung y Freud desarrollaron durante los años en que trabajaron juntos involucró también a sus familias. En medio de la correspondencia entre Freud y Jung, se publicaron algunas cartas de Emma Jung (19) a Freud, en las cuales ella deja entrever la existencia de sus dificultades matrimoniales.

Preocupada por una posible reacción negativa de Freud al libro de Jung *Transformaciones y símbolos de la libido*, Emma le escribe algunas cartas. En una de ellas, fechada el 6 de noviembre de 1911, Emma agradece a Freud por su gentil carta, y agrega:

> La segunda razón [para escribir la carta] surgió de la conversación de la primera mañana después de su llegada, cuando el señor me contó sobre su familia. El señor dijo que hace tiempo en su matrimonio se ha "enfriado el entusiasmo", y que ahora no hay nada más que hacer, excepto morir. Y que los hijos estaban creciendo y convirtiéndose, de hecho, en una preocupación, y que aun así esta era la única alegría verdadera. Esto me impresionó tanto y me pareció tan significativo que tuve que pensarlo y repensarlo, y yo fantaseé que esto estaba dirigido a mí porque simbólicamente se refería también a mi marido (20).

En carta del 14 de noviembre del mismo año, Emma se despide de Freud diciendo: "Por favor, no escriba nada de esto a Carl; las cosas ya están lo suficientemente mal conmigo así como están" (21).

En una tercera carta, fechada el 24 de noviembre de 1911, Emma se abre aún más con Freud.

> Por favor no se preocupe, no siempre estoy tan desanimada como en mi última carta. […] Generalmente estoy bastante de acuerdo con mi destino y veo con claridad la suerte que tengo, pero de tiempo en tiempo me atormento por el

conflicto de cómo mantener mi propia identidad cuando me enfrento con Carl. Percibo que no tengo amigos; todas las personas que se relacionan con nosotros realmente solo quieren ver a Carl, excepto por algunas personas aburridas que para mí son muy poco interesantes.

Naturalmente, las mujeres están todas enamoradas de él, y con los hombres soy inmediatamente etiquetada como la esposa del padre o del amigo. Tengo una fuerte necesidad de las personas y Carl también dice que yo debo dejar de concentrarme solo en él y en los niños, pero ¿qué puedo hacer? Mi fuerte tendencia al autoerotismo hace esto muy difícil, pero también objetivamente es muy difícil, porque nunca puedo competir con Carl. Para enfatizar esto, yo generalmente tengo que hablar como estúpida, especialmente cuando estamos en compañía de personas.

Hago mi mejor esfuerzo por tener transferencias, y si estas no suceden como yo deseo, quedo siempre deprimida. Ahora el señor entenderá por qué yo me sentí tan mal al pensar que había perdido su protección, y también tuve miedo de que Carl pudiese notar alguna cosa. En todo caso, él ahora sabe de nuestra correspondencia, ya que quedó muy sorprendido al ver una de sus cartas dirigida a mí… (22).

Estas cartas de Emma muestran que su relación con el marido no era algo que transcurriese con tranquilidad. No es difícil empatizar con el sufrimiento que le provocaba la presencia de otras mujeres en la vida de Jung, especialmente cuando sabemos, hoy, que la relación de él con Toni perduró hasta el final de la vida de ella (Toni falleció en marzo de 1953).

Para un hombre con la sensibilidad y la profundidad de Jung, saliendo de una relación tumultuosa con Sabina Spielrein, el conflicto con los valores morales colectivos y el llamado de su propia alma representó un drama tremendo, cuyo enfrentamiento demandó una fuerza hercúlea, como se puede ver a lo largo de *El Libro Rojo.*

En 1912, Jung tuvo un sueño excepcional, que él consideró que se refería a su futura ruptura con Freud. Sin embargo, por lo que se puede desprender de la siguiente carta, la relación entre los dos todavía se mantuvo en buenos términos hasta finales de 1911 y las primeras reacciones de Freud a la lectura de *Transformaciones y símbolos de la libido* habían sido positivas.

> Uno de los más bellos trabajos que yo he leído (de nuevo) es aquel de un autor bien conocido sobre *Transformaciones y símbolos de la libido*. En él muchas cosas están tan bien expresadas que parecen haber adquirido una forma definitiva y de esta manera se graban en la memoria. […] es lo mejor que este promisorio autor ha escrito hasta ahora […].
> No menos importante es que estoy encantado con los muchos puntos de concordancia con las cosas que ya he dicho o que me gustaría decir. (Carta de Freud a Jung, del 12 de noviembre de 1911) (23).

He aquí el sueño y las observaciones que Jung relató en sus memorias:

> [El sueño] tenía lugar en una región montañosa en las cercanías de la frontera suizo-austríaca. Era por la tarde y vi un anciano con el uniforme de funcionario de aduanas austríaco. Pasó ante mí algo encorvado, sin reparar en mí. La expresión de su cara era huraña, algo melancólica y enojada. Había otros hombres y alguien me informó de que el anciano no era real, sino el espíritu de un funcionario de las aduanas, muerto hacía años. "Este es uno de los que no podían morir", se decía.
> Esta es la primera parte del sueño.
> […] tras un hiato, siguió una segunda parte muy significativa. Me hallaba en una ciudad italiana y era mediodía, entre las doce y la una. Un ardiente sol calcinaba los callejones. La ciudad estaba construida sobre una colina y me recordaba un lugar determinado de Basilea, el Kohlenberg. Las callejuelas, que desde allí conducían al Birsigtal, que cruza la ciudad, estaban formadas en parte por escaleras. Unas escaleras de este tipo descendían a la Barfüsserplatz. Era verano y el radiante sol se hallaba en su cénit, todo se encontraba inundado de intensa luz. Mucha gente transitaba ante mí y yo sabía que los comercios estaban cerrados y la gente se dirigía a casa a comer. Entre esta marea humana iba un caballero con toda su indumentaria. Subió las escaleras y pasó ante mí. Llevaba un yelmo con aberturas para los ojos y un traje de mallas. Encima llevaba una túnica blanca en la que estaba bordada, por delante y por detrás, una gran cruz roja.
> Pueden ustedes imaginarse qué impresión me causó ver de pronto en una ciudad moderna al mediodía, en el momento de máximo tráfico, acercárseme un cruzado. Particularmente me extrañó el que ninguna de las muchas personas que transitaban parecía reparar en él. Nadie se volvía hacia él ni lo miraba, me parecía como si fuera por completo invisible para los demás. Yo me preguntaba qué significaba este fenómeno y fue como si alguien me respondiera –pero allí no había nadie que tal dijese–: "Esto es un fenómeno corriente. Siempre, entre doce y una, pasa por aquí el caballero y esto desde

hace mucho tiempo (tenía la impresión que desde hacía siglos) y todo el mundo lo sabe" (24).

Jung interpreta la primera mitad del sueño como relacionada con Freud, teniendo en cuenta los límites que existían entre sus opiniones y las de Freud, y el sueño mismo como una compensación a sus actitudes de estima y admiración (25). Afirma también que en esa época estaba "oprimido y desconcertado" (26). En cuanto a la segunda parte del sueño, pone como opuestos al jefe de aduanas y al caballero, pues el primero "todavía no podrá morir", y el caballero "estaba lleno de vida y era totalmente real" (27).

A pesar de la interpretación dada por el propio Jung, y considerando que la interpretación de los sueños propios es una tarea bastante difícil, propongo comparar las dos mitades del sueño. En la primera, es casi noche; el lugar, la frontera austro-suiza; el personaje, un fiscal de aduanas. En la segunda mitad, el sol está en lo más alto; la escena se desarrolla en Italia; el personaje central, un caballero (un cruzado).

Poniendo estos elementos oníricos frente a frente, vemos que la primera parte del sueño parece referirse a algo que ya está siendo superado: es casi noche, el día está por terminar, un ciclo se cierra. La frontera austro-suiza, además de la asociación obvia que se puede hacer con la frontera entre los países de origen de Freud y Jung, no solo separa a estos dos países, sino que es el punto de encuentro entre ellos, unidos también por sus raíces y tradiciones germánicas (al menos la parte de Suiza donde Jung nació y vivió). Además de eso, el funcionario de aduanas es un funcionario público, preso en un trabajo burocrático y, por así decir, poco heroico, poco creativo y poco desafiante. Esta parte del sueño podría resumirse en la dinámica del funcionario "que no puede morir", que está sobrepasado, pero que continúa en insistir y en ocupar espacio en la vida. Aquel que no muere es también aquel que está pegado a una fijación, que no se transforma, sino que repite indefinidamente su dinámica, su funcionamiento.

Por otro lado, la segunda parte del sueño parece apuntar hacia el futuro –un aspecto prospectivo que muestra una visión con más claridad, en una ciudad de Italia–. Al contrario de la psicología

austro-suiza, enraizada en la cultura germánica, tenemos en Italia la tradición latina, más cálida, más emotiva y hasta pasional. El dinamismo del arquetipo matriarcal, asociado, entre otras cosas, a la sensualidad, a la espontaneidad y a la intimidad (28), se hace mucho más explícito en la sociedad italiana que en la austro-suiza. El caballero, un cruzado, es un hombre itinerante, con un ideal religioso, y como veremos a continuación, muchas veces también cariñoso, pudiendo ser considerado como una representación de un gran dinamismo, idealismo y vitalidad. Es como si el inicio del sueño apuntase hacia lo que está fijo, repitiéndose burocráticamente, es decir, sin significado profundo para la vida. La segunda parte, sin embargo, muestra la posibilidad de un mundo más lleno de vida, de acciones y de emociones.

Jung solo pudo interpretar la figura del caballero un tiempo después. Afirmó que “el caballero pertenecía al siglo XII. Es la época en que comenzó la alquimia y la cuestión del Santo Grial” (29), asociando la imagen onírica a sus intereses futuros.

Alrededor del tema del Grial se desarrollan las aventuras de los caballeros de la corte del Rey Arturo. Entre ellos, Lancelot recibe atención especial, por ser el caballero que se enamora de Guinever, la esposa de Arturo. En la figura de Lancelot se unen el amor, el adulterio y la caballería.

El siglo XII se caracteriza como la época en que surgió, con los trovadores y sus canciones románticas, el amor cortesano, el servicio al amor sutil (*Minnedienst*). Los trovadores, así como los caballeros andantes, eran también itinerantes.

Según Barros:

> El amor cortesano puede ser visto como un momento innovador en la compleja historia humana de las formas de sentir y de sus formas de expresión. Su emergencia a través de la poesía de los trovadores dejó marcas tan indelebles en el repertorio occidental de las posibilidades estéticas de expresar y vivenciar el amor, y en la propia imaginación del hombre occidental en relación a la temática amorosa, que **frecuentemente se denota el despuntar de los trovadores medievales en el siglo XII como el instante mismo de la invención del amor romántico en Occidente** (30). (Las negritas son mías).

Dentro de las características del amor cortesano, algunas merecen ser explicadas, ya que ellas permiten establecer una analogía con el proceso de individuación de Jung, en el cual él buscaba elaborar el principio de Eros y de su función sentimiento, como puede desprenderse de este texto:

> Así Salomé se vuelve hacia mí, porque Eros necesita ayuda y porque yo aparentemente he sido capacitado para contemplar esta imagen exactamente por esta razón. (31)

Algunos de los atributos del amor cortesano son descritos por Barros.

> En el centro de todo [está la figura de] un “Amante que se entrega en cuerpo y alma a una pasión incontrolable y al servicio amoroso de la mujer amada. Y ella: una “Dama” que […] es en general inalcanzable –o por estar espacialmente inalcanzable (tal vez por vivir en un país lejano) o, quién sabe en este caso, un obstáculo aún más difícil de sobrepasar, ser s*ocialmente* inalcanzable […].
> Involucrando todo, un Amor tan extremo como ambiguo, trayendo en el mismo movimiento una carga indisfrazable de erotización y una dimensión idealizada… (32)

El amor cortesano conlleva también una faceta antimatrimonio, ya que en el matrimonio puede haber una acomodación a los intereses sociales y familiares e, incluso, puede que este no se relacione con el amor.

> Los amantes se dan todo, recíproca y gratuitamente, sin ninguna obligación de necesidad, mientras que los esposos están obligados, por deber, a aceptar las exigencias de uno y del otro (33).

Es importante que el amor cortesano sea mantenido en secreto:

> La Mesura, virtud que transforma al Amante capaz de comportarse con templanza y moderación […] debe ser cultivada y aprendida por el amante cortesano, que realiza a través del amor el perfeccionamiento de su espíritu (34).

En términos junguianos, podemos pensar la búsqueda del amor como parte del proceso de individuación, ya que se refiere a la elaboración del ánima, en el caso del hombre, y del ánimus, en el caso de la mujer. El proceso de Jung fue buscar su propio desarrollo a través del amor, aunque lo mantenía parcialmente guardado en secreto e intentaba adaptarlo a su matrimonio.

El "morir de amor", proveniente de la poética cortesana, "acerca el amor cortesano a otros sistemas de entrega de sí mismo, como el del amor místico que, en última instancia, aspira a una fusión con el Creador" (35).

> Todos estos elementos habitan el plano de la sensibilidad y –tal vez por la primera vez con tal intensidad– amenazan con traer al sentimiento hacia un lugar destacado del escenario medieval, por encima aun de la fe religiosa, de la razón erudita, del utilitarismo cotidiano (36).

El párrafo anterior, reescrito basándose en la tipología junguiana, afirma que la función sentimiento, puesta en primer plano con la intensidad propuesta por el amor cortesano, se diferencia de la fe religiosa, que puede ser asociada a la función intuición; de la razón erudita, o sea, de la función pensamiento; del utilitarismo cotidiano, es decir, de la función sensación. Por lo tanto, fue en el siglo XII, por medio del amor cortesano, que la función sentimiento se destacó mucho y permitió la experiencia viva de la dialéctica, pues este amor "deleita, pero hace sufrir, mejora pero fragiliza, erotiza pero idealiza, educa pero enloquece, somete pero ennoblece" (37). ¿Acaso no están todas estas manifestaciones del alma humana presentes en *El Libro Rojo*?

En 1912, Jung relató el siguiente sueño:

> En 1912, durante las fiestas navideñas, tuve un sueño. Me encontraba en una bella logia italiana con columnas, pavimento de mármol y una balaustrada también en mármol. Allí estaba yo sentado en una silla dorada de estilo Renacimiento y ante mí se hallaba una mesa de exquisita belleza. Era de piedra verde, como de esmeralda. Yo estaba sentado y miraba hacia la lejanía, pues la logia se hallaba en lo alto de la torre de un castillo. Mis hijos se encontraban también junto a la mesa.
> De repente se acercó un pájaro blanco, una pequeña gaviota o una paloma. Delicadamente se posó sobre la mesa y yo hice señas a mis hijos para que

guardaran silencio y no asustaran al bello pájaro blanco. De pronto la paloma se transformó en una muchachita de cabellos dorados y de unos ocho años. Salió corriendo con los niños y jugaron juntos en el soberbio claustro del castillo.

Yo quedé absorto en mis pensamientos, meditando sobre lo que acababa de presenciar. Entonces volvió la chiquilla y con su brazo me rodeó cariñosamente el cuello. De repente desapareció, volvió a estar allí la paloma y habló lentamente con voz humana: "Solo en las primeras horas de la noche puedo adquirir forma humana, mientras el palomo está ocupado con los doce muertos". En este momento escapó volando y surcó los aires. Yo me desperté (38).

En *Aspectos psicológicos de Kore,* Jung citó parte de este sueño como un ejemplo de las manifestaciones del ánima en forma de animal.

[Este sueño] caracteriza al ánima como un ser natural élfico, es decir, solo parcialmente humano. Podría también ser un pájaro, es decir, pertenecer enteramente a la naturaleza y desaparecer de nuevo (volverse inconsciente) de la esfera humana (de la conciencia) (39).

La niña en la cual la paloma se transforma tiene alrededor de ocho años. Utilizando el mismo raciocinio de Jung en *Psicología de la transferencia* (40), podemos pensar que, si en 1912 esta era la edad de ella, aquello que ella representa surgió originalmente en 1904. Ese fue el año en que probablemente Jung comenzó a atender a Sabina Spielrein (41).

Jung conoció a Sabina cuando ella estaba internada en Burghölzli (42), con un quiebre psicótico o, como Jung diagnosticó, una histeria psicótica (43). Jung la trató y ambos desarrollaron una relación amorosa bastante tumultuosa. En su libro, *Diario de una secreta simetría*, Carotenuto afirma que Sabina debe haber representado para Jung una típica figura de ánima, "atrayente y repelente, maravillosa y diabólica, exaltante y deprimente" (44).

[Jung] se entregó completamente; y aquella mujer infeliz, obcecada por el disgusto y por las heces que la cercaban por todos lados, se transforma en una grácil imagen femenina que en el barco, en el lago de Zúrich, abre a Jung al mundo de los sentimientos, del amor arrebatador y carente de las

> hipocresías burguesas que imponen al hombre y a la mujer a vivir eternamente en una humillante mentira. Sabina parece ser una mujer para quien amar no significa hacer cálculos, ni exigir promesas, que son traicionadas en el momentos en que se hacen, una mujer dionisíaca inserta en un sentimiento que todo lo perdona y comprende, y que le puede proporcionar a Jung un violento latigazo para su crecimiento (45).

El lugar destacado que Jung le dio al amor en su propia vida quedó, naturalmente, velado y ofuscado por su inmensa creatividad y por la obra que construyó. No obstante, en las cartas que escribe a Sabina, se muestra insatisfecho con su relación conyugal y expone su naturaleza vital y pujante, que deseaba y buscaba el amor.

> Usted no se imagina cuánto significa para mí la esperanza de poder amar a una persona que no debo maldecir y que no se condena a sí misma a ahogarse en las banalidades de los hábitos (Carta de Jung a Sabina, el 30 de junio de 1908) (46).

> Busco a una persona que sea capaz de amar sin castigar al otro por esto, sin que lo aprisione o asfixie; busco a esta persona del futuro, que sepa realizar un amor independiente de las ventajas o desventajas sociales, a fin de que el amor sea siempre un fin en sí mismo y no solo un medio para otra finalidad.
> […]
> Para mi desgracia no puedo prescindir en la vida de la alegría del amor, del amor impetuoso, extremadamente cambiante (Carta de Jung a Sabina, el 4 de diciembre de 1908) (47).

Si bien mantuvieron correspondencia de carácter profesional hasta 1918, Jung comenzó a distanciarse afectivamente de Sabina en 1909. El 7 de marzo de ese año le escribe a Freud:

> [En esta historia] aprendí una infinidad de cosas sobre la sabiduría de la conducta matrimonial, porque hasta entonces yo tenía una idea absolutamente insuficiente de mis componentes polígamos, a pesar de todo mi autoanálisis. Ahora sé cómo y dónde agarrar al demonio. Estas experiencias dolorosas, aunque muy saludables, desencadenaron el infierno en mí, pero –exactamente por eso– me han asegurado, espero, cualidades morales que serán de extrema utilidad en mi vida futura. La relación con mi esposa ganó

> enormemente en confianza y profundidad… Pienso que entré ahora en un estadio de convalecencia, gracias a los golpes que el destino me ha dado (48).

Cuando, en 1912, Jung tuvo el último sueño antes descrito, él escribe en su *Libro Negro 2* que fue este el responsable de haberlo decidido a entrar en una relación amorosa con Toni Wolff (49).

Así, cuatro años después de declararle a Sabina su necesidad de amar, Jung admite vivir nuevamente un gran amor. Buscando ser fiel a su naturaleza, dispuesto a seguir su llamado, incapaz, o sin deseo, de negar las manifestaciones de su amor, el hecho es que Jung se involucra con Toni y mantiene con ella una relación amorosa que se extiende por muchos años.

Al exponerle a Freud vivencias que provienen de su relación con Sabina (carta de marzo de 1909), Jung afirma que "estas experiencias dolorosas, aunque muy saludables, desencadenaron el infierno en mí". No es difícil imaginar la intensidad del conflicto vivido por Jung, proveniente también de su relación con Toni. Estaba enamorado de ella y, al mismo tiempo, estaba casado y tenía hijos, en una época en que los matrimonios debían mantenerse hasta el final. Además de eso, en 1912, estaba inseguro en cuanto a las reacciones de Freud a su libro *Transformaciones y símbolos de la libido.* La movilización propia de la pasión, sumada a la genialidad, creatividad, sensibilidad, inteligencia, a los intereses por la vida psíquica, la culpa, la desesperanza, la angustia, el sufrimiento, constelaron en Jung experiencias interiores intensas y profundas, una especie de avalancha de símbolos que clamaban por ser expresados.

Este material está presentado en *El Libro Rojo*, obra que Toni Wolff no quería que se publicara, lo que fue difícilmente comprendido por Cary Baynes, contemporánea de Jung, y que, al contrario de Toni, deseaba que *El Libro Rojo* saliera al público (50).

En 1915, cuando Jung comenzó a transcribir *El Libro Rojo,* él recuerda que Toni Wolff se había sumido en un proceso semejante al que él estaba viviendo. Pensó, en una ocasión, que podría discutir con ella sus vivencias, pero ella estaba tan confusa y desorientada como él, "experimentando un flujo similar de imágenes" (51). Agregó además que su esposa era incapaz de ayudarlo en eso (52).

Años después, en *Recuerdos, sueños y pensamientos*, Jung afirma que no continuó con esas conversaciones con su ánima "porque ya no experimento tales emociones" (53), mostrando que son las emociones la materia prima de este tipo de experiencia.

El propio lenguaje utilizado por Jung en *El Libro Rojo* no es de una persona en su estado habitual de conciencia, sino que se aproxima más a alguien apasionado, a un poeta, en cuya conciencia, alterada por el amor, las metáforas florecen.

Considero, pues, que en su esencia, *El Libro Rojo* es el fruto de la relación paralela de Jung con Toni Wolff y Emma Jung, y de los sentimientos y emociones que surgieron de ahí. Mi objetivo es traer esa esencia a la superficie, adentrándome más detalladamente en su contenido.

5- Jung, El Libro Rojo, p. 367.

6- Ibíd., p. 336.

7- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo.

8- Ibíd., p. 210.

9- Ibíd., p. 220.

10- Jung, El Libro Rojo, p. 200, nota 70.

11- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 221.

12- Ibíd., p. 220.

13- Jung, Los seminarios de las visiones, libro 1, p. 2.

14- Hannah, Jung: Vida y obra. Una memoria biográfica.

15- Bair, Jung: una biografía.

16- Ibíd., vol. 1, p. 272.

17- Hannah, Jung.

18- Jung, Analytical Psychology: Notes on the Seminar given in 1925, p. 112.

19- Emma, nacida Rauschenbach, se casó con Jung en 1903.

20- McGuire (ed.), The Freud/Jung Letters: The Correspondence between Sigmund Freud and C. G. Jung, p. 243.

21- Ibíd., p. 247.

22- Ibíd., pp. 247-248.

23- Ibíd., pp. 244-245.

24- Jung, Recuerdos, pp. 139-140.

25- Ibíd., pp. 139-140.

26- Jung, Analytical Psychology, p. 39.

27- Jung, Recuerdos, p. 140..

28- Byington, Psicología simbólica junguiana.

29- Jung, Recuerdos, p. 141.

30- Barros, “Os trovadores medievais e o amor cortês - reflexões historiográficas”. Revista Aletheia - Estudos sobre Antiguidade e Medievo, p. 5.

31- Jung, El Libro Rojo, p. 366.

32- Barros, pp. 5-6.

33- Dicho por una “corte de amor” en 1174, Rougemont, en Barros, 2008, p. 9.

34- Ibíd., p. 7.

35- Ibíd., p. 9.

36- Ibíd., p. 6.

37- Ibíd., p. 14.

38- Jung, Recuerdos, pp. 144-145.

39- Jung, Aspectos psicológicos de Kore, O.C. 9i, par. 371.

40- Jung, Psicología de la transferencia, O.C. 16, par. 380.

41- Carotenuto, Diario de una secreta simetría.

42- Hospital psiquiátrico donde Jung comenzó a trabajar cuando se graduó, en 1900.

43- Carotenuto, p. 31.

44- Ibíd., p. 50.

45- Ibíd., pp. 55-56.

46- Ibíd., p. 56.

47- Ibíd., p. 57-58.

48- McGuire (Ed.), Freud/Jung Letters, p. 139.

49- Shamdasani, Introducción al Libro Rojo, p. 198.

50- Ibíd., p. 214.

51- Ibíd., pp. 204-205.

52- Ibíd.

53- Jung, Recuerdos, p. 158.

• Liber Primus •

Amor, alma y Dios son bellos y terribles (54).

EL ESPÍRITU DE ESTE TIEMPO Y EL ESPÍRITU DE LA PROFUNDIDAD

Jung inicia *El Libro Rojo* con un capítulo cuyo título es *El camino del futuro.* En este describe lo que él denominó “espíritu de este tiempo” y “espíritu de la profundidad”. Es necesario observar que esta descripción está lejos de estar carente de emoción. Como hará a lo largo de todo *El Libro Rojo,* Jung expresa con fuerza sus vivencias, su conflicto y, no pocas veces, su resistencia a entregarse a aquello que, viniendo desde adentro, se impone: “No tengo elección, yo debo” (55). Su lenguaje es metafórico y en muchos momentos –¿por qué no decirlo?– épico.

Jung expone, ya en el inicio del libro, la enorme tensión generada por el antagonismo entre las polaridades constituidas por estos dos espíritus. Identificado con el espíritu de este tiempo, más ligado a la utilidad y al valor, intentó mantener el espíritu de la profundidad lejos de sí, desconociendo que este último tenía un poder mayor que el primero. Sin embargo, admite:

> […] él (el espíritu de la profundidad) hizo que los ideales de esta época murieran en mí. Me empujó hacia las cosas últimas y más simples.
> El espíritu de la profundidad tomó mi comprensión y todo mi conocimiento y los puso al servicio de lo inexplicable y de lo paradojal. Me robó el habla y la escritura con respecto a todo lo que no estuviese a su servicio, es decir, la mezcla de sentido y *sin sentido*, lo cual produce el suprasentido (56).

Y añade: “Pero el suprasentido es el camino, la forma y el puente para el futuro. Este es el Dios que aún está por venir” (57).

Por lo tanto, el suprasentido, fruto del espíritu de la profundidad, es el camino que llevará a Dios. Como un sueño inicial de análisis que trae consigo el pronóstico, el inicio de *El Libro Rojo* muestra que el proceso de Jung lo llevará a la imagen de Dios, por medio del espíritu de la profundidad.

Pero ¿qué otros atributos pertenecen al espíritu de la profundidad? Subyuga la arrogancia de Jung de querer, en sintonía con el espíritu de este tiempo, reconocer solo la grandeza del suprasentido, y lo hizo…

> […] tragarse lo pequeño como una manera de curar lo inmortal en mí. Destruyó completamente mis entrañas, pues era ignominioso y antiheroico. Fue también ridículo y repugnante. Pero las tenazas del espíritu de la profundidad me sostuvieron y yo tuve que tomar la más amarga de todas las bebidas.
> […]
> Yo me resistía a reconocer que lo cotidiano pertenece a la imagen de la divinidad. Yo huí de este pensamiento, me oculté detrás de las estrellas más altas y más frías.
> Pero el espíritu de la profundidad me capturó, y metió a la fuerza la bebida amarga por entre mis labios (58).

En las páginas que siguen, Jung describe vívidamente el conflicto entre ambos espíritus. Aunque trataba de alinearse al espíritu de este tiempo, el espíritu de la profundidad siempre tenía la última palabra, conduciéndolo, lleno de resistencias, a hacer aquello que sentía que tenía que hacer. Como ejemplo, transcribo un extracto de uno de los enfrentamientos entre los dos espíritus:

> Pero el espíritu de la profundidad me habló y me dijo: “Comprender una cosa es un puente y una posibilidad para retornar al camino. Pero explicar un asunto es arbitrario y, algunas veces, aun un asesinato. ¿Ha contado usted los asesinatos entre los eruditos?”.
> Pero el espíritu de este tiempo vino a mí y puso delante de mí enormes volúmenes que contenían todo mi conocimiento. Sus páginas estaban hechas de mineral, y un estilete de acero gravó palabras inexorables en ellas, y él apuntó esas palabras inexorables y me habló, y dijo: “Lo que usted habla, eso es locura”.
> Es verdad, es verdad, lo que yo hablo es la grandiosidad, la embriaguez y la fealdad de la locura.

> Pero el espíritu de la profundidad vino a mí y dijo: "Lo que usted habla, es. La grandiosidad es, la embriaguez es, la trivialidad despreciable, indigna, enferma, es. Fluye en todas las calles, vive en todas las casas, gobierna el día de toda la humanidad. Aun las estrellas eternas son banales. Es la gran señora y la esencia única de Dios. Nos reímos de ella, y la risa también es. ¿Usted cree, hombre de este tiempo, que la risa es inferior a la adoración? ¿Dónde está su medida, falso medidor? La suma de la vida decide en la risa y en la adoración, no su juicio" (59).

Se despliega la tensión entre estos dos puntos de vista, entre la explicación y el conocimiento, la adoración y la risa. Y Jung tiene la impresión de que lo que él dice es locura.

De hecho, podemos percibir que el espíritu de este tiempo se asocia a la convención, a la tradición, a la adaptación a lo colectivo, mientras que el espíritu de la profundidad apunta hacia la originalidad, la innovación, la espontaneidad y la transgresión a favor del individuo. El primero es más formal, racional y lógico; el segundo, su opuesto, trae la lógica del corazón, de las imágenes, de las metáforas.

Es este el contexto en el cual Jung introduce sus experiencias. Angustia y tensión se revelan en expresiones asociadas al cuerpo –tuve que tragar lo pequeño, beber la más amarga de las bebidas, su interior fue destruido por el fuego–. En sus memorias, Jung relata:

> Una de las mayores dificultades consistía para mí en tener que arreglármelas con mis sentimientos negativos. Me entregaba espontáneamente a las emociones que no podía admitir. […] Me costó mucho mantenerme firme, pero fui forzado a ello por el destino. […]
> Para captar las fantasías que me movían subterráneamente tuve, por así decirlo, que dejarme caer en ellas. Oponiéndome experimentaba no solamente resistencias, sino que sentía incluso fuerte miedo. Temía perder mi autocontrol y convertirme en víctima del inconsciente, y lo que esto significa me resultaba, como psiquiatra, suficientemente claro (60).

Esta movilización energética, entre tanto, solo podía ocurrir si había un elemento desencadenante muy intenso, algo en su vida que fuese proporcionalmente tan fuerte como el torrente de contenidos que lo afectaron.

EUROPA ENSANGRENTADA

Una de las experiencias que marcó a Jung profundamente ocurrió en octubre de 1913. Él la describe en *El Libro Rojo* y repite su relato en *Recuerdos, sueños y pensamientos*.

> Veía la enorme olla amarilla, los restos flotantes de la obra de la cultura y la muerte de incontables miles de personas. Entonces el mar se trocó en sangre. Esta alucinación duró aproximadamente una hora, me confundió y me hizo sentir mal. Me avergoncé de mi debilidad.
> Pasaron dos semanas y la alucinación volvió a presentarse bajo las mismas circunstancias, solo que la transformación en sangre era todavía más terrible. Oí una voz interna: "Mirarlo, es completamente real y así será; de esto no hay duda" (61).

No se le ocurrió a Jung pensar en una posibilidad de guerra. Creyó que estaba siendo amenazado por una psicosis (62). Sabemos que después de un poco más de un año y medio estalló la Primera Guerra Mundial. El propio Jung sintió alivio al asociarla con sus visiones y percibirlas, entonces, como fruto de su intuición, de su capacidad premonitoria, y también como portadoras de una dimensión más colectiva que individual.

En el ámbito personal, sin embargo, esta visión ocurrió por primera vez cuando Jung viajaba solo. De acuerdo con Bair (63), él iba para Schaffhausen a buscar a la familia, que volvía de unas largas vacaciones en la casa de la madre de Emma. Como ya vimos, al final de 1912 Jung había decidido iniciar una relación amorosa con Toni Wolff, después de haber tenido el sueño en el que una paloma se transformaba en una niñita (este sueño ya fue descrito antes).

> [Jung] equiparó cualquier conocimiento o *introspección* tenidos en esa época con "enamorarse de las mujeres" y "decir sí a esto". Declaró que era la época en la cual el "ánima" se manifestó por primera vez, pero él no comprendió su significado (64).

En 1925, cuando Jung dio una serie de seminarios, contó esta visión y el sueño al cual me referí anteriormente. Esther Harding,

analista junguiana que estaba entre el público, le pidió que hablase un poco más de los aspectos personales de sus fantasías, a lo que Jung le respondió:

> Yo podría ser considerado como Suiza, cercado por montañas, y el sumergimiento del mundo serían los destrozos de mis relaciones anteriores. Recuerde que cuando yo intenté describir la condición que rodeaba la fantasía, hablé de un peculiar sentimiento que había tenido, como que algo estaba en el aire (65).

En 1913, año que coincide con la ruptura con Freud, Jung estuvo ausente de Küsnacht por cinco semanas, en viaje a los Estados Unidos; además, hizo el servicio militar por un mes, estuvo en Londres, en varias ciudades alemanas, así como también viajó de vacaciones por los Alpes Suizos y por el norte de Italia (66). En junio de ese año, Emma quedó embarazada por quinta vez. En octubre, al ir a buscar a la familia para traerla de vuelta a casa, viviendo una relación amorosa extramarital y pasando por dificultades profesionales, podemos pensar que la imagen de una catástrofe asolando a Europa, además de su carácter prospectivo colectivo, refleja también, en el ámbito individual, la enorme tensión por la cual Jung pasaba.

Jung pertenecía a una sociedad burguesa, en una época en que las separaciones matrimoniales no eran bien vistas. Dos años antes, Oskar Pfister, ministro protestante perteneciente al Grupo Psicoanalítico, se había enamorado de una prima, motivo por el cual protagonizó un gran escándalo en la sociedad suiza al querer divorciarse, siendo amenazado de perder su parroquia. Se echó para atrás, resolviendo "no apartarse de los valores morales que prevalecían en la comunidad" (67). El matrimonio con Emma le aseguraba a Jung no solo el *status* y la estabilidad social, sino también la seguridad financiera, pues ella heredó, junto con su hermana, la segunda mayor fortuna de Suiza. Y, con la separación de Freud, Jung temía por su futuro profesional (68).

Las visiones de Europa devastada asustaron a Jung, que las consideró una señal de una posible esquizofrenia. No percibió en ese momento que la escisión de la psique esquizofrénica podría

simbolizar su división interior, al estar enamorado de una mujer y casado con otra. Cuando estalló la guerra, Jung se sintió aliviado y autorizado a relatar sus experiencias, pues proyectó en ese enfrentamiento armado, de proporción mundial, los conflictos que vivía en su intimidad. Así, lo que aconteció en el exterior le confirió a Jung alivio a su culpa, dándole libertad y tranquilidad para poder luego relatar sus experiencias.

Es significativo observar que Toni Wolff fue la única persona que leyó los *Libros Negros* durante el comienzo de 1914 (69). Deirdre Bair afirma: "Al leer entre líneas estas pruebas documentales, supuse que él (Jung) permitió que Emma leyese trozos [de estos dos *Libros Negros*] al comienzo de 1915" (70). Así, solo después que el estallido de la Primera Guerra le ofreciera una oportunidad para que proyectara sus experiencias en ella y para encubrir su crisis matrimonial motivada por una pasión avasalladora, fue que Jung permitió que su esposa leyese este material.

Por un lado, la necesidad de ser fiel a lo que vivía, a sus emociones y a sus sentimientos; por otro, el deseo de permanecer adaptado a la sociedad, de mantener su *persona*, de reconocerse como siempre había sido, valorizando la razón, la coherencia, la ciencia y creyendo tener el dominio de su alma. Esta fue la gran tensión, el juego de fuerzas entre el espíritu de la profundidad y el espíritu de este tiempo.

Jung no pudo resistir su llamado interior, pues sentía que dentro de cada uno está esbozada la realización del ser, "el camino, la verdad y la vida" (71). Expone aquí lo que más adelante conceptualizaría como individuación, proceso que impulsa a la persona a realizar su naturaleza esencial, el desarrollo de la conciencia. De acuerdo con Jung (72), este proceso comenzaría en la segunda mitad de la vida y tendría inicio con una crisis moral.

Jung escribe que, en 1913, cuando tuvo la visión del diluvio, es decir, de Europa ensangrentada, esto aconteció en una época muy significativa para él. En la mitad de la vida, había conseguido todo lo que había deseado: poder, riqueza, fama, conocimiento. Pero es justamente ahí, en esa fase, cuando las cosas que eran más codiciadas pasan a no tener tanto sentido, y se inicia una búsqueda

de algo más esencial, algo que dé sentido a la vida. Esa crisis viene acompañada de un gran impacto y, en el caso de Jung, hasta de horror. (73)

En 1913, Jung atribuyó la visión de Europa ensangrentada al espíritu de la profundidad y, un mes después de la visión, en noviembre, comenzó a escribir, clamando por su alma. Vemos, por lo tanto, que esas visiones desencadenaron, o mejor dicho, el espíritu de la profundidad desencadenó el anhelo por el alma, que más tarde Jung llamará ánima.

EN BUSCA DEL ALMA

Jung conceptualizó el arquetipo del ánima como la imagen de lo femenino en la psique del hombre. El arquetipo del ánima en el hombre y del ánimus en la mujer movilizan la búsqueda de un Otro con quien se pueda establecer una relación simétrica, en la cual no exista –o al menos no debería existir– una jerarquía entre las personas involucradas: amigos, enamorados, amantes, esposos. Ánima y *ánimus* se activan frecuentemente cuando uno se enamora.

En el caso de Jung, es el arquetipo del ánima, venido a través de la mujer amada, Toni Wolff, el que moviliza su inconsciente y hace surgir el contenido que encontramos en *El Libro Rojo.*

> Alma mía, ¿dónde estás? ¿Me oyes? Yo te hablo, yo te llamo, ¿estás ahí? He regresado, estoy nuevamente aquí, he sacudido de mis pies el polvo de todas las comarcas, y vine hacia ti, estoy contigo, tras largos años de largo andar he vuelto a ti. He de contarte todo lo que he visto, vivido, bebido en mí. ¿O no quieres escuchar nada de todo aquello lleno de ruido de la vida y del mundo? Algo, sin embargo, tienes que saber: una cosa he aprendido, y es que hay que vivir esta vida.
>
> Esta vida es el camino, el camino largamente buscado hacia lo inasible, que nosotros llamamos divino. No hay ningún otro camino. Todos los demás caminos son senderos errantes. Yo encontré el camino recto, él me llevó hacia ti, hacia mi alma. Regreso con temple y purificado. ¿Me conoces todavía? ¡Cuánto se prolongó esta separación! ¡Todo se ha vuelto tan distinto! ¿Y cómo te encontré? ¡Qué maravilloso fue mi viaje! ¿Con qué palabras he de describirte los entreverados senderos por los cuales una buena estrella me

> guió hacia ti? Dame tu mano, mi alma casi olvidada. Cuán cálida la alegría de volverte a ver, a ti, alma largamente negada. La vida me ha llevado nuevamente hacia ti. Queremos agradecerle a la vida lo que he vivido, agradecerle todas las horas alegres y todas las horas tristes, agradecerle la alegría y el dolor. Alma mía, contigo ha de continuar mi viaje. Contigo quiero andar y ascender a mi soledad (74).

El comienzo de este discurso presenta una extraordinaria semejanza con el clamor de San Juan de la Cruz en su "Cántico espiritual", poema perteneciente al libro *La noche oscura del alma.* En él, el alma busca al Esposo que se ha ido. El Esposo, metáfora de Dios, es no solo el amado, lo ansiado, lo deseado, sino también aquel que la hirió con su partida. El alma apasionada que busca su objeto de amor es, en San Juan de la Cruz, la expresión mística del alma que busca la trascendencia, la unión con la realidad última, la vivencia de la totalidad a través del amor. Al buscar su alma –hoy sabemos, a través del amor– Jung anhelaba encontrarla y también a su esencia más profunda, lo que años después llamará Self.

Sin embargo, la tensión entre el espíritu de la profundidad y el espíritu de este tiempo persistía, porque aunque los valores de Jung estuviesen más de acuerdo con el segundo, el primero terminaba por imponerse, impidiéndole cualquier resistencia y mostrando su fuerza y su poder de dominación.

Afirmó que había pensado mucho en el alma y hablado bastante sobre ella. Sabía referirse a ella con palabras eruditas, juzgándola y evaluándola con la perspectiva de un científico. La transformó en objeto de estudio, creyendo que era posible abarcarla y disecarla. Pero entonces percibió que no era así. Al alma, aparentemente sometida, le pertenecen el juicio y el conocimiento, pues ella los supera y los contiene. Gracias al espíritu de la profundidad, Jung (75) fue obligado a hablar con su alma, a llamarla. Y, al buscarla, se dio cuenta de que la había perdido.

Jung (76) descubrió, por medio del espíritu de la profundidad, la autonomía del ánima, del alma, y la imposibilidad de someterla a partir de la voluntad del ego. Ella no puede ser circunscrita por la razón, tampoco puede ser reducida a un objeto científico, dado que es mucho más amplia que la mente racional. Aprendió, con el espíritu de la profundidad, a verla como un ser vivo, con existencia

propia, y retiró de ella la mirada del espíritu de este tiempo –con la cual se identificaba– para quien el alma puede ser juzgada y abarcada por la razón.

Estar enamorado favorece mucho la proyección, mecanismo por el cual vemos en el Otro aquello que pertenece a nuestra personalidad, pero que todavía no reconocemos como tal. Mientras más inconscientes estamos de una característica o de una condición, más intensa será la proyección. La retirada de las proyecciones es, por lo tanto, un paso bastante importante en el camino del autoconocimiento. Es esto lo que Jung (77) percibe y sobre lo cual escribe al referirse a la importancia de hacer una separación entre la persona (u objeto) que constela al ánima y al ánim*a* en sí, pues el alma no se encuentra en los objetos de deseo, sino en el deseo mismo. Esta conciencia permite, por ejemplo, diferenciar entre la mujer amada y la imagen que ella moviliza en el hombre.

La posibilidad de diferenciación entre el deseo en sí y el objeto que despierta ese deseo permite reconocer al primero como algo perteneciente a la propia alma, mientras que el objeto, visto como el Otro, es vivenciado como diferente del sujeto. Este proceso permite la retirada de las proyecciones y la integración, en la personalidad del individuo, de los contenidos por ellos activados. Hacer esta distinción es crucial para que la persona, en un estado de proyección intensa del ánima o del ánimus, como el enamoramiento, evite fomentar una relación exageradamente simbiótica e indiscriminada.

Jung observa también la importancia de alimentar adecuadamente al alma, pues de lo contrario ella se transformará en una bestia devoradora. Si un contenido psíquico necesita ser traído a la conciencia para que pueda haber un mayor equilibrio de la personalidad, evitar que eso suceda equivale a alimentar al enemigo.

Cuando es muy difícil para el ego contener ciertas vivencias, cuando la persona no consigue lidiar con algunas situaciones emocionales, puede existir la tendencia a reprimirlas, a negarlas, o a usar cualquier otro mecanismo para apartarlas de la conciencia. Este proceso alimenta al alma con veneno. Ella continuará

hambrienta de verdad y, en esa condición, solo producirá sufrimiento.

Algunas veces, las buenas intenciones –"no voy a decir nada para no herir", "¿para qué provocar una confusión?", "es mejor dejarlo todo hasta acá", y tantas otras expresiones conocidas por nosotros– producen efectos más nocivos de lo que lo haría el enfrentamiento directo de las dificultades. En *Los seminarios de las visiones*, Jung (78) decía que el ánimus queda debajo de la mesa esperando que caigan algunas migajas, y cuando estas caen, se fortalece mucho con este alimento. Alimentar el alma es alimentar el corazón.

El alma, en ese sentido, está conectada al corazón, órgano tradicionalmente asociado al amor. En sus *Comentarios psicológicos sobre Kundalini Yoga,* Jung afirma que es en el centro del corazón (*anahata*) donde comienza la individuación, pues en ese nivel de desarrollo de la conciencia existe la posibilidad de colocarse por encima de los acontecimientos emocionales y mirarlos. *Anahata* es considerado por Jung "el centro donde comienzan las cosas psíquicas, […] [en el cual la persona] siente por primera vez la fuerza y la sustancialidad, o la existencia real, de las cosas psíquicas" (79). Simbólicamente, es en ese centro donde las personas consiguen contener y soportar las dificultades emocionales sin actuarlas o reprimirlas. Este proceso abre espacio para una mayor capacidad de elaboración simbólica, es decir, para la vivencia consciente de que todo, tanto las emociones más difíciles de soportar y los mayores dolores, todo sin excepción, posee un significado más allá de lo obvio.

Vemos, con esto, que Jung establece una relación entre el mundo de las profundidades, el alma, el deseo y el corazón –el amor, la pasión–, al mismo tiempo que busca discriminar entre el deseo y el objeto del deseo. Esta percepción apunta hacia una vivencia amorosa, la cual "no es solo un anhelo por el Otro, sino también un impulso para reunirse con uno mismo" (80). Dentro de este universo, tuvo lugar el proceso revelado en *El Libro Rojo.*

Más adelante, Jung reforzó la idea de que el ánima apareció primero en sus sueños, agregando que ella lo hizo realizar viajes

muy largos e interminables, y que él no tuvo miedo solo porque tenía la certeza de que ella conocía el camino.

Mientras tanto, él pregunta quién es el alma, pues esta surge en sus sueños representada por una niñita y por una joven. Tocado por el misterio, le pregunta: “¿Usted es Dios? ¿Es Dios una niñita, una joven?” (81).

El ánima, percibida como misteriosa, es representada como una niñita (por ejemplo, en el sueño de diciembre de 1912) y como mujer (“yo la encontré de nuevo solo a través del alma de una mujer” (82)). Pero Jung va más allá en sus sentimientos y le pregunta al alma si ella es Dios, esbozando aquí la idea que irá a desarrollar a lo largo de su obra: el ánima conduce al Self, al Arquetipo Central, o sea, por medio de la imagen que representa al ánima, se llega a la vivencia de la totalidad y la completud, simbolizada por el centro organizador de la psique. Es la experiencia de la totalidad alcanzada por medio del amor.

Jung, en esta época ya un profesional destacado, convidado a dar charlas al extranjero, autor de *Transformaciones y símbolos de la libido,* un científico, percibe que el conocimiento del corazón trae una percepción (un darse cuenta) más profundo que la de la erudición. Necesita la vivencia, que no está en los libros ni en las enseñanzas puramente racionales, sino en la vida vivida plenamente. Y luego Jung se pregunta cómo poder obtener el conocimiento del corazón, y él mismo responde: “Usted puede obtener este conocimiento solo viviendo plenamente su vida” (83).

Jung nos hace recordar el primer discurso de Fausto, en la obra de Goethe. Traducido libremente, él dice: “¡Ah! Filosofía, Derecho, Medicina, e infelizmente también Teología, las estudié con el mayor esfuerzo. Y aquí estoy yo, pobre tonto, no más sabio que antes!” (84).

Podemos hacer una lectura de *El Libro Rojo* teniendo la búsqueda de los “conocimientos del corazón” como nuestro hilo de Ariadna. La emergencia del arquetipo del ánima, descubierto teóricamente por Jung como lo femenino dentro del hombre, conduce al corazón, al sentimiento, a Eros. Es difícil asociar esta movilización, espina dorsal del *Liber Novus,* a la ruptura de Jung con Freud y también al estallido de la Primera Guerra Mundial. El ánima,

afirma Jung, llegó a él "a través del alma de la mujer". Es pertinente, por lo tanto, considerar que las vivencias relatadas en *El Libro Rojo* hayan sido influenciadas fundamentalmente por la presencia de la mujer cuya alma tocó de manera profunda el alma de Jung: Toni Wolff.

Pero el proceso de entrega de Jung a su yo profundo, a su alma (y vimos que en esa época Jung identificaba el ánima con Dios), a través de una relación amorosa con una mujer, no fue algo que sucediera sin crisis, y él tuvo que confrontarse con aquello que hasta entonces consideraba que era parte de su verdadero ser. Jung escribió que el espíritu de este tiempo le permitió creer en su razón, en sus pensamientos maduros, haciéndolo sentirse como un líder. Sin embargo, el espíritu de la profundidad le mostró su sumisión al niño, cosa que encontró detestable, repugnante, pero que tuvo que admitir y aceptar. Sintió, de hecho, que su alma era un niño, así como su Dios (85).

Esta percepción recuerda las enseñanzas de Jesús: "Quien no recibe el reino de Dios como un niño no entrará en él" (Mc 10:15).

Jung agrega además que los hombres tienen una joven como Dios (86), indicando que el Dios de Jung es un niño y también es una mujer. La imagen de Dios es aquella que nos impone humildad, reverencia, respeto. Para alguien identificado con la propia razón, un estudioso, un científico como Jung, someterse a un niño era algo desagradable y detestable, en cuanto él simboliza lo opuesto de la razón: el desamparo, lo lúdico, lo espontáneo, lo irracional, el entusiasmo, la participación, la emoción. En cuanto a la mujer, posiblemente las reacciones suscitadas serían las mismas, especialmente si consideramos que en la época de Jung, y en la misma teoría desarrollada posteriormente por él, se creía que la mujer necesitaba pasar por mucha elaboración y por el desarrollo de la conciencia para lograr pensar objetivamente y no ser presa fácil de opiniones *a priori*, fundamentadas en impresiones subjetivas o en la necesidad de aceptación y de adaptación. Así, el hecho de que la imagen de Dios fuera representada por una mujer demuestra cuánto ella cargaba de un aura de trascendencia y arrobamiento para él.

Si, por un lado, Jung estaba dispuesto a seguir el camino propuesto por el espíritu de la profundidad y a someterse a su alma,

por otro, a lo largo de todo el proceso, aparece su reticencia, permeada por temor, duda, angustia, culpa, sentimiento de ser poca cosa, ridículo y con miedo de enloquecer. Acompañar las reacciones de Jung nos permite empatizar con el sufrimiento experimentado por él.

> ¿Para dónde me conduce? Perdone mi aprensión excesiva, desbordante por saber. Mi pie duda en seguirle. […] ¿Tengo que aprender también a actuar sin explicación? Si es esto lo que usted demanda, entonces, que así sea […]. ¿Qué es lo que hay donde no hay sentido? Solo *sinsentido*, o locura, me parece a mí. ¿Existe también un suprasentido? ¿Es este su significado, alma mía? Ando cojeando detrás de usted usando muletas de entendimiento. Yo soy un hombre y usted camina como un Dios. ¡Qué tortura! Tengo que regresar a mí, a mis cosas más pequeñas. Yo veía pequeñas las cosas de mi alma, lastimosamente pequeñas. Usted me obligó a verlas grandes, a hacerlas grandes. ¿Es esta su meta? Yo continúo, pero esto me aterroriza. Escuche mis dudas, en caso contrario yo no puedo continuar, porque su sentido es un suprasentido y sus pasos son los pasos de un Dios.
> […] Yo debería entregarme completamente en sus manos pero, ¿quién es usted? No confío en usted. Ni siquiera el confiar, ¿es ese mi amor por usted, mi alegría en usted?
> […]
> Tengo que aprender a amarla. ¿He de abandonar también la autocrítica? Tengo miedo. Entonces el alma me habló y dijo: “¡Este miedo atestigua en mi contra!”. Es verdad, atestigua en contra de usted. Mata la sagrada confianza entre usted y yo.
> […]
> Durante las siguientes seis noches el espíritu de la profundidad estuvo silencioso en mí, pues yo oscilaba entre el miedo, el desafío, la náusea y estaba totalmente preso de mi pasión. No podía y no quería escuchar la profundidad. Pero en la séptima noche el espíritu de la profundidad me habló: “¡Mire su profundidad, rece en su profundidad, despierte a los muertos!” (87).

Las expresiones usadas por Jung son bastante fuertes y revelan duda, miedo, sin sentido, terror, desconfianza, repugnancia, así como también pasión y amor. Según el mismo Jung (88), el alma provoca una vivificación de los contenidos inconscientes y da a los “muertos” la posibilidad de manifestarse. Eso indica que la pasión que lo aterrorizaba, porque lo colocaba en contra de todo lo que es racional y razonable, movilizó contenidos emocionales inconscientes

que lo despertaron a un nuevo estado, a las profundidades de su ser.

En ese sentido Jung confirma su necesidad de conocerse más allá de los pensamientos y de su dedicación hacia las cosas y las personas (para el mundo exterior). Percibe que sus pensamientos lo apartaron de su alma y lo hicieron sentirse en un desierto, distante de los acontecimientos, de las personas y de sí mismo. Evitando entrar en contacto con su alma, se refugió en el distanciamiento a que conducen los pensamientos, y de ahí tendría que salir para poder aproximarse a sí mismo (89).

Esta vivencia refuerza la idea de que el desarrollo del proceso expuesto en *El Libro Rojo* tiene como espina dorsal el cuestionamiento de la función pensamiento como protagonista de la verdad, y el desarrollo de la función sentimiento, la cual no podría ser movilizada sin una experiencia emocional bastante intensa.

Dada la cultura tradicional dominante en Occidente, se identificó al hombre con la fuerza, con el poder, con el mando, y también con el pensamiento, la lógica, la objetividad y el discernimiento, quedando los sentimientos, las emociones, la relación afectiva, la intuición y la espontaneidad asociados predominantemente a la mujer. Cuando Jung escribió sus experiencias, vivía en una época en la cual la estigmatización de estos valores era prácticamente no cuestionada. No es que estos valores hayan sido modificados radicalmente hoy en día, pero hubo, después de la revolución sexual y del movimiento *hippie*, con sus eslóganes “haga el amor, no la guerra”, “el poder de las flores” y tantos otros, una mayor aceptación de ellos por parte de la conciencia colectiva. Sin embargo, el desarrollo de la función sentimiento es, aún hoy, un desafío para muchos hombres, como lo fue para Jung.

Jung se refugió en el pensamiento cuando retiró su deseo por las cosas y las personas. Se volvió, entonces, presa de los pensamientos y concluyó que intentó apartarse de sus deseos no pensando en ellos, pero ahí ellos se hicieron aún más intensos (90). O sea, al intentar reprimir sus deseos, cayó víctima de su pensamiento y percibió que su vida mental se volvía un desierto,

aunque sus deseos continuasen ardiendo. Un poco más adelante se refiere a los antiguos que iban al desierto en busca de su alma (91).

El intentar apartar su deseo del mundo indica tal vez un intento de sublimación, de represión, o aun de negación, pero al ser probablemente un movimiento que va en contra de su esencia, el deseo acaba por tomar el control de sus pensamientos, es decir, resurge con más fuerza. Entonces Jung recuerda a los antiguos, aquellos que iban para el desierto en búsqueda de su alma. Sin embargo, estos antiguos monjes muchas veces iban para el desierto con intención de celibato y con la disposición de enfrentar sus tentaciones del deseo sexual. Pero es el deseo el que trae la fuerza creativa. Y de ahí la propuesta: volcar la fuerza creadora para el alma. “Si su fuerza creativa se vuelca hacia el lugar del alma, usted verá cómo ella se fertiliza y cómo su campo producirá frutos maravillosos” (92).

Este movimiento puede ser visto no como una represión del deseo, sino como la creación de un contenedor, de un receptáculo, para que el deseo pueda ser contenido y transformado. Este es el principio del Tantra. Proveniente de la India, esta corriente tradicional del yoga propone no la represión del deseo, sino la contención de este como camino para el desarrollo espiritual. Hay, sin embargo, que soportar la espera inherente a este proceso, pues el tiempo de maduración no es rápido. En la tradición hindú encontramos también en el Bhagavata Purana un tipo de misticismo erótico como idea religiosa central (93).

El paso de la sexualidad impersonal al vínculo amoroso con la mujer es un aspecto fundamental de *Minnedienst*, del servicio al amor cortesano, al desarrollo del amor romántico del siglo XII.

En el proceso de Jung, así como en el amor romántico y en el tantrismo, lo que va a emerger con mucha fuerza y poder de atracción es la imagen del ánima –en estos ejemplos, inseparable de la mujer–. La figura de Salomé, con quien Jung se encontrará mucho después en su imaginación, la doncella que debe ser salvada por el caballero y la diosa en el tantrismo son imágenes del ánima que conducen al hombre en dirección a sí mismo, a su esencia y a las vivencias de trascendencia.

La vivencia del amor puede traer una experiencia de lo numinoso y, en ese sentido, puede ser también una experiencia religiosa. Con su impulso para la síntesis y la unificación, el amor apunta hacia la realización de aquello que se es potencialmente, hacia la individuación, al mismo tiempo que revela la presencia de algo mayor capaz de trascender al ego. De acuerdo con Guggenbühl, “la unión mística con Dios está, en parte, simbolizada por el acto de amor” (94). El amor, como elemento que conduce a la divinidad, a la plenitud o a la totalidad, es algo bien conocido en varias culturas.

Sin embargo, la simple presencia del amor no es suficiente para hacer crecer al individuo, porque puede también “conducir a la indiscriminación, a la fascinación, al aprisionamiento, al fanatismo, a la obsesión” (95).

Jung describe, entonces, lo que nosotros percibimos como diferentes resultados originados, por un lado, en la actuación de un deseo o impulso y, por otro, en el reflejo de la elaboración y de la contención del impulso o del deseo. Afirma que la mayor parte de las personas no soporta la tortura que implica esperar el tiempo necesario para que el deseo se transforme y fluya en dirección a la propia alma, y así no hacer de la persona un esclavo del objeto deseado. Agrega Jung: “Los antiguos vivían sus símbolos, ya que el mundo aún no se había hecho real para ellos” (96).

¿Qué significa que el mundo se haga real? ¿Podemos suponer que “real”, en ese contexto, signifique vivencial, experimental? ¿Y qué no se hacía real para ellos? ¿Aquello que era vivido solo en la imaginación, en la fantasía? Los antiguos que se aislaban en el desierto iban a meditar, a orar, a apartarse del mundo. Muchas veces hacían voto de pobreza y eran ascetas.

En el desierto, en aislamiento, en la simplicidad, en la introversión, los ascetas encontraban su imaginación, eran inundados por visiones y permanecían en contacto con “las maravillosas flores del alma” (97). Pero las imágenes internas solo pueden surgir si han sido activadas, consteladas, para usar una palabra muy querida por Jung. Y la presencia de un amor que no pudo ser realizado es un estímulo bastante fuerte para eso.

Tradicionalmente el Occidente consideró que el desarrollo de la espiritualidad era un camino opuesto al de la experiencia sexual.

Para llegar al espíritu, el sexo tenía que ser reprimido. El mundo que aún no se hacía real para los antiguos era el mundo espiritual que portaba la trascendencia de la experiencia sexual. San Antonio agradecía a Dios por no ser responsable de sus sueños. El paso de la sexualidad al amor es también un proceso de “depuración”.

El amor, así como el dolor que él provoca, inspira incluso a aquellos que no son poetas. La ausencia de amor termina por ocupar más espacio en el alma de lo que ocuparía su realización. En su ausencia, se hace más presente. Los obstáculos para la realización del amor lo fortalecen.

En el caso de Jung, él era casado y quería continuar siéndolo. Pero también decidió que se entregaría al amor por Toni (como vimos antes, esta decisión surgió después de un sueño que tuvo en diciembre de 1912). El conflicto y la tensión generados por esta situación, sumados a la inteligencia, sensibilidad, interés por la psique, fidelidad a su proceso interno, fueron algunos de los ingredientes que movilizaron a Jung. Él no esconde su estado confuso y lleno de dudas. Aunque siente la necesidad de permanecer solo con su alma, en algunos momentos pierde la esperanza y la confianza en sí mismo, se percibe sin la paciencia imprescindible para soportar el proceso.

> Caí en un estado arcaico de dudas, confusión y desdén. Reconozco que debo permanecer solo con mi alma. […] Me gustaría sentarme cerca de usted y al menos sentir la respiración de su presencia animadora. Mi camino es por la arena ardiente. Todo el día caminos arenosos y polvorientos. Algunas veces mi paciencia es poca y una vez ya me desesperé conmigo mismo, como usted sabe.
> […] para mí usted es como un árbol que da sombra en el desierto. Me gustaría disfrutar de su sombra. Pero mi alma respondió: “Usted está buscando placer. ¿Dónde está su paciencia? Su hora aún no ha llegado. ¿Usted se olvidó por qué fue al desierto?” (98).

Aunque es difícil conservarla, la paciencia es vista como el camino, a semejanza de los antiguos ascetas. Cuando el alma le dice que él está buscando placer, y le pregunta por su paciencia, ella demuestra que el placer no desea esperar por su satisfacción. Poder posponerlo requiere sacrificio, capacidad de abstracción para

poder superar la búsqueda de la satisfacción inmediata y conectarse con lo que está más allá. La postergación de la realización del placer exige la capacidad de soportar la frustración, y para eso la paciencia es un gran auxilio.

En el inicio de su proceso, las metáforas que Jung utiliza para describir lo que está viviendo están asociadas al calor: “experiencias en el desierto”, “mi camino es largo y polvoriento”, “usted es para mí como un árbol que da sombra en el desierto. Me gustaría gozar de su sombra”, “el calor cae sobre mí como plomo”, “la sed me atormenta” (99). El fuego es un elemento que produce mucho calor y, por eso, está asociado a grandes cantidades de energía. Es también la metáfora del impulso, de la iniciativa, del deseo, de la creatividad, de aquello que moviliza y, en ese sentido, de las grandes emociones, como el amor, el odio, la pasión y la agresividad.

El fuego posee características que permiten considerarlo un elemento capaz de transformar cuando es suave; de destruir cuando es muy intenso y sin control; y también, míticamente, de autentificar algo que ya llegó al punto ideal de transformación, que ya logró su estado esencial. Este atributo creó “la prueba de fuego” –tenemos la expresión “pon las manos al fuego”–, de la cual salen vencedores solo los incorruptibles. Como el engaño pertenece al reino de lo humano, esta prueba puede ser defraudada, como ocurre en Tristán e Isolda.

Al lado del deseo y de las emociones que percibía estar viviendo, Jung atribuyó algunas características al alma, entre las cuales está la simplicidad de la mente, asociada a la no intencionalidad, atributo este que trae la posibilidad de conquistar el alma. En contraposición, el espíritu de este tiempo hacía que él se juzgase inteligente, capaz de controlar y de conquistar el mundo (100). Así, por un lado, la espontaneidad, la naturaleza, el acompañar el movimiento interior; por otro, el intento de controlar la naturaleza, de atribuir a la razón un lugar prominente en la vida, de controlar y dominar su propio ser.

LA VISIÓN DEL 12 DE DICIEMBRE DE 1913

El 12 de diciembre de 1913, Jung tuvo una visión:

> Veo un rostro gris en una roca, a lo largo de la cual me hundo en una gran profundidad. Me encuentro frente a una cueva oscura con una suciedad negra hasta los tobillos. Sombras flotan alrededor mío. El miedo me atrapa, pero sé que tengo que entrar. Me deslizo a través de grietas angostas en la roca y llego a una cueva interna, cuyo suelo está cubierto de agua negra. Más allá, sin embargo, diviso una **piedra roja brillante**, a la cual tengo que llegar. Vadeo a través del agua lodosa. La cueva está llena de un bullicio tremendo de voces que gritan.
> Tomo la piedra, está cubriendo una abertura oscura en la roca. Sostengo la piedra en la mano, mirando interrogante a mi alrededor. No quiero obedecer a las voces, ellas me mantienen alejado. Sin embargo, quiero saber. Algo aquí ha de convertirse en palabra. Apoyo mi oreja en la abertura. Oigo el bramido de corrientes subterráneas. Veo **una cabeza de un hombre ensangrentada** sobre la corriente oscura. Un herido, un despedazado flota allí. Contemplo esta imagen con estremecimiento durante largo tiempo. Veo pasar un gran escarabajo negro en la corriente oscura. En el fondo más profundo de la corriente brilla **un sol rojizo**, irradiando el agua oscura. Entonces veo y me atrapa un horror, un anillado de serpientes en las oscuras paredes de roca buscando la profundidad, donde el sol brilla opacamente. Mil serpientes se enroscan, cubren el sol. La noche profunda irrumpe. **Un flujo rojo de sangre**, sangre espesa y roja, emana brotando durante largo tiempo para luego endurecerse. Estoy cautivado por el espanto. ¿Qué vi? (101) (Las negritas son mías).

Un descenso oscuro, y en el fondo del abismo, una piedra roja, la cabeza ensangrentada de un hombre, “el héroe” (102); un sol en la oscuridad; las serpientes. El descenso al mundo subterráneo, asociado a la noche oscura del alma, puede ser visto como una entrada a su propia oscuridad, al no saber, a lo desconocido, a la depresión, al conflicto. El encuentro con la piedra roja, no obstante, trae el contraste expresado por el color: en medio de la ausencia de color, un color fuerte, color de sangre, color del sol, color que representa emociones vibrantes: pasión y odio.

Jung asoció el escarabajo a la muerte y al renacimiento, tal como era considerado en el antiguo Egipto. Al sol que viene de las profundidades, “lleno de enigmas”, lo asoció con el despertar de lo muerto, del mismo modo que el sol de la primavera despierta la

tierra muerta del invierno. Según él, ahí tuvo inicio la batalla entre la luz y la oscuridad (103).

¿Podemos considerar el sol que despierta lo muerto como un símbolo de la luz, de las emociones, de Eros, del amor, despertando una vida que Jung juzgaba muerta? En 1913, Jung tenía 38 años, edad que él caracterizó como la mitad de la vida. Afirmó que en ese momento, su inconsciente necesitaba liberación, pues "lo consciente se volvió prácticamente en una *tabla rasa*, y los contenidos subyacentes tenían que ser liberados" (104). Agregó que la técnica que usaba –imaginación activa– solo es aplicable cuando los contenidos inconscientes están activados. "Únicamente cuando los problemas surgen es que estamos obligados a tener una actitud consciente hacia nuestros procesos psíquicos" (105).

La búsqueda de su alma llevó a Jung a vislumbrar la piedra roja, que puede ser vista como un símbolo de la vida indestructible. El anhelo por la experiencia de estar vivo, conectado con su esencia y con el sentido de la vida, aparta a Jung de la hegemonía de la razón y lo aproxima a un escenario lleno de elementos dionisíacos. La caverna es, tradicionalmente, un lugar de culto a Dioniso, la serpiente, de acuerdo con Kerényi (106), es un fenómeno de la vida, cuya frialdad, movilidad, carácter escurridizo y, frecuentemente, amenaza mortal causan una impresión altamente ambivalente. La serpiente representa también la identidad de *Zoë*, de la vida indestructible, en sus formas más bajas (107). El sol de la tierra, de las profundidades, es el propio Dioniso, "la luz de Zeus" (108). Jung señaló, en los borradores corregidos, las referencias acerca de las representaciones órficas de un riachuelo de lodo en el mundo subterráneo (109). Los órficos reverenciaban al primer Dioniso (Zagreu) que fue descuartizado por los Titanes. Zeus recuperó su corazón y se lo dio a Sémele en una bebida para que lo gestara. Con la muerte de ella, Zeus colocó a Dioniso en su muslo y de él nació el dios, el segundo Dioniso –por eso es considerado el dios de la muerte y del renacimiento–. Para protegerlo de la furia de Hera, Hermes lo entregó a Ino, quien, junto con su esposo, el rey Átamas, criaron a Dioniso como si fuera una niña (110). Se atribuye a su convivencia con las mujeres su capacidad de transitar por el universo de ambos géneros, siendo visto por eso como un dios

andrógino, en el sentido de ser capaz de integrar en su personalidad elementos masculinos y femeninos.

Al contrario de Apolo, dios solar, representante de la cultura y de la civilización, Dioniso se vincula a los misterios de la vida y de la muerte, a la vegetación, a la conciencia asociada a las profundidades, a la irracionalidad, a la vida vivida plenamente, a las emociones y a la sensualidad, que conducen a un estado alterado de conciencia y a la trascendencia por medio de la experiencia. Dioniso es considerado el dios del éxtasis y del entusiasmo. Del éxtasis porque sus devotos, después de una danza vertiginosa, "salían de sí", abriendo entonces espacio para que "el dios se zambullera en su adorador, a través del entusiasmo" (111).

Al asociar los elementos encontrados por Jung en su imaginación, con aquellos presentes en el mito y el culto de Dioniso, podemos percibir que la tensión entre el espíritu de este tiempo y el espíritu de la profundidad es igual que aquella existente entre el mundo de Apolo y el de Dioniso –no el Apolo que en sus comienzos fue asociado a la luna y al oráculo de Delfos, sino aquel que, con la evolución, pasó a ser considerado como un dios solar (112)–. Es con la fuerza de estos símbolos con la cual Jung se debate. Por un lado, su pensamiento, la importancia dada a los valores vigentes, la adaptación a la sociedad, el *status*, su inserción familiar, la "civilización"; por otro, la transgresión, la ruptura de las normas, el espacio interno abriéndose para el mundo de las emociones, del sentimiento, del amor, de la naturaleza espontánea y "bruta". El conflicto vivido por Jung es de grandes proporciones, como podemos inferir de la profundidad del proceso revelado en *El Libro Rojo.* Como psicoterapeutas conocemos la angustia, el miedo y la vivencia de amenaza que acompañan la entrada a las profundidades del ser.

Y entonces Jung le pide a su alma que cure las heridas que la duda le causa, diciendo poseer un atormentado, aún víctima del pensamiento. Pide auxilio para no ser sofocado por su propio conocimiento y protegido del juicio (113).

> Quiero descender limpio en sus profundidades, con vestimentas blancas, y no correr como un ladrón, agarrando lo que pueda y huyendo sin aliento (114).

Ahogarse en su propio conocimiento es caer víctima del pensamiento, del distanciamiento emocional que él acostumbra poner, del juicio que lo aparta de la vida. En 1925, amplifica el símbolo de la serpiente, considerándola como un animal mágico, delante del cual difícilmente alguien permanece indiferente. “Como soy un intelectual introvertido, mi ánima contiene sentimiento [que es] bastante ciego. En mi caso, el ánima contiene […] algo de la serpiente, que también es sensación” (115).

> Siempre que una serpiente aparece se debe pensar en un sentimiento primordial de miedo. El color negro acompaña este sentimiento y también el carácter subterráneo de la serpiente. Ella queda escondida y, por lo tanto, es peligrosa. […], es el movimiento y tendencia instintiva; muestra el camino para el tesoro oculto, o lo protege. […] La serpiente tiene una atracción fascinante, una atracción peculiar a través del miedo. Algunas personas se fascinan con este miedo. Las cosas que inspiran temor o peligro ejercen una atracción extraordinaria. […] La serpiente indica el camino para las cosas escondidas, y expresa la libido introvertida que conduce al hombre más allá de toda seguridad, y más allá de los límites de la conciencia, como es manifestado por el cráter profundo (116).

En el proceso de Jung, este traspaso del límite seguro rumbo a lo desconocido, más allá de generar miedo y atracción, transmite el sentimiento de culpa. Aquí, él afirma querer bajar a las profundidades vestido de blanco y no corriendo como si fuese un ladrón. Las vestimentas blancas son, en la tradición dominante de la cultura occidental, ropas iniciáticas, pues el blanco simboliza la pureza, la disponibilidad para lo nuevo, lo inmaculado, el futuro y también la idea de paz. Y esta es la disposición de Jung: ser iniciado en los misterios de las profundidades, en su ser más profundo, en sus sentimientos esenciales, dejarse transformar por ellos, considerarlos limpios, claros, dignos, y no ser visto como un ladrón, alguien que comete un delito y debe ser castigado, o que busca esconderse para ocultar una acción sospechosa.

No nos es difícil empatizar con el conflicto de Jung: quería ser fiel a sí mismo, pero al mismo tiempo tenía que enfrentarse con la infidelidad a su esposa. Llamados diferentes, caminos conflictivos, totalmente contradictorios con los preceptos de la época. Pero ¿no

fue este el desafío que él enfrentó al introducir a Toni Wolff en su vida familiar y profesional al lado de Emma? Convivir abiertamente con ella en un ambiente de tradición monogámico, en una familia de pastores luteranos, exigió, sin duda, el enfrentamiento de un gran desafío. Si el encuentro con la mujer amada movilizó vivencias profundas, le permitió avanzar en su proceso de individuación y le facilitó innumerables descubrimientos teóricos, esto no se dio sin una gran cantidad de conflicto, tormento, sufrimiento, miedo, culpa, ambigüedad y angustia, como podemos ver a lo largo de *El Libro Rojo.*

> Observé aquello que los antiguos nos enseñaron en imágenes: la locura es divina. […] Es indudable: si entras en el mundo del alma, entonces estás como loco, y un médico te consideraría enfermo. Lo que digo aquí puede ser visto como enfermedad, pero nadie puede tomarlo por más enfermo que yo.
> […]
> No obstante, ¿quién puede resistir el miedo cuando le llegan la embriaguez y la locura divinas? El amor, el alma y Dios son bellos y terribles (117).

La inserción de Jung en su cultura lo dejó dominado por el espíritu de este tiempo, provocó en él una unilateralidad que su psique no aceptó y generó una *enantiodromía*, un salto en dirección a su opuesto, haciendo que se sumergiese en el espíritu de la profundidad. La asociación entre amor, alma y Dios nos permite pensar al amor como un elemento de apertura hacia el mundo anímico.

El impulso para el conocimiento, el descubrimiento, la profundidad y la unión es activado por el amor y puede ser dirigido tanto para otro como para sí mismo, o para ambos. La experiencia del amor no ocurre impunemente. No hay quien, en su presencia, no sea tocado por él. El amor como elemento de unión impele a la totalidad y, en esa experiencia, surge el encuentro con Dios. Así en el trozo escrito por Jung, me parece bastante posible pensar que, movilizado por el amor, él abrió su alma y ahí encontró la experiencia numinosa que pertenece a la vivencia de lo divino. El encuentro amoroso como símbolo de totalidad emerge en diferentes épocas y lugares, como demostré en mi disertación para la maestría (118).

Shamdasani (2010) revela lo que Jung escribió en el borrador: “Mi alma es mi suprasentido, mi imagen de Dios […]. Dios se revela en el suprasentido de la comunidad de personas” (119).

En cuanto a la “locura divina”, su importancia fue tan grande para Jung que, un poco más adelante, le dio este título a una de sus experiencias descritas en *El Libro Rojo*. Amplificaremos este tema en el momento oportuno.

SUEÑO CON SIGFRIDO

En la visión del 12 de diciembre de 1913, Jung tropieza con la cabeza ensangrentada de un hombre asesinado. Escribe que “el héroe rubio yacía asesinado” (120). Pocos días después, en el día 18, tuvo un segundo sueño –o visión (121)–, que transcribo abajo conforme está escrito en *El Libro Rojo* (122), manteniendo entre paréntesis la descripción complementaria, hecha en *Recuerdos, sueños y pensamientos* (123).

> Me encontraba en una montaña alta [solitaria y rocosa], con un joven [desconocido, un salvaje de piel oscura]. Era antes de la aurora, el cielo en el oriente ya estaba claro [y las estrellas comenzaban a apagarse]. Sobre las montañas, resonó con un sonido jubiloso el cuerno de Sigfrido. Sabíamos que nuestro enemigo mortal estaba llegando. Estábamos armados [con fusiles] y acechábamos en un estrecho sendero de piedras, para asesinarlo. [De pronto Sigfrido] apareció a lo lejos viniendo de la cumbre de la montaña [con el primer rayo del sol naciente] en un carro hecho de osamentas de muertos. Bajó osada y magníficamente sobre la roca escarpada y llegó al sendero estrecho, donde nosotros esperábamos ocultos. Cuando dobló en una esquina frente a nosotros, disparamos al mismo tiempo [contra él] y cayó mortalmente herido. [Lleno de disgusto y remordimientos por haber destruido algo tan bello] me preparé para huir [impulsado por el miedo de que el crimen pudiese ser descubierto]. Se precipitó una lluvia tremenda [la cual, yo sabía, haría desaparecer todos los vestigios del atentado]. Después de esto, pasé por un tormento mortal y tuve la certeza de que debía matarme si no conseguía resolver el enigma del asesinato del héroe. [Había escapado del peligro de ser descubierto, la vida podía continuar, pero persistía en mí un sentimiento intolerable de culpa].

En los seminarios de 1925, Jung ofrece algunos datos más sobre este material, diciendo que ellos (Jung y el hombre de piel oscura) dispararon en el pecho de Sigfrido.

> El hombrecito que estaba conmigo dio un paso adelante, y yo sabía que clavaría el cuchillo en el corazón de Sigfrido, pero eso era un poco demasiado para mí, y di la vuelta y huí. Tuve la idea de huir lo más rápido que pudiera a un lugar donde "ellos" no pudiesen encontrarme. Yo podía escoger si descender en dirección al valle o continuar subiendo la montaña por un débil rastro. Escogí esta última opción, y mientras corría cayó sobre mí un diluvio. Entonces me desperté con una gran sensación de alivio (124).

Shamdasani, en una nota al pie de página, llama la atención sobre el hecho de que Jung escribió una continuación de este sueño/visión en el *Libro Negro 2,* página 57:

> Subí con facilidad un camino increíblemente escarpado y después ayudé a mi esposa, quien me seguía con un paso más lento al subir. Algunas personas se burlaban de nosotros, pero a mí no me importaba, pues esto mostraba que ellas no sabían que yo había matado al héroe (125).

La cantidad de veces que Jung mencionó este sueño –o esta visión– en su elaboración a través de los años muestra la enorme importancia que tuvo en su proceso de individuación. Le dio una gran importancia al símbolo de Sigfrido, en cuanto este es el héroe central de la mitología nórdica y germana. Jung escribe acerca de él en *El Libro Rojo*:

> Lástima que Sigfrido, rubio de ojos azules, el héroe germánico, el más leal y valiente tuviese que morir por mi mano. Tenía en sí todo lo que yo apreciaba, como lo más grande y más bello, él era mi fuerza, mi osadía, mi orgullo. Yo habría sucumbido en esa batalla, y por eso solo me quedó asesinarlo. Si yo quisiera seguir viviendo, solo podría ser con astucia y engaños.
> […]
> ¡Lo que Sigfrido significa para los alemanes! ¡Lo que nos dice todo lo que los alemanes sufrieron con la muerte de Sigfrido! Por eso, casi preferí matarme de manera de evitarlo. Pero yo quería seguir viviendo con un nuevo Dios (126).

En 1925, Jung se refiere a Sigfrido de la siguiente manera:

Sigfrido no era una figura especialmente simpática para mí, y yo no sabía por qué mi inconsciente quedó absorto por él. El Sigfrido de Wagner, especialmente, es exageradamente extrovertido y a veces realmente ridículo. Nunca me gustó. Sin embargo, mi sueño mostró que él era mi héroe. No pude entender la fuerte emoción que sentí con el sueño (127).

Y continúa:

El héroe […] es el símbolo del máximo valor reconocido por nosotros. […] Así, pareció como si Sigfrido fuese mi héroe. Sentí una enorme pena por él, como si yo mismo hubiese sido baleado. Debo, entonces, haber tenido un héroe que yo no apreciaba, y fue mi ideal de fuerza y eficiencia lo que yo asesiné. Maté mi intelecto, ayudado por una personificación del inconsciente colectivo, el hombrecito oscuro [que estaba] conmigo. En otras palabras, depuse mi función superior.
[…]
La lluvia que cayó es un símbolo de alivio de la tensión; o sea, las fuerzas del inconsciente están liberadas. Cuando esto acontece, viene un sentimiento de alivio. El crimen es expiado, porque tan pronto como la función superior es depuesta, se da una oportunidad para que emerjan otros aspectos de la personalidad (128).

Este sueño es retomado en *Recuerdos, sueños y pensamientos*.

Cuando desperté medité sobre este sueño, pero me resultó imposible comprenderlo. Intenté, pues, dormirme nuevamente, pero una voz dijo: “¡Tienes que comprender el sueño e inmediatamente!”. La agitación interior fue aumentando hasta el terrible instante en que la voz dijo: “¡Si no comprendes el sueño, tendrás que disparar sobre ti!”. En mi mesita de noche había un revólver cargado y sentí miedo. Entonces volví a meditar y de pronto comprendí el sentido del sueño: “¡Este es el problema que se plantea al mundo!”. Sigfrido representa lo que los alemanes quisieran realizar, a saber: imponer heroicamente su propia voluntad. “¡Donde hay una voluntad se encuentra un camino!”. Lo mismo quería yo. Pero ahora ya no era posible. El sueño mostraba que la actitud que se encarnaba por medio de Sigfrido, el héroe, ya no se adecuaba más a mí. Por ello él tenía que ser asesinado. Después de esto experimenté gran compasión, como se hubiesen disparado sobre mí. En ello se expresaba mi secreta identidad con el héroe, así como el sufrimiento que el hombre experimenta cuando es forzado a sacrificar su ideal y su actitud consciente. Pero había que dar fin a esta identidad con el ideal del héroe, pues existe algo más alto que la voluntad del Yo y a lo cual hay que someterse. (129)

Como podemos ver, Sigfrido fue interpretado por Jung como algo que debería ser sobrepasado y, por eso, muerto. Para Jung, el héroe debe morir para que seamos redimidos. Paradojalmente, sin embargo, Jung afirma que él ejerce la función de un modelo que debe ser imitado (130). Un héroe representa un ideal o una actitud consciente frente al mundo, que en este caso, debería ser abandonada para que la personalidad pudiese continuar desarrollándose. Jung menciona su función principal, su ideal de fuerza y eficiencia, y su intelecto como expresiones contenidas en el símbolo del héroe asesinado. Bajo esta perspectiva, podemos pensar en la muerte de Sigfrido como una tentativa de sobrepasar su sintonía con el "espíritu de este tiempo". Más aún, en los años siguientes a su ingreso a Burghölzli, Jung era llamado "nuestro Sigfrido" (131).

Recordamos también que en el mito Sigfrido era hijo de Sigmund, y que en la ocasión del sueño Jung estaba a punto de separarse de Sigmund Freud, con quien tuvo una intensa y fructífera relación de colaboración, no por eso sin grandes dificultades, permeadas por los complejos afectivos de ambos (132) y por la presencia de ambigüedades en lo que se refiere a la dinámica padre-hijo (Freud era 19 años mayor que Jung). Esta separación inminente amenazaba también la clínica de Jung.

Existe, entretanto, algo en el símbolo de Sigfrido que no fue mencionado por Jung, pero que conocemos gracias al trabajo de Carotenuto (133). Como sabemos, Sabina Spielrein y Jung vivieron una relación amorosa entre 1904 y 1909. Sabina estudió medicina y se transformó en analista, habiendo antes pertenecido al Grupo Psicoanalítico. Ella escribió, en 1912, "Destrucción como causa del llegar a ser". Este artículo fue publicado, junto con la primera mitad del trabajo de Jung *Transformaciones y símbolos de la libido*, en el *Jahrbuch*, revista de la cual Jung era editor.

Sigfrido era el nombre del hijo que Sabina había fantaseado tener con Jung. Este símbolo fue tan significativo para ella que, a pesar de que habían terminado su relación amorosa en 1909, en la última carta de la cual se tiene noticia, escrita por ella a Jung en 1918, ella busca elaborar con él el significado de Sigfrido. Entre las varias referencias que Sabina hace de Sigfrido, algunas me parecen

dignas de ser citadas. Los trozos siguientes fueron sacados de la carta que ella le escribió a Jung cuando le envió el trabajo anteriormente mencionado.

> Reciba el producto de nuestro amor, el trabajo (para usted), es decir, el pequeño hijito. Me dio mucho trabajo; pero para Sigfrido, nada me resulta muy difícil. (Carta escrita probablemente en los primeros meses de 1912) (134).

En una larga carta enviada a Jung, el 6 de enero de 1918, Sabina vuelve a elaborar el símbolo de Sigfrido:

> Así, al final, el señor mató al Sigfrido "real", como el mismo señor me dice (es la prueba de que el señor también tenía un Sigfrido "real"), es decir, lo sacrificó a favor de uno sublimado (135).

A pesar de que no tengamos la fecha en que "el mismo Jung dice", esta afirmación de Sabina muestra que "Sigfrido" estuvo también presente en la vida psíquica de él.

La relación entre ellos fue significativa también para Jung, que en 1919, después de las experiencias de 1913 y 1914, descritas en *El Libro Rojo*, y su posterior elaboración, escribe a Sabina:

> El amor de S. por J. hizo consciente al último de algo que él solo presentía de modo confuso, es decir, una energía que determina el destino del inconsciente; más tarde esto lo llevó a cosas importantísimas. La relación debía ser "sublimada" porque, de otro modo, lo habría conducido a la ceguera y a la locura (concretización del inconsciente). A veces uno debe ser indigno para conseguir seguir viviendo plenamente. (Carta escrita el 1° de septiembre de 1919) (136).

Así, en el sueño de Jung, Sigfrido puede ser considerado también un símbolo del producto de un amor clandestino, un símbolo que lo movilizó y atemorizó mucho. Matarlo sería una manera de destruir la amenaza que venía desde el espíritu de la profundidad, que le traía otro gran amor. El héroe tuvo que morir porque él habría obligado a Jung a actuar heroicamente, enfrentando todo y a todos los que representaban el espíritu de este tiempo: *status,* familia, matrimonio,

hijos, reputación, y también a la sociedad burguesa y puritana de Zúrich.

Es importante destacar que Jung y el joven habrían matado al héroe con un tiro en el pecho, o que el joven le habría dado una estocada en el corazón, órgano considerado la sede del amor en nuestra tradición (137). El joven que lo ayuda a matar el símbolo del amor puede ser aquel aspecto de la personalidad de Jung, a lo cual Sabina se refiere en su diario:

> Me dijo [Jung] que me amaba por mi carácter fuerte y orgulloso; pero dijo también que jamás se casaría conmigo, porque existe en él un gran filisteo que ansía el aspecto constreñido (limitado) típicamente suizo. (Escrito el 9 de noviembre de 1910) (138).

En la imagen de Sigfrido existe también una posible evocación de un periodo turbulento vivido por Jung, que en el periodo de este sueño se repite por sincronicidad.

En 1908, la tensión entre Jung y Bleuler (139) aumentaba. Jung se preparaba para dejar Burghölzli después de ocho años de trabajo (140). Su relación extramarital con Sabina se hizo más íntima (141), y Jung propuso vivir con ella lo que sabemos que más tarde vivió con Toni:

> Él [Jung], de verdad, quería introducirme en su casa, hacer que yo fuese amiga de su esposa, pero, como se puede entender, ella no podía aceptar eso, de manera que, *volens-nolens*, se tuvo que esconder de ella la parte más importante. (11 de septiembre de 1910) (142)

A la crisis profesional, al conflicto y el dolor provocados por la vivencia de este adulterio, se suma el hecho de que su esposa, Emma, había dado a luz a su hijo Franz en noviembre de 1908.

Recordemos que el sueño/visión con Sigfrido ocurre en diciembre de 1913. En enero de este mismo año, Jung y Freud habían roto su relación personal y caminaban hacia la ruptura de su relación profesional, la que no ocurriría sin una pérdida profesional (y posiblemente afectiva) para Jung. Él estaba ahora en una relación amorosa también con Toni, situación ciertamente generadora de un

gran conflicto y culpa, sobre todo porque, en esa fecha, Emma estaba embarazada nuevamente –en el sexto mes de su quinto embarazo–.

La semejanza entre estos dos períodos es, por lo tanto, inequívoca.

Por esto, nos llama tanto la atención el hecho de que Jung haya escrito solamente en el *Libro Negro* 2 que su esposa estaba en el sueño. Este dato, omitido por Jung todas las veces que relató este sueño, que para él tenía tanta importancia, solo salió a la luz gracias a la minuciosa investigación de Shamdasani (143).

Después de haber matado al héroe con ayuda del joven –el amor clandestino, que él sentía que amenazaba su sanidad mental, su matrimonio y su *persona,* asesinado por la representación de un aspecto posiblemente asociado a la pobreza en la que vivió en su juventud–, Jung ayuda a su esposa a subir la montaña, sin importarle las burlas que los demás hacían de ellos, "pues esto mostraba que ellos no sabían que yo había matado al héroe" –o sea, su matrimonio, su familia y su *status* social se mantenían, lo que le produjo una gran sensación de alivio–. Jung destaca la importancia que siempre tuvieron para él su familia y su trabajo.

Es curioso que después que Jung hubiera escrito que le gustaría descender a las profundidades con vestimentas blancas, y no como un ladrón que necesita huir, él haya tenido que esconderse para que sus transgresiones no fuesen descubiertas. Sin embargo, la culpa fue inevitable: "Yo escapé del peligro de ser descubierto, la vida podía continuar, pero persistía en mí un sentimiento intolerable de culpa" (144).

Jung menciona el "tormento mortal" por el cual pasó, sintiendo que debía suicidarse "si no resolvía el enigma del héroe", lo cual muestra que el problema planteado por el sueño exigía una elaboración urgente. Este héroe se hace anunciar por su trompeta, de donde extrae un sonido alegre. Al mismo tiempo, viene en un carruaje hecho de osamentas humanas, el cual conduce con gran habilidad. La alegría viene asociada a la muerte. Los huesos podrían representar la destrucción necesaria para que una nueva vida pueda surgir. En la situación de Jung, los huesos podrían referirse a la destrucción de su matrimonio, de su *statu quo*, para

que la vida con Toni pudiese ser vivida en libertad. Sin embargo, romper con los valores de la tradición, con su posición social y financiera, y con su familia, sobre todo cuando un nuevo hijo estaba por nacer, habría sido algo muy violento para Jung. Y el conflicto "se resuelve" con el asesinato de Sigfrido, de aquel que trae la muerte, pero también la sensibilidad, el amor y la vida. Vencerá, aunque temporalmente, su aspecto "filisteo", que aún no podía admitir "un cambio de destino".

Una observación hecha por Harry Murray, un analizando de Jung, deja clara la sintonía [de Jung] con el espíritu de este tiempo, con su moral, sus valores y costumbres. Murray afirma que, sobre su relación con Toni, Jung habría dicho: "No es buena en un sentido moral, pero tiene que ser así" (145). Incluir a Toni posteriormente en su vida fue, ciertamente, el resultado de poder sobrepasar los valores colectivos y de poder superar una enorme tensión, de lo cual salió victoriosa la disposición de Jung para buscar "valores más altos que la voluntad".

CULPA Y ELABORACIÓN

Después del sueño con Sigfrido, Jung escribe: "A través de la culpa he llegado a renacer" (146). En nota a pie de página, Shamdasani presenta un comentario de Jung hecho en 1916 en las charlas que dio en el Club de Psicología, sobre la importancia de la culpa: "el primer paso de la individuación es una culpa trágica" (147).

La muerte de Sigfrido provoca en Jung la conciencia del surgimiento de un nuevo Dios, un niño divino lleno de paradojas –bueno y malo, adusto y ridículo, sano y enfermo– que se encuentra perturbado por el dolor y por la risa, sí y no, y entonces Jung comprende que el nuevo Dios no está en lo absoluto, sino en lo relativo (148).

> Cuando mi príncipe cayó, el espíritu de la profundidad abrió mi visión e hizo que me apercibiera del nacimiento del Dios Nuevo.

El niño divino se presentó frente a mí desde lo espantosamente ambiguo, lo feo-bello, lo malo-bueno, lo irrisorio-serio, lo enfermo-sano, lo inhumano-humano, lo no divino-divino.
Comprendí que el Dios que buscamos en lo absoluto no se encuentra, por cierto, en lo absolutamente bello, bueno, serio, alto, humano o, incluso, divino. Allí el Dios estuvo alguna vez.
Comprendí que el Dios nuevo está en lo relativo (149).

Y, más adelante, escribe Jung:

Cuando el héroe estuvo muerto y el sentido estuvo reconocido en el contrasentido, cuando lo tensionado se precipitó desde las nubes grávidas, cuando todo se había vuelto cobarde y pensaba en la propia salvación, allí me percaté del nacimiento de Dios. El Dios se hundió en mi corazón contra mí, cuando estaba confundido por la burla y la adoración, por el dolor y por la risa, por el sí y por el no (150).

El dolor y la culpa por la muerte del héroe, símbolo del amor, abruman a Jung. Él llega a comparar su sufrimiento con el de Cristo, cuando estuvo en el infierno, y afirma: “Nadie sabe lo que sucedió en los tres días que Cristo estuvo en el infierno. Yo viví eso” (151). La experiencia de *katabasis*, el descenso a su propio infierno, hace que surja en Jung la perspectiva de una nueva conciencia, en la cual la relatividad de los opuestos podría ser el centro. Con esto, su apego a la tradición, a las normas y a los valores colectivos pudieron ceder lugar a aquello que pertenecía a su yo más profundo. Y él, entonces, asocia la salida del infierno a “la belleza y alegría que se apoderaron de los hombres cuando las profundidades desencadenaron esta gran guerra” (152). Aquí se encuentra el germen no solo de las conceptualizaciones teóricas más importantes, como el Self (Arquetipo Central), la Sombra, el principio de las polaridades y el proceso de individuación, sino también el de su apertura personal para la integración del Eros y del sentimiento en su personalidad.

¿Qué piensas acerca de la esencia del infierno? El infierno es cuando la profundidad llega a ti con todo aquello que ya no eres, o aún no dominas. El infierno es cuando no puedes alcanzar lo que podrías alcanzar. El infierno es cuando tienes que pensar, sentir y hacer todo aquello que sabes que no

> quieres pensar, sentir y hacer. El infierno es cuando sabes que tu deber es también tu querer y que tú mismo eres responsable de ello. El infierno es cuando sabes que todo lo serio que te propones contigo mismo es también irrisorio, que todo lo delicado es también tosco, todo lo bueno, también malo; todo lo alto también bajo y cuando todos los actos de bien son también actos infames.
> Pero el infierno más profundo es cuando te das cuenta de que el infierno tampoco es un infierno sino un cielo alegre, no un cielo en sí, sino en cierta medida un cielo, y en otra un infierno (153).

La apertura de Jung hacia las polaridades, hacia la "ambigüedad", le permite elaborar la paradoja del amor. Escribe así:

> Pero la ambigüedad es el camino de la vida. […]
> Usted dice: el Dios cristiano es inequívoco, él es amor. Pero ¿qué es más ambiguo que el amor? El amor es el camino de la vida, pero su amor solo está en el camino de la vida si usted tiene una izquierda y una derecha. Nada es más fácil que jugar a la ambigüedad y **nada es más difícil que vivir en la ambigüedad.** Aquel que juega es un niño, su Dios está viejo y muere. Aquel que vive está despierto; su Dios es joven y sigue al frente. Aquel que juega se esconde de la muerte interior. Aquel que vive siente la continuidad y la inmortalidad. Así, deje el jugar para los que juegan. Deje caer lo que quiere caer. Si usted detiene el proceso, él le arrastrará. Existe un amor verdadero que no se preocupa por el prójimo (154). (Las negritas son mías).

He aquí la problemática central del proceso de individuación de Jung, como se muestra en *El Libro Rojo.* ¿Cómo vivir la ambigüedad del amor cuando esta se expresa en su relación concreta con dos mujeres? En una carta a Freud el 12 de junio de 1909, Sabina escribe con relación a Jung: "Constantemente su alma está dividida entre dos personas" (155).

En cuanto a la frase "existe un amor verdadero que no se preocupa por el prójimo", podemos comprenderla como el amor por el proceso de individuación, el amor por la dimensión más profunda del ser, el amor que no pertenece al "juego de la ambigüedad", sino que, por el hecho de que clama por su realización –lo que en este caso posee un carácter de autorrealización– puede herir al Otro. En la situación vivida por Jung, no es difícil empatizar con el sufrimiento de Emma.

Barbara Hannah, analista junguiana que convivió con Jung, Emma y Toni, escribe:

> Aparentemente fue duro para Jung, justamente en la época en que estaba siendo probado al límite en su "enfrentamiento con el inconsciente", tener que lidiar, al mismo tiempo, con lo que es tal vez el problema más difícil que un hombre casado tiene que enfrentar: el hecho de amar a la esposa y a otra mujer al mismo tiempo. Pero un problema estaba ligado al otro, tratándose, en verdad, **de dos lados del mismo problema** (156). (Las negritas son mías).

El problema que Jung necesitó elaborar fue su amor por Toni. De acuerdo con Murray, Jung habría dicho que Toni Wolff tenía una "habilidad excepcional para sacar a la luz material del inconsciente que había estado 'escondido' bajo la apariencia de la convención" (157). Probablemente fue la capacidad de ella de desencadenar en él vivencias emocionales tan profundas y auténticas lo que dio origen al material publicado en *El Libro Rojo.*

Shamdasani (158), en la introducción al *Libro Rojo*, afirma que no es exagerado decir que, si no fuese por la guerra, *El Libro Rojo* no existiría, a lo cual contrapongo: si no hubiese existido Toni Wolff, probablemente no existiría la esencia del *Liber Novus.*

La relación con Toni activó en Jung contenidos psíquicos que, más tarde, él conceptualizaría como el arquetipo del ánima. Estos lo movilizaron con tal intensidad que produjeron en él experiencias de totalidad y trascendencia y, por eso, al principio, él identificó su alma con Dios –en términos teóricos, el ánima con el Self, o Arquetipo Central (159)–.

ELÍAS Y SALOMÉ

En diciembre de 1913, cerca del día 20, Jung tuvo otra visión (imaginación activa), en la cual aparecen un viejo, una linda joven y una serpiente negra. El viejo se asemejaba a un profeta y se presentó como Elías. La joven, Salomé, era su hija ciega.

Estas figuras están entre las más importantes de *El Libro Rojo*, y Jung las menciona varias veces: en los seminarios de 1925, en

Recuerdos, sueños y pensamientos, además de interpretarlas en el borrador corregido de *El Libro Rojo* mismo*,* publicado en el Apéndice B.

Elías y Salomé son dos figuras bíblicas. Él, profeta precursor e inspirador de la vida monástica, símbolo del asceta. Vivió como eremita en el desierto, luchando contra los deseos mundanos y buscando servir a Dios. Conviene notar que Jung, antes de la aparición de Elías, había mencionado a los antiguos que iban para el desierto en busca de su alma. Tal vez Elías sea la mejor personificación de esa búsqueda solitaria y de la disposición sacrificial inherente a su postura. Él es considerado el precursor de San Juan Bautista.

Salomé, a su vez, fue la responsable de la muerte de Juan Bautista. Después de haber danzado para su padrastro, Herodes, este le prometió satisfacer un deseo, cualquiera que este fuese. Influenciada por la madre, Herodías, a quien el profeta había condenado por vivir con su cuñado, Salomé pide que le sea dada la cabeza de Juan Bautista.

Estas figuras llaman la atención por la polaridad que constituyen: un profeta asceta y una bailarina asesina, cuyas dotes eróticas fueron capaces de encantar al padrastro.

Jung asociaría a Elías a la manifestación del Arquetipo del Viejo Sabio, o del Self, como Arquetipo Central, y a la figura de Salomé a la expresión del arquetipo del ánima. Los asoció también, respectivamente, al Logos y al Eros. Entre tanto, él mismo afirma en sus memorias que “tal definición ya es intelectual por demás. Es más significativo dejar que esos personajes sean, primero, lo que entonces me parecieron ser, esto es, hechos y experiencias” (160).

Recordemos que la esencia del contenido transcrito en *El Libro Rojo* en letras góticas abarca solo cuatro o cinco meses, desde octubre de 1913 hasta febrero de 1914. La cantidad de material producido por Jung en este corto período de tiempo indica la intensidad de su movilización emocional.

En el encuentro con Elías y Salomé, descrito bajo el título “*Mysterium*. Encuentro”, tenemos la pregunta directa y certera de Salomé, sus primeras palabras, dirigida a Jung: “¿Usted me ama?” (161). El problema del amor es traído a la luz por la personificación

de una mujer con gran poder de destrucción en virtud de su erotismo.

Habiendo tenido la oportunidad de mirar muchos sueños e imágenes espontáneas a lo largo de mi vida profesional, no dejo de maravillarme con la creatividad del Arquetipo Central al producir sus símbolos. Metáforas perfectas para revelar, mostrar el camino, traducir aquello que cada uno necesita en su proceso de individuación. No sería diferente con Jung. Las imágenes a las cuales tenemos acceso hoy fueron, ciertamente, la mejor expresión para su proceso de desarrollo.

Como hijo de un pastor protestante, las figuras bíblicas eran parte de la formación de Jung. En el contexto religioso, Salomé es la representación de la mujer terrible, sanguinaria, voluntariosa, fría, seductora y erotizada. Es, por lo tanto, una figura sombría del ánima, capaz tanto de fascinar como de destruir. ¿Podría haber una imagen que representase mejor para Jung el miedo, la fascinación y, al mismo tiempo, la atracción que sentía por Toni? Con ella él descubrió el ánima, no porque no la hubiese vivido antes, sino porque con Toni él le da continuidad al proceso que fue interrumpido con Sabina. Este coraje de seguir adelante con el amor, a pesar del conflicto, de la culpa, la tensión, la angustia, la desesperación, lo llevó adonde aún no había llegado, permitiendo, incluso, la creación del concepto de ánima al conocerla en sí mismo.

Salomé, sin embargo, es ciega. No lo era en el mito, pero surgió así en la imagen de Jung. Aquella que representó su ánima, y que lo inició en la elaboración profunda del amor, fue considerada ciega. Podemos preguntarnos entonces: ¿qué es lo que Jung era incapaz de ver? Una respuesta posible a esta pregunta es que, al proyectar la ceguera sobre su representación de Eros, él quedaba ciego con respecto a su propia capacidad de amar. En contraposición, la claridad fue proyectada en la personificación de Elías, profeta asceta, alineado al reino del espíritu, una representación del Logos. La ceguera atribuida por Jung a Salomé la depriva de su plenitud, haciéndola menos digna que Elías. Esto muestra el pensamiento más desarrollado que el sentimiento, el espíritu de este tiempo desvalorizando el espíritu de la profundidad.

Como ya mencionamos, Jung afirma: “Como soy un intelectual introvertido, mi ánima contiene sentimiento [que es] bastante ciego” (162). Y en *El Libro Rojo* escribe: “El placer es ciego” (163).

Recordemos también un trozo de la carta escrita por Jung a Sabina, en la cual él afirma: “La relación [entre él y Sabina] debía ser ‘sublimada’ porque, de otro modo, lo habría conducido a la ceguera y a la locura (concretización del inconsciente)”. Aquí él establece una conexión entre la relación amorosa (pasión) y el miedo de quedar ciego de amor y loco de pasión. Salomé, apasionada, es ciega, y es placer y amor.

Salomé insiste en el amor, diciendo que Jung va a amarla y que ella lo ama. Él, sin embargo, rechaza esta posibilidad, declarando que siente horror de ella y considera que su tentación es demoníaca. El diálogo que se establece entre Jung y Salomé es interferido por Elías, que le pregunta a Jung si él es miedoso y le anuncia que por medio del amor de Salomé él la conocerá. Agrega además ser uno con su hija desde la eternidad. Aunque Jung ve, no comprende la extrema contradicción existente en la unión de un profeta con una asesina.

> Lo que mis ojos ven es exactamente lo que no puedo comprender. Tú, Elías, eres un profeta, la boca de Dios, y ella, un horror sediento de sangre. Ustedes son el símbolo de la contradicción más extrema (164).

Aunque “por naturaleza, íntimamente uno” (165), Elías y Salomé son muy contrastantes, como “el pensamiento preestablecido” (Elías) y el “placer” (Salomé). Sabemos que cuanto más se reprime un elemento de la psique, más aparece con características sombrías. La imagen del ánima de Jung contiene la dimensión negativa de Salomé, capaz de atraerlo, horrorizarlo y atemorizarlo, un reflejo de la represión a la cual su significado estaba sometido, no solo en su personalidad, sino también en la época en que él vivió. De acuerdo con Jung, el ánima abre espacio para la sensibilidad del hombre, para su encanto y delicadeza, lo que incluye su capacidad de amar. Sabemos que el problema de la

elaboración del ánima (y del ánimus) marca tremendamente la cultura e interfiere mucho en las relaciones entre los géneros.

Sin embargo, Jung tuvo un gran coraje para enfrentar su miedo y continuar en su búsqueda de integración del ánima a lo largo de todo el proceso descrito en *El Libro Rojo.* Esta elaboración ya se percibe cuando, en la secuencia del diálogo resumido más arriba, él escribe que está desgarrado por la duda y se pregunta acerca de su identidad con Salomé, acerca de su amor por ella –después de todo, ¿él le teme?, ¿la ama?, ¿no la ama?, ¿debe amarla?, ¿por el amor a ella mató al héroe?–.

> La duda me desgarraba. […] Salomé me ama, ¿y yo la amo? Escucho una música salvaje, un tambor, una noche de luna sensual, la cabeza sangrando del santo –el miedo se apodera de mí–. […] ¿Quién mató al héroe? ¿Es por eso que me ama? Yo la amo, ¿es por eso que maté al héroe? Ella es una con el profeta, una con Juan, ¿también una conmigo? Ay, ¿era ella la mano de Dios? Yo no la amo, le temo. El espíritu de la profundidad me habló y dijo: “En eso reconoces el poder divino de ella”. ¿Tengo que amar a Salomé? (166)

Al pedir la cabeza de Juan Bautista, quien había estado en contra de la unión de su madre con su tío, Salomé propone, simbólicamente, que la cabeza, metáfora de la racionalidad, del pensamiento, de los valores morales y religiosos tradicionales, fuese separada del cuerpo como si así este pudiese ser liberado del yugo de la represión y expresarse libremente. Ella era una bailarina: por medio de su baile consiguió seducir y encantar a Herodes hasta el punto de adquirir el poder de poder matar a Juan Bautista. Este gesto defensivo puede ser visto como el reflejo de la tensión entre la tradición patriarcal moralista, representada por Juan Bautista, y el Eros, la sensualidad matriarcal, el placer y la flexibilización de las costumbres, representadas por Salomé y su madre, Herodías.

La muerte de Sigfrido fue necesaria para que Jung percibiese la importancia del amor; en ese sentido, al transformarse en asesino, él puede ser comparado con Salomé. La analogía entre Salomé y Jung prosigue cuando observamos las imágenes de Jung del 12 de diciembre de 1913, la cabeza sangrando de un hombre –después de todo, ¡su lucha interior es para que la cabeza abra espacio al corazón!–.

Cuando Jung se pregunta: “¿Yo la amo, y por eso maté al héroe?”, podemos responder que sí. Mató al héroe en un intento por reprimir su amor, precisamente porque lo sentía.

Para Jung, la experiencia con Elías y Salomé fue una vivencia de aproximación al caos, y la serpiente, según él mismo, muestra “que mi próximo paso conduce al placer y de ahí de nuevo a los largos vagabundeos, como Odiseo” (167). Como sabemos, Odiseo tuvo que sobrepasar el canto de las sirenas –la seducción del ánima defensiva– para poder regresar de Troya.

En sus elaboraciones sobre esta visión, Jung escribe que “el jardín luminoso es el espacio del placer. Aquel que vive ahí no necesita visión, él siente lo infinito” (168). La visión de Salomé se revela, en este momento, innecesaria, porque ella siente. ¡A través del placer, ella siente lo infinito! Es la percepción que el sentimiento y el placer pueden conducir a la vivencia de la plenitud.

Si, por un lado, Jung considera el pensamiento como una protección contra el error, por otro percibe que conduce a la petrificación. Por lo tanto, un pensador debe temer a Salomé, una vez que ella activa su ánima, moviliza sus sentimientos, y él, inmaduro emocionalmente, sin saber cómo reaccionar delante de eso, “pierde la cabeza”.

> El pensar protege contra el error, pero conduce a la petrificación [...].
> Un pensador debe temer a Salomé, ya que ella quiere su cabeza, especialmente si él es un hombre santo. Un pensador no puede ser un hombre santo, de lo contrario él pierde su cabeza.
> […] Aquel que prefiere pensar antes que sentir deja podrirse su sentimiento en la oscuridad. No madura… (169)

Y entonces él afirma: “En el jardín se hizo evidente para mí que yo amaba a Salomé. Este reconocimiento me impresionó porque yo no lo había pensado” (170). Jung reconoce su amor por medio de un camino inesperado, pues no fue por la vía del pensamiento. ¡Reconoce el amor al sentirlo! En la noche siguiente, 22 de diciembre de 1913, realiza otra vez una imaginación activa con Elías y Salomé. Después de elaborarla, Jung escribe: “No es poca cosa reconocer el propio deseo” (171).

Jung expone la dificultad de ser fiel a su propio deseo, la honestidad requerida por este proceso y la necesidad de enfrentar el miedo delante de la imposibilidad y/o el sufrimiento que este puede traer. Es más fácil vivir la vida de la colectividad, repitiendo enseñanzas y cumpliendo preceptos y expectativas de la sociedad, dejando de lado el miedo de la soledad y de la derrota.

La capacidad de involucrarse amorosamente y de abrirse para el mundo de los sentimientos y de las relaciones estaba, culturalmente, asociada y atribuida a las mujeres. A los hombres les pertenecía el desarrollo del Logos, de la lógica, del pensamiento, de la objetividad y de la razón. Esta compartimentación continúa hasta la actualidad, aunque ya estamos asistiendo a un mayor intercambio entre los atributos considerados como pertenecientes al hombre o a la mujer.

Viviendo su metanoia a comienzos del siglo XX, Jung estuvo culturalmente inserto en esos estereotipos. Como intelectual, valorizó el pensamiento, la razón y el Logos en detrimento del sentimiento, de las emociones y del Eros. En sintonía con el espíritu de su tiempo, la búsqueda de su alma y de la integración de su sensibilidad, de su Eros y de su capacidad de amar, elementos existentes en el espíritu de la profundidad, exigió de él un esfuerzo hercúleo, como hemos podido testimoniar en los registros en *El Libro Rojo.*

He aquí un esbozo de la idea que subyace a su concepción del proceso de individuación:

> Si usted renuncia a sí mismo, usted vive en los otros; de esa manera, usted se vuelve egoísta con ellos y los engaña. […] Vivirse a sí mismo significa ser su propia tarea. Nunca diga que es un placer vivirse a sí mismo. Esto no será alegría, sino un largo sufrimiento, ya que usted se tiene que convertir en su propio creador (172).

La transformación que él siente que se está dando no ocurre por medio de la voluntad, sino como un “efecto inevitable”. “Cierro el pasado con una llave, y con otra abro el futuro” (173). El futuro que se asoma es aquel que permitirá la unión de los opuestos, la no-exclusión de la verdad interior en pro de una adaptación al mundo

externo. “El camino de la vida es transformación, no exclusión. El bienestar es un mejor juez que la ley” (174).

El futuro permitirá integrar las polaridades que estaban siendo vividas unilateralmente. En lugar de esto o de aquello, el futuro apunta para esto y para aquello. La capacidad de conjugar las polaridades y de establecer entre ellas un funcionamiento dialéctico, no jerárquico, es la expresión del Arquetipo de la Alteridad, descrito por Byington en su libro *Psicología simbólica junguiana*. La alteridad buscada por Jung encuentra su plena expresión en la paradoja, como ilustra tan bien este pasaje escrito por él:

> Aquel que quiere aceptarse a sí mismo debe realmente aceptar al otro. Sin embargo, en el sí, no todo no es verdadero, y en el no, no todo sí es una mentira. Pero una vez que yo puedo estar en el sí hoy y en el no mañana, sí y no son ambos verdaderos y no verdaderos (175).

Una de las grandes polaridades a ser integradas por Jung es aquella representada por el espíritu de este tiempo y por el espíritu de la profundidad, vinculadas respectivamente, entre otros aspectos, al Logos y al Eros, al pensamiento y al sentimiento, a los valores de la colectividad y a los de la individuación. Por eso, cuando Jung (176) percibe la libertad que hay más allá del mundo del pensamiento, Salomé lo abraza, y él se vuelve un profeta al sentir placer y reconocer que su placer es “hijo del amor”.

25 DE DICIEMBRE DE 1913

En este día, Jung añora nuevamente el misterio que viviera en el encuentro con Elías y Salomé. Se encuentra con Elías. Ve a Cristo en su tormento, en lo alto de un monte, y se ve a sí mismo enrollado por una serpiente. Salomé se le aproxima y le dice que él es Cristo. Jung queda entonces con los brazos abiertos, con la sangre chorreando por su cuerpo. Salomé se inclina sobre sus pies y los envuelve con su cabello negro, permaneciendo así durante mucho rato. De pronto grita que ve luz. ¡Sus ojos volvieron a ver! Elaborando el pasaje resumido aquí, Jung escribe:

> Mi placer estaba en el pensamiento preestablecido y tenía su jardín de las delicias ahí, cercado por la oscuridad y por la noche. Yo descendí para mi placer, pero ascendí para mi amor. Veo a Elías en lo alto, mucho más arriba que yo: esto indica que mi pensamiento preestablecido está más cerca del amor de lo que yo, un hombre, estoy. Antes de que ascendiera para el amor, hubo de satisfacerse una condición, la cual es representada como la lucha entre dos serpientes. A la izquierda es día, a la derecha es noche. El reino del amor es claro, el reino del pensamiento preestablecido, oscuro. […]
> El pensamiento preestablecido es estar solo, el amor es estar juntos. Uno necesita al otro, y de todos modos se matan el uno al otro (177).

Con honestidad, fidelidad y capacidad para entrar en la verdad íntima de su ser, Jung sigue en busca de su alma, de su placer, de su amor, del espíritu de la profundidad. Como una sincronicidad, la vivencia relatada más arriba, en la cual Cristo desempeña un papel fundamental, ocurre en el día de Navidad. La escena en la cual Jung vivencia el autosacrificio, permaneciendo con los brazos abiertos en lo alto de un monte, teniendo una serpiente enrollada en su cuerpo, del cual chorreaba sangre, y Salomé arrodillada a sus pies, envolviéndolos con sus cabellos, evoca inmediatamente la imagen de María Magdalena, enjugando con sus cabellos los pies del Señor. Y Jesús le perdona los pecados, porque "ella amó mucho" (Lc 7:47). El amor es redentor, y por eso Salomé recupera la visión.

Al sacrificarse por amor, como Cristo en la cruz, Jung nos da una dimensión del sufrimiento por el que estaba pasando. Asoció la lucha de las serpientes a la tensión que tuvo que soportar –por un lado, el pensamiento, la razón, el matrimonio, la sintonía con la sociedad y con los valores tradicionales; por otro, el amor adúltero, las emociones, la transgresión, la individuación–. Su disposición para enfrentar el sufrimiento en pro del desarrollo de su Eros, de su capacidad de amar, hizo que Salomé recuperara la vista, el amor y el pensamiento pasaron a ser considerados igualmente importantes y, por lo tanto, capaces de provocar una guerra interior, en caso de que uno de ellos quisiese imponerse al otro. "Si usted va a pensar, lleve su corazón con usted. Si va hacia el amor, lleve su cabeza con usted. El amor es vacío sin el pensamiento, el pensamiento es un eco sin el amor. […] Grande es aquel que está enamorado" (178).

Jung reafirma su inserción en el espíritu de este tiempo, pensando y deseando como alguien sintonizado con él. Sin embargo, gracias a su iniciación en los misterios del espíritu de la profundidad, se dispone a readoptar aquello que fue descartado en la actualidad y a reintegrar en su vida aquello que perteneció a la Antigüedad, al mundo antes de que fuera dominado por la razón, porque sabe que sin los sentimientos no tendrá una vida plena. Reconoce que el espíritu de este tiempo no tiene más que ofrecerle y ha apartado de él la realidad de su alma (179).

Explicitó, una vez más, la necesidad que sentía de reconciliar los opuestos en sí mismo, conjugando aquello que parece excluyente, como lo divino y lo mundano.

> […] el amor, que es más elevado que el placer y que, sin embargo, está aún escondido en mí en el placer. […] El placer quiere siempre aquello que está más próximo, y siente a través de la multiplicidad, yendo de una cosa a otra, sin una meta, solo buscando y nunca satisfecho. El amor quiere lo que está más lejos, lo mejor y lo que satisface (180).

Al declarar que el amor, aunque más elevado, está aún escondido en el placer, Jung revela, en su proceso de individuación, la sintonía con su época, y deja translucir que su problema es el de su cultura: el hombre que se vincula con la mujer en función del placer sexual y no por amor.

Jung dio un paso adelante para elaborar este asunto cuando afirmó que el placer es transformado por el autosacrificio, por medio del cual el placer se eleva en dirección al amor. “El amor ve, el placer es ciego. Ambos principios son uno, en el símbolo de la llama” (181), llama que puede ser aquí comprendida como símbolo de pasión.

Es significativo que Elías le haya dicho a Jung: “Su obra aquí está terminada. Otras cosas vendrán. Busque incansablemente y, sobre todo, escriba exactamente lo que ve” (182), pues las imágenes de Elías y Salomé solo retornaron al final de *EL Libro Rojo.* A semejanza de un sueño inicial en análisis, la primera parte de *El Libro Rojo*, el *Liber Primus,* que ahora se cierra, contiene el pronóstico del proceso de desarrollo de Jung. Con franqueza, él afirmó que todavía no poseía lo que el misterio le mostraba, por lo

que necesitaba avanzar más en el proceso de concientización para que aquello que fue vislumbrado pasase a ser parte de su personalidad (183).

54- Jung, El Libro Rojo, p. 238.

55- Ibíd., p. 229.

56- Ibíd.

57- Ibíd.

58- Ibíd., p. 230.

59- Ibíd.

60- Jung, Recuerdos, p. 150.

61- Ibíd., p. 148.

62- Ibíd.

63- Bair, Jung.

64- Ibíd., vol. 1, p. 547, nota 10.

65- Jung, Analytical Psychology, p. 43.

66- Bair, Jung, vol. 1, p. 322.

67- Jones, en Bair, Jung, vol. 1, p. 270.

68- Ibíd., p. 314

69- Ibíd., vol. 1, p. 323.

70- Ibíd., vol. 1, p. 551, nota 39.

71- Jung, El Libro Rojo, p. 231.

72- Jung, Aion - Researches into the Phenomenology of the Self.

73- Jung, El Libro Rojo, p. 231-232.

74- Ibíd., p. 232.

75- Ibíd.

76- Ibíd.

77- Ibíd.

78- Jung, Los seminarios de las visiones, vol. 1, p. 5.

79- Jung, Comentarios psicológicos sobre Kundalini Yoga, p. 45.

80- Guerra, Encuentro: El Relacionamento Interpessoal Dialético enquanto Símbolo de Totalidade, p. 15.

81- Jung, El Libro Rojo, p. 233.
82- Ibíd., nota 40.
83- Ibíd., p. 233.
84- Monólogo inicial de Fausto, de J. W. Goethe.
85- Jung, El Libro Rojo, p. 234.
86- Ibíd.
87- Ibíd., p. 235
88- Jung, Recuerdos, p. 161.
89- Jung, El Libro Rojo, pp. 235-236.
90- Ibíd., p. 236.
91- Ibíd.
92- Ibíd.
93- De, Early History of the Vaisnava Faith and Movement in Bengal.
94- Guggenbühl-Craig, O Casamento está Morto. Viva o Casamento, p. 103.
95- Guerra, Encuentro, p. 19.
96- Jung, El Libro Rojo, p. 236.
97- Ibíd.
98- Ibíd.
99- Ibíd.
100- Ibíd., p. 237.
101- Ibíd.
102- Jung, Analytical Psychology, p. 48.
103- Jung, El Libro Rojo, p. 239.
104- Jung, Analytical Psychology, p. 50.
105- Ibíd.
106- Kerényi, Dionysos - Archetypal Image of Indestructible Life, p. 61.
107- Ibíd., p. 279.
108- Ibíd.
109- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 237, nota 83.
110- Brandão, Mitologia Grega, vol. 1.
111- Ibíd., vol. 2, p. 132.
112- Ibíd., p. 84.
113- Jung, El Libro Rojo, p. 238.

114- Ibíd.

115- Jung, Analytical Psychology, p. 92.

116- Ibíd., p. 94.

117- Jung, El Libro Rojo, p. 238.

118- Guerra, Encuentro.

119- Jung, El Libro Rojo, p. 239, nota 92.

120- Ibíd., p. 239.

121- Jung se refiere a este material como sueño en Recuerdos, sueños y pensamientos, y como visión en El Libro Rojo.

122- Ibíd., pp. 241-242.

123- Jung, Recuerdos, p. 151.

124- Jung, Analytical Psychology, p. 57.

125- Jung, El Libro Rojo, p. 242, nota 115.

126- Ibíd., p. 242.

127- Jung, Analytical Psychology, p. 56.

128- Ibíd., p. 57.

129- Jung, Recuerdos, p. 152.

130- Jung, El Libro Rojo, p. 245.

131- Bair, Jung, vol. 1, p. 83.

132- Byington, Psicología simbólica junguiana.

133- Carotenuto, Diario de una secreta simetría.

134- Ibíd., p. 115.

135- Ibíd., p. 148.

136- Ibíd., p. 82.

137- Ramos, A Psique do Coração.

138- Carotenuto, Diario de una secreta simetría, p. 220.

139- Eugene Bleuler era el director del Hospital Psiquiátrico Burghölzli cuando Jung comenzó a trabajar allá.

140- Bair, Jung, vol. 1.

141- Ibíd., p. 203.

142- Carotenuto, Diario de una secreta simetría, p. 201.

143- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 242, nota 115.

144- Jung, Recuerdos, p. 151.

145- Bair, Jung, vol. 2, p. 46.
146- Jung, El Libro Rojo, p. 42.
147- Ibíd., p. 42, nota 118.
148- Ibíd., pp. 243-244.
149- Ibíd., p. 243.
150- Ibíd., p. 244.
151- Ibíd., p. 243.
152- Ibíd., p. 244.
153- Ibíd.
154- Ibíd.
155- Carotenuto, Diario de una secreta simetría, p. 169.
156- Hannah, Jung, p. 126.
157- Bair, Jung, vol. 2, p. 46.
158- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 202.
159- Jung, Analytical Psychology, p. 46.
160- Jung, Recuerdos, p. 153.
161- Jung, El Libro Rojo, p. 246.
162- Jung, Analytical Psychology, p. 92.
163- Jung, El Libro Rojo, p. 247.
164- Ibíd., p. 246.
165- Ibíd., p. 247.
166- Ibíd., p. 246.
167- Ibíd., p. 247.
168- Ibíd., p. 248.
169- Ibíd.
170- Ibíd.
171- Ibíd., p. 249.
172- Ibíd.
173- Ibíd., p. 250.
174- Ibíd., p. 251.
175- Ibíd., p. 303.
176- Ibíd., p. 251.
177- Ibíd., p. 253.

178- Ibíd.

179- Ibíd., p. 253, nota 227.

180- Ibíd., p. 255, nota 240.

181- Ibíd., p. 254.

182- Ibíd., p. 252.

183- Ibíd., p. 254.

• Liber Secundus •

Detrás de lo ordinario, el abismo eterno bosteza (184).

RAZÓN Y EMOCIÓN

El *Liber Secundus* se inicia con una visión en la cual Jung se encuentra en la torre más alta de un castillo, lo que indica una posición de distanciamiento en relación con lo que ocurre abajo, en la vida cotidiana. La torre representa la razón, la cual conduce a un alejamiento de las emociones. No obstante, él usaba una capa verde y de su hombro colgaba una trompeta, el instrumento tocado por Sigfrido en su sueño. Vio entonces un punto rojo que se aproximaba, un caballero, El Rojo.

La figura del Caballero Rojo forma parte de las primeras aventuras de Parsifal, el héroe del Grial, lo que es bastante significativo, teniendo en cuenta que Jung llegó a considerar el mito del Grial como el mito del hombre occidental y, en ese sentido, su mito (185).

De acuerdo con el libro *La leyenda del Grial,* escrito por Emma Jung y Marie-Louise von Franz (186), el Caballero Rojo "casi siempre proviene de rasgos de naturaleza emocional con alguna autonomía". Después del inicio, El Rojo dice que Jung piensa que él es el demonio, posiblemente debido a su color. Jung (187) lo considera "mundano, impúdico, exuberante, pagano", o sea, ve en él características opuestas a su racionalidad y a su erudición. El Rojo termina por mostrarse como la alegría de lo inesperado, la luminosidad de la vida, la alegría de los poetas antes de entrar en las profundidades, la alegría de quien se olvida de sí mismo (188).

> No la alegría secreta de sus pensamientos y de su mirar, sino aquella extraña alegría del mundo que llega inesperadamente, como un cálido viento del sur

> con henchidos aromas de flores y con la liviandad de la vida. Sabéis por vuestros poetas que los serios, cuando miran expectantes hacia las cosas de la profundidad, son visitados primero por el diablo, dada su alegría primaveral […]. Quien prueba esta alegría se olvida de sí mismo (189).

Esta descripción se puede asociar a fuertes reacciones emocionales, incluso al enamoramiento. Fue Jung quien afirmó, en relación con la transformación de la figura del diablo: “Cuando aparece rojo, tiene fuego, es decir, naturaleza apasionada, causa impudicia, odio o amor indómito” (190). La alegría a la cual tuvo acceso le da a Jung el coraje para seguir su camino. En el borrador corregido, él escribió:

> Con la alegría nuevamente adquirida fui en busca de aventuras, sin saber adónde me conducía el camino. De todas maneras podría haber sabido que el diablo siempre nos tienta primero con las mujeres. Sin embargo, en tanto pensante era ciertamente inteligente en los pensamientos, mas no en la vida. Ahí era incluso tonto y tímido (191).

Este es un indicio más de que el proceso develado en *EL Libro Rojo* estuvo marcado por la experiencia de Jung en su lucha con el pensamiento y en su poca habilidad en relación con las emociones. En la vida, delante de las mujeres y de las tentaciones que ellas podían representar, desaparecían los pensamientos inteligentes y él se sentía como un tonto. Este es el funcionamiento general del hombre cuya tipología es predominantemente pensamiento. Puede ser muy brillante intelectual, cultural y racionalmente, pero afectivamente se compara con un tonto, con alguien prejuiciado, con una gran rigidez y limitación en la expresión de sus reacciones emocionales.

En su próxima visión, el día 28 de diciembre de 1913, Jung se encuentra en un viejo castillo, cuyo propietario es un estudioso. Jung pasará la noche ahí. Al acostarse se imagina que el propietario tiene una hermosa hija que permanece escondida en el castillo. Piensa: “Una insulsa idea de novela […], pero lo romántico está, por cierto, metido en todos los miembros de uno […] ¿tengo un alma tan novelesca?” (192).

La joven surge en su imaginación y entonces se inicia un diálogo entre Jung y ella. Al contrario de lo que él cree, ella afirma que las verdades últimas solo pueden ser encontradas en lo humano, en la banalidad, en lo que él considera vulgar (193).

> Jung: […] ¿qué piensas de las verdades divinas, de las así llamadas verdades últimas? Me resultaría muy extraño buscarlas en la banalidad. Según su naturaleza deben, pues, ser muy poco comunes.
> Ella: Cuanto menos comunes son estas verdades últimas, tanto menos humanas tienen que ser también, y tanto menos te dirán algo valioso o rico en sentido acerca de la esencia y el ser del hombre. Solo lo que es humano y que tú injurias de banal y trillado contiene la sabiduría que buscas. (194)

Una vez más subyace la idea de que la sabiduría no proviene de la erudición o del pensamiento; las cosas verdaderamente importantes vienen de lo humano, de lo cotidiano, de la vida encarnada. Es la percepción de que Eros, el amor, la emoción, todo aquello que fue considerado femenino, podría conducir a la verdad última, a pesar de que al principio estos elementos fuesen tenidos como banales y menos importantes. Más adelante ella pregunta si él la ama, a lo que él responde que sí, pero que desgraciadamente ya está casado (195). Ella dice que ha traído un saludo de Salomé y desaparece, dejando rosas rojas en su lugar.

Las rosas rojas, asociadas a la pasión, traen el perfume de flores, a las cuales Jung asoció “la alegría del mundo que llega inesperadamente”: el mundo de Eros y del amor.

Jung continúa: “Si no te sucede ninguna aventura externa, tampoco te sucede una interna” (196), mostrando que el camino del desarrollo no puede prescindir de la vida concreta, existencial. Dado que él vivía con intensidad las cosas externas que lo movilizaban mucho, su vida interior era igualmente intensa. Cualquier persona que se ha enamorado sabe cómo esta emoción activa contenidos profundos y trae, muchas veces, elementos nuevos y creativos para ser integrados a la personalidad. Para Jung, la aventura fue favorecida por la alegría que trajo el diablo (El Rojo).

“Lo romántico me invadió. Lo romántico es un paso hacia atrás. Para llegar al camino, también hay que retroceder algunos pasos” (197). La reticencia de Jung para aceptar este sentimiento está

expresada “como un paso para atrás”, aunque admite la posibilidad de que ese paso sea necesario. De hecho, Jung usó, a lo largo de su obra, la expresión *reculer pour mieux sauter* (‘recular para avanzar mejor’).

El romanticismo está asociado también a la Edad Media: “Retrocedí en mi Medioevo, donde todavía era romántico, y allí experimenté la aventura” (198). “Tengo que alcanzar un pedazo de la Edad Media, dentro de mí” (199). Pero es también el símbolo de lo no “civilizado”: “ascetismo, inquisición, tortura están a mano y se imponen” (200).

La Edad Media ejerció tal fascinación en Jung que sintió la necesidad de levantar una construcción, una torre, en la cual podría vivir como si estuviese en esa época. Escribe:

> En mi torreón de Bollingen es como si se viviese en muchos siglos. Me sobrevivirá y apunta por su emplazamiento y estilo al más remoto pasado. Solo en muy pocas cosas recuerda el presente.
> Si un hombre del siglo XVI se instalase en esta casa, solo serían nuevas para él la lámpara de petróleo y las cerillas, con el resto se sentiría totalmente a gusto. Nada molesta a los muertos, ni la luz eléctrica ni el teléfono (201).

Recordemos aquí también la presencia del caballero del siglo XII del sueño de Jung, transcrito en la página … este número de página lo pondré cuando ya esté todo corregido y las páginas numerada Además de este, Jung describe otro sueño en *Recuerdos, sueños y pensamientos* en el cual también aparece la figura del cruzado:

> Estaba en un lugar que me recordaba los Alyscamps junto a Arles. Allí se encuentra una avenida de sarcófagos que se remontan hasta la época de los merovingios. En el sueño salía yo de la ciudad y veía ante mí una avenida parecida, con una larga hilera de tumbas. Se trataba de pedestales cubiertos de losas, sobre los cuales estaban los muertos de cuerpo presente. Yacían vistiendo antiguos sepulcrales los caballeros en sus armaduras, pero con la diferencia de que los muertos de mi sueño no estaban esculpidos en piedra, sino momificados de un modo extraño.
> Me detuve ante la primera tumba y observé al muerto. Era un hombre de los años treinta del siglo XIX. Con interés contemplé sus vestiduras. De repente se movió y volvió a la vida. Separó sus manos y supe que ello sucedía solo

> porque yo lo estaba mirando. Con una sensación desagradable proseguí mi camino y llegué ante otro muerto que pertenecía al siglo XVIII. Sucedió lo mismo: cuando lo miré volvió a la vida y movió las manos. Así fui recorriendo toda la hilera hasta que llegué por así decirlo, al siglo XII, a un cruzado de cota de mallas, que también yacía con las manos juntas. Su semblante parecía tallado en madera. Lo contemplé largamente, convencido de que estaba realmente muerto. Pero de pronto vi que un dedo de la mano izquierda comenzaba lentamente a moverse (202).

Como ya fue mencionado antes, el siglo XII estuvo marcado, entre otras cosas, por el amor cortesano, por medio del cual el hombre buscaba desarrollar con la poesía, el canto y la prosa, su sensibilidad, su romanticismo y su capacidad de amar, y así, sobrepasar la relación con la mujer marcada solo, o principalmente, por el sexo y el poder. Este movimiento, que puede ser comprendido como la búsqueda de la integración del ánima, y forma parte del proceso de individuación descrito por Jung en su obra, es aquí vivenciado y relatado por Jung en el descubrimiento, en la dificultad y en la necesidad de aceptar su romanticismo, o mejor dicho, su lado femenino. Escribe:

> […] pero si permaneces contigo mismo, como un hombre que se pertenece a sí mismo y no al diablo, entonces recordarás tu humanidad. Por lo tanto no te comportarás con la mujer como un varón por antonomasia, sino como un ser humano, es decir, como si fueras del mismo género que ella (203).

Para el hombre, comportarse como ser humano, como persona, en la relación con las mujeres, implica relacionarse con ellas de igual a igual, sin enfatizar la relación jerárquica que la somete por la fuerza, por el sexo o por el poder, y que predominó o aún predomina en nuestra tradición cultural. Esta tradición forjó a las dueñas de casa, a las madres de familia sumisas y también a la mujer objeto, cada una a su modo, desprovista de su identidad profunda.

SOLEDAD, MUERTE Y RENACIMIENTO

Los próximos pasos de Jung lo conducen a la experiencia de la soledad, del aislamiento y de la muerte, y él es golpeado por un frío terrible. Ve hordas de muertos –hombres, mujeres, niños, animales, insectos, vegetales–, un verdadero mar de sangre.

> Así, salí aquella noche (era la segunda noche de 1914), y me colmó una inquietante expectativa. Salí a abrazar lo venidero. El camino era largo, y lo venidero espantoso. Lo que vi fue el tremendo morir, un mar de sangre. De ahí deviene el sol nuevo, espantoso, y como una inversión de lo que nosotros llamábamos día. Hemos asido la oscuridad y su sol iluminará sobre nosotros, sangrienta y ardientemente como una gran caída (204).

Este pasaje de *El Libro Rojo* trae la imagen de una enorme destrucción. Habiendo ocurrido al inicio de 1914, fue interpretada posteriormente como una premonición de lo que estaba por venir: la Primera Guerra. De hecho, sabemos que los sueños y visiones pueden ser premonitorios, y la fuerza con la cual Jung se enfrentó en esa destrucción avasalladora –sumada a sus visiones de Europa ensangrentada– es una confirmación de esa posibilidad. Esta experiencia fue tan intensa para Jung que llegó a atribuir las vivencias descritas en *El Libro Rojo* como una consecuencia de esta intuición.

Después de la imagen de esta destrucción Jung comprendió su propia oscuridad, y de ella surgió su fénix.

> Cuando comprendí mi oscuridad, me sobrevino la noche magnífica y mi sueño me sumergió en las profundidades de los milenios, y de ahí ascendió mi Fénix (205).

La muerte que conduce al renacimiento es tema de varios mitos, inclusive del mito cristiano. No fue diferente en el proceso de Jung. Este Fénix renacido que lo conduce a “una noche verdaderamente magnífica” cuando él comprende su oscuridad, puede ser considerado como la superación de la vivencia de la soledad, de la angustia y de la muerte cuando él se abre nuevamente al amor.

La dinámica de acercamiento y retirada, de encuentro y de búsqueda de soledad, contenida en el *Liber Secundus*, parece reflejar el conflicto entre entregarse al amor o retroceder delante de

él, y reproduce, cual una espiral, la experiencia descrita en el *Liber Primus*, que pasa secuencialmente por los capítulos “Reencuentro con el Alma”, “El desierto”, “Experiencias en el desierto” y “Descenso al infierno en el futuro”, los cuales terminan por conducir al “*Mysterium*. Encuentro”.

> Sin embargo, lo inaceptable, lo espantosamente repulsivo, que siempre he repudiado es aquello que se eleva en mí. Pues cuando la miseria y la pobreza de esta vida se acaban, entonces comienza otra vida en mis antípodas. Esto es tan contrapuesto que no me lo puedo imaginar. Pues no es contrapuesto según las leyes de la razón, sino que lo es completamente y según toda su esencia. En efecto, no es meramente contrapuesto, sino repulsivo, invisible y cruelmente repulsivo, algo que me quita el aliento, que me quita la fuerza de los músculos, que confunde mi sentido, que se me clava venenosa y traidoramente en el talón y siempre acierta justamente ahí donde no sospechaba tener un lugar vulnerable (206).

Una nueva vida surge para Jung. Su cuerpo está cubierto de hojas verdes y dos personajes reaparecen: El Rojo, que personificaba la alegría (207), y Amonio, el eremita que había encontrado en el desierto, en su experiencia de soledad (208). Lo interesante es que estas figuras vienen juntas y toman a Jung por Satanás, pues ambos se habían dejado influenciar por él y, por esta razón, experimentado lo que hasta entonces habían reprimido. El eremita se entregó a la compañía humana, a la bebida y a las mujeres, y se fue para Italia. En Nápoles se encontró con El Rojo, que había fantaseado reformar la Iglesia e introducir el baile en la liturgia. Inicialmente él danza solo delante del altar, pero después no consigue parar de bailar. Y danza en las montañas, en el desierto, todo el tiempo. Solamente en Nápoles encontrará de nuevo su camino y también a Amonio, que le dio fuerzas y le devolvió la cordura.

El encuentro con estas imágenes transforma a Jung, poniéndolo al frente de aquello que él mismo había reprimido. Escribe:

> Cuando había visto la muerte y todo lo espantosamente sublime que reposa alrededor de ella, y yo mismo me había convertido en la noche y en hielo, se alzaron en mí una vida y una actividad fastidiosas. Mi sed por las bramantes aguas del saber más profundo comenzó a tintinear con copas de vino; escuché

> de lejos el griterío ebrio; las risotadas de mujeres, el ruido de la calle, música de baile, los pisotones y los alborotos emanaron por todas las rendijas, y en vez del viento del sur con aroma a rosas, me invadió el vaho del animal humano. Un parloteo lascivamente grosero de las prostitutas que reían y se arrastraban a lo largo de las paredes, vahos de vino, vapor de cocina y el imbécil graznido de las multitudes se me acercaron como una nube. Cálidas manos pegajosamente suaves buscaron asirme, me envolvieron plumones de camas de enfermos. Había nacido desde abajo a la vida y crecí como crecen los héroes, en horas tanto como en años. Y cuando había crecido, ahí me encontré en la tierra media y vi que era primavera (209).

Es interesante notar que el encuentro entre El Rojo y Amonio ocurre en Nápoles. En 1912, Jung había estado en Nápoles, y en el sueño que tuvo ese año, en vísperas de Navidad, aparecía una logia italiana –como ya se mencionó anteriormente, a este sueño él le atribuyó su decisión de relacionarse amorosamente con Toni Wolff–. La cultura latina, más expansiva, exuberante y abierta a las demostraciones de afecto, y en ese sentido bastante diferente de la tradición suizo-alemana, en la cual las emociones permanecen más cerradas y las personas, más serias, debe haber llamado la atención de Jung y, por eso, sirvió de escenario para el encuentro entre las figuras de su imaginación.

Tenemos un ejemplo de la distinción entre lo latino y lo alemán en el diálogo que Jung establece con El Rojo, en la página 257 de *El Libro Rojo*. En él Jung le dice al Rojo que él tiene “un aire extraño, algo mundano, algo descarado o exuberante, o de hecho, algo pagano”, a lo que El Rojo responde que Jung no lo ofende, pero que él no es un “viejo pagano”. Jung entonces le dice: “No quiero insistir en eso, usted no es lo suficientemente pomposo y latino”, asociando, por lo tanto, lo latino a lo exuberante, a lo mundano, a lo pagano. Más adelante, en la continuación de este diálogo, Jung dice que “me gustaría ser tan serio y fiel a mí mismo como intento ser. […] esto se hace difícil en su presencia. […] usted parece ser de la escuela negra de Salerno […]”. El Rojo responde: “Usted es supersticioso y demasiado alemán”.

La exuberancia del mundo latino expresada por su luz y por su sombra –el mundo de la lujuria, las prostitutas, los borrachos, lleno de música y risa– hace de Jung (210) un “ser risueño del bosque”,

“un duende juguetón del bosque, ni bueno ni malo, un mero viviente”, “lleno de inconsistencia y superficial y aun así alcanza lo profundo, hasta el centro del mundo”.

Vemos así la transformación por la cual pasa Jung después de experimentar la mortalidad y abrirse a la vida alegre, simbolizada por la integración de “sus amigos”. “Yo había absorbido la vida de mis dos amigos en mí, en las ruinas de los templos creció un árbol verde” (211). Reconoce en sí mismo la vida de la naturaleza, la vida que simplemente es, sin ningún atributo, sin juicio moral. Es la percepción de la vida fructificando a partir de Eros, representada sombríamente por el libertinaje, las borracheras, y más luminosamente por la alegría y por la liviandad. “Después del maldecir viene la risa para que el alma sea rescatada de los muertos” (212).

Como consecuencia de la elaboración de esta experiencia, Jung se dio cuenta de que sus ideales ya no eran los mismos, que dieron lugar a un nuevo tipo de vida: a su “árbol que reverdece”.

Llama la atención el hecho de que la iluminación que ilustra este capítulo, en la página 32 del volumen caligráfico, es parecida, según Shamdasani (213), a los mosaicos de Ravena. Jung estuvo ahí en 1913 y volvió en 1914 en una circunstancia bastante especial, como veremos más adelante.

EL NUEVO DIOS

El camino que condujo a Jung a su siguiente aventura era caliente y frío: uno de sus pies se quemaba; el otro se congelaba. Se inició, de este modo, la presencia de los opuestos, tema que será elaborado por Jung a lo largo de su obra. Se encuentra con Izdubar, un héroe que esperaba encontrar la inmortalidad en Occidente, pero que es herido por las palabras venidas de las ciencias y dichas por Jung. La percepción de que las polaridades están en su interior y que no es posible deshacerse de la propia naturaleza, ni rechazar ni destruir aquello que le pertenece, penetra cada vez más en su conciencia,

haciéndolo darse cuenta del antagonismo en su alma. “Duele, pero continúas y miras hacia metas lejanas” (214).

Se percibe el énfasis dado al Logos, a la razón, en detrimento de la naturaleza y de la dimensión mítica, y es necesario no dejar que la fuerza de este otro lado, de este “Dios” representado por Izdubar, se desaparezca. El resultado de este proceso es la renovación de su Dios. Acerca de eso, Jung escribió:

> El Dios renovado significa una actitud renovada, esto es, una posibilidad renovada de una vida intensa, una recuperación de la vida, porque psicológicamente Dios siempre denota el valor más alto, así, la mayor cantidad de libido, la mayor intensidad de la vida, el óptimo de la actividad psicológica de la vida (215).

La transformación de su Dios apunta, por lo tanto, en dirección de una recuperación de la intensidad de la vida, posiblemente porque Jung se alejó de la adaptación al “espíritu de este tiempo” y fue hacia la profundidad y significado de su alma y descubrió en ella la presencia de las polaridades. Su nuevo Dios contiene los opuestos, ambos con iguales derechos, ambos legítimos, y por eso, ambos deben ser respetados.

> Él es lo eternamente vacío y lo eternamente lleno.
> Nada lo iguala y él iguala todo.
> Eternamente oscuro y eternamente claro.
> Eternamente abajo y eternamente arriba.
> Doble naturaleza en lo simple.
> Simple en lo múltiple.
> Sentido en el contrasentido.
> Libertad en el estar atado.
> Sometido cuando victorioso.
> Viejo en la juventud.
> Sí en el no (216).

Jung (217) declara su amor a este Dios, destacando que fue su amor el que Lo transformó y posibilitó que Él renaciese. Pero, agrega, así como dio luz al Dios, también alentó el vacío de la materia de donde crece el mal (218).

Podemos hablar del problema del bien y del mal como la expresión del conflicto vivido por Jung en su relación con Toni Wolff y Emma Jung. El proceso imaginativo en el cual Jung encontró a Izdubar y este quedó debilitado y él Lo trajo nuevamente a la vida, ocurrió entre el 8 y el 10 de enero de 1914, su transcripción a la copia caligráfica fue terminada solo en febrero de 1917 (219). Entre la conclusión de esta transcripción y la descripción de la próxima visión (ocurrida el 12 de enero de 1914), se agregaron algunas pinturas. En medio de ellas, está la figura de la página 71, en la cual tres serpientes están entremezcladas. Es probable que esta imagen sea la misma sobre la cual Jung le dice a Tina Keller "Ve usted estas tres serpientes enroscadas entre sí. Así luchamos nosotros tres con este problema", refiriéndose a su relación con Emma y con Toni (220). Independientemente de que esta pintura haya sido realizada en 1914, o posteriormente en 1917 (lo que es más probable ya que el diseño de la página 58 fue realizado en enero de 1917), el hecho es que las vivencias asociadas a Izdubar llevaron a Jung a crear esta pintura, haciendo explícitas las dificultades enfrentadas en este triángulo amoroso.

La percepción de un nuevo sentido para la vida es seguida por la experiencia en el mundo subterráneo. Su incursión en este dominio es sentida por él como fruto de la necesidad de tocar "la base negra de la naturaleza humana", para que así sea posible comulgar con Dios (221).

La vivencia que posteriormente Jung identificará como la experiencia del Self (como centro organizador de la psique, es decir, como el Arquetipo Central) es descrita por él como el esplendor del alma.

> Así reconocerás que tu Dios vive y que tu alma ha comenzado a deambular por senderos inexorables. […] Algunas veces, ya no te conoces más a ti mismo […]. Quieres colocar límites, pero ella te impele a continuar [...]. El fuego arde en ti. Aquel que guía te fuerza al camino (222).

Nuevamente explicita el conflicto que lo golpea:

> Mas yo me avergüenzo de mi Dios. […] Lo divino me parece una locura irracional. Lo odio como perturbación carente de sentido en mi actividad

> humana llena de sentido. Me parece una enfermedad impertinente que se ha inmiscuido en el curso reglado de mi vida. Sí, lo divino me parece completamente superficial (223).

Al mismo tiempo en que Jung percibe el fuego interior, el esplendor de su alma y el camino que ella le muestra sin remordimientos, se avergüenza de lo que vive, sintiéndose mal por tener su vida perturbada, creyendo aun que lo divino es “una locura irracional”, “una enfermedad impertinente”, además de “superfluo”.

LOCURA DIVINA

Son innumerables los pasajes que podemos interpretar como derivados del conflicto de Jung. En las visiones del 17 de enero de 1914, elabora la imitación a Cristo, viendo en Él un modelo de alguien capaz de soportar un enorme sufrimiento, simbolizado por la cruz que cargó, y también de transformación y de nueva vida. Siendo Cristo un símbolo religioso de inmensa magnitud, y siendo Su sufrimiento y Su padecimiento imágenes de un dolor inconmensurable, podemos imaginar lo que Jung sintió como para comparar su sufrimiento con el de Cristo. La búsqueda constante de su verdad esencial, inspirada en el ejemplo del Mesías, lo puso en conflicto con su tiempo:

> Así estoy fuera de mi tiempo, aunque mi vida está en este tiempo, y yo estoy dividido entre la vida de Cristo y mi vida, la cual justamente pertenece a este tiempo presente (224).

La tensión generada por estos opuestos fue también la generada entre pensamiento y sentimiento, deseo y acción. “Lo que el pensamiento no soluciona, lo soluciona la vida, y lo que el hacer nunca decide está reservado al pensar” (225).

“Mientras vivamos en el mundo no podemos estar sin tribulaciones ni tentaciones. […] Este conocimiento me ha puesto evidentemente en conflicto con la sociedad” (226). Jung imagina

entonces que está siendo internado en un hospital mental y considera la "locura divina" "una forma elevada de irracionalidad de la vida que surge en nosotros" (227), pero que, de ninguna manera, podría ser integrada a la sociedad de la época.

La locura divina, mencionada en retrospectiva por Jung al inicio de *El Libro Rojo* (228), es ahora experimentada. En nota a pie de página, Shamdasani amplifica este tema, refiriéndose a *Fedra*, de Platón. "La locura, dado que llega como un don del cielo, es el canal por el cual recibimos las mayores bendiciones" (229). Él nos recuerda que Sócrates distingue cuatro tipos de locura divina: la adivinación inspirada, como las de las profetisas en Delfos; situaciones en las cuales algunos individuos profetizan e incitan a orar y a adorar; posesión por las Musas; el amante (230).

La locura divina es también el éxtasis y el entusiasmo dionisíaco que afectaba a las ménades poseídas por el dios. La intensidad de esta experiencia no permite que ella se someta al dominio del ego, a la fuerza de voluntad, y la persona que la sufre se siente/se sabe poseída por algo que se aleja de su capacidad de control. Lo que hace que esta locura sea divina es el hecho de que la alteración de la conciencia movilizada por emociones profundas, por la sensualidad, por experiencias viscerales –y no solo mentales– estimula la vivencia de la trascendencia y produce la sensación de totalidad y de plenitud. En palabras de Jung, "hay una locura divina que no es otra cosa que el dominio del espíritu de este tiempo por el espíritu de la profundidad" (231).

En los cultos *bhakti,* provenientes del yoga devocional de India, las actividades lúdicas, el frenesí emocional y la locura "significan que la persona trasciende lo ordinario y participa en lo extraordinario" (232). Zimmer (233) considera que la locura sagrada proviene del amor extático.

La locura divina es, en el proceso de Jung, la revelación de sus sentimientos. "Ingreso en la cámara de mi sentir que hasta entonces me era desconocida" (234). La alegría y el miedo se mezclan. Inicialmente, Jung (235) afirma que al cristianismo de esa época le falta la locura, y por eso le falta la vida divina. En este momento, él encuentra la locura divina y con ella a Cristo (236).

Este Cristo que Jung reencuentra es el Cristo gnóstico, el Cristo alegre que danza y ama, el Cristo que sufre y que renace a una vida nueva, el Cristo de la alteridad, y no el Cristo institucionalizado, aprisionado en dogmas patriarcales reductivos (237). Continúa Jung:

> En este reino rigen otras leyes diferentes de las directrices de mi sabiduría. La 'gracia de Dios' de la cual nunca me he fiado en mi reino por buenas razones de la experiencia, es aquí la ley suprema de la acción. La 'gracia de Dios' significa un estado singular del alma en la cual me encomiendo a todo prójimo con temblor y temor, y el más fuerte despliegue de esperanza, para que todo salga bien (238).

Jung destaca que Cristo, la víctima sacrificial que será devorada, reproduce hechos aceptados en la antigüedad, pero que adquieren otra dimensión, un significado distinto, gracias al amor. "En tu acto sagrado será incluido nuevamente lo que la ley anterior maldijo" (239). Dice San Agustín: "Ama y haz lo que quieras".

La ley del amor, que permite atribuir un significado trascendente aun a lo condenable, a la transgresión, admite aceptar lo que no era aceptado, y así Jung propone que los muertos –que aparecen en sus visiones y que él los interpreta como tentaciones o deseos no realizados– son dignos de amor. Considera que la tentación es la demanda de aquel que dejó de vivir para cumplir los dictámenes de la ley y del bien.

> Lo que llamamos 'tentación' es la exigencia de los muertos que partieron antes de tiempo de modo imperfecto, mediante la culpa de lo bueno y de la ley, puesto que ningún bien es tan perfecto que no haga injusticia y no quiebre lo que debiera ser quebrado (240).

Jung reconoce que la represión genera la muerte prematura de aquello que no puede existir sin provocar culpa. Por otro lado, transgredir la ley y lo que es considerado bueno puede ser injusto con aquello que es esencial, el amor, por ejemplo.

El sentimiento que emerge en Jung con toda su intensidad, en oposición a su pensamiento más desarrollado, exige ser respetado y reverenciado. El amor le permite, así, salir de una posición en la

cual él creía estar al mando de su vida, para otra en que se ve capaz de entregarse tanto a lo desconocido como a la irracionalidad de la vida. Es este sentimiento el que, por un lado, puede conducirlo al caos, pero por otro, le permite reír y le abre la puerta para el reencuentro con Cristo. Así, aquello que siempre existió y no tuvo posibilidad de vivir debe ser restablecido bajo la ley del amor.

Jung siente la inseguridad propia de quien está experimentando lo desconocido y presiente el nacimiento del caos. “Esta es la noche en la que todos los diques se quiebran, donde se movió lo que hasta ahora estaba fijo, donde las piedras se transformaron en serpientes y todo ser vivo se puso rígido” (241). Y él concluye que aquello considerado más bajo, más inferior, puede ser salvado de la depravación por medio del amor.

Jung escribe que el Dios de esta época no aparece encarnado ni vive entre los hombres, como Cristo, sino que es el hijo del hombre y aparece en espíritu, naciendo “solo a través del espíritu del hombre como la matriz engendradora de Dios” (242). Shamdasani (243) llama la atención sobre la elaboración posterior de Jung, en relación con esta afirmación, cuando él hace un comentario de la visión de Juan, en el Apocalipsis, y lo compara a los escritos de Meister Eckhart:

> Esta invasión perturbadora engendró en él [Juan] la imagen de la consorte divina, cuya imagen vive en todo hombre […]. Este es el Dios que no aparece encarnado, sino en cada persona, a través del espíritu y que, solitario en su divinidad, no está en un estado de bienaventuranza, sino que tiene que nacer en el alma humana. La encarnación de Cristo es el prototipo que es continuamente transferido a la criatura por el Espíritu Santo (244).

Este pasaje llama la atención porque podemos considerar que la perturbación que se apoderó de Jung sucedió también debido a la aparición de la “consorte divina”, que posteriormente él llamará ánima. Esta movilización, probablemente originada en el amor, le quitó el piso, sacudió sus estructuras, hizo que se sintiera loco, pero fue también aceptada como una expresión del Espíritu Santo, de la llegada del Espíritu que se vive como el Dios en nosotros. La conexión entre amor y trascendencia, amor y espiritualidad, amor y realización del alma, amor y su proceso de individuación, se hace

aún más explícita y nos lleva a sentir la fuerza con que esta experiencia se apoderó de Jung. De hecho, si el amor no hubiese llamado con tanta profundidad en él para la realización de su alma, posiblemente él no se habría aventurado en un terreno tan poco firme y tan poco convencional como era asumir su relación amorosa con dos mujeres al mismo tiempo.

Jung (245) refuerza la idea de que “así someterá el Dios de este tiempo al espíritu, mediante el tormento de la carne”, al contrario de Cristo, que “atormentó la carne mediante el espíritu”. La naturaleza física, la cual en función de la ley del Padre fue superada por el espíritu, debe ahora ser reconsiderada y encontrar su lugar al lado del espíritu por medio del amor.

La polarización entre el espíritu y el cuerpo crea una dicotomía que, para la conciencia patriarcal, es vista como irreconciliable. Cristo predicó el amor y la compasión, pero la institucionalización de sus ideas hizo que ese amor fuese direccionado, sobre todo al espíritu, mientras que la carne fue considerada fuente de pecado. Jung, perteneciente a una familia de pastores luteranos, conoció en profundidad la faceta patriarcal del cristianismo institucionalizado y buscó introducir, en el símbolo de Cristo, la dimensión matriarcal, material, carnal, intentando unir los opuestos que, de hecho, componen una totalidad. La realización del espíritu en la materia, la posibilidad de experimentar la trascendencia en el cuerpo y en la vida cotidiana, forma parte de la búsqueda de Jung. Y fue esto lo que él encontró en la Alquimia.

Me parece innecesario mencionar más ejemplos de la importancia que Jung atribuyó al amor, y cómo percibió el lugar inferior que la conciencia colectiva le había concedido en relación con el espíritu y con el Logos.

Según una cosmogonía órfica, al inicio, la diosa Noche surgió en la forma de un pájaro negro. Pero no apareció totalmente sola, y sí con el Viento, que la fertilizó. Ella puso un huevo, del cual nació un ser alado: Eros, o como fue llamado más tarde, Phanes, conocido como el “primogénito brillante” y “aquel que revela”. Por medio de este dios, se crearon el Cielo y la Tierra (246). Como dios del amor,

trae consigo la posibilidad inherente de síntesis, pues, como afirma Platón en *El Banquete*, el amor es el deseo y el logro de la integración.

Es significativo, por lo tanto, el hecho de lo que escribe Shamdasani (247): “Phanes es el Dios de Jung”.

Jung llega a la conclusión de que el bien y el mal solo podrán ser evaluados en función del crecimiento. Si esto sucede, los opuestos están unidos. Y agrega que la duda forma parte del crecimiento; la persona más fuerte conseguirá admitirla, pero la persona más débil será superada por ella (248). Es la descripción de su proceso de individuación, y la percepción de que el bien y el mal no son buenos y malos en sí mismos.

Cuando el Dios [es decir, el amor] entró en su vida, Jung aceptó todo lo que era rechazable en sí mismo, y con eso preparó el camino para la acción de Dios (249).

Reconoce que lo inferior reposa adormecido como los muertos y exige sacrificio, no de sangre ni de leche, sino de la voluntad de la carne (250).

El Dios que entra en la vida de Jung es el amor, y este exige el despertar de los impulsos adormecidos, reprimidos, que no son ni buenos ni malos, pero que sí podrían llevarlo a su desarrollo. Aunque le pareciese indigno, es por medio del deseo de la carne, de la sexualidad, que estos muertos serán reverenciados, liberando así al “hijo de la tierra”, al gran padeciente que necesitaba la redención, “al más abyecto” (251). Mas, para eso, el espíritu, es decir, el Logos, debe “yacer descuartizado sobre el altar” (252). No podemos olvidar que el inicio del siglo XX estuvo aún marcado por la gran represión sexual (sobre todo de la mujer) y de los sentimientos (especialmente en los hombres). El cuerpo, el “hijo de la tierra”, fue el gran sufriente, a quien Jung buscará enaltecer y liberar al concretizar su relación amorosa con Toni, incluyéndola en su vida íntima, familiar, social y profesional.

El efecto de esta experiencia y de esta elaboración está descrito por Jung en el siguiente trozo y habla por sí mismo:

> La profundidad guarda silencio. Él ha ascendido, observa la luz del sol y permanece entre los seres vivos. La inquietud y la disociación ascienden con

> él, la duda y la plenitud de la vida.
> Amén, está consumado. Es real lo que era irreal, irreal lo que era real. Pero yo no deseo, yo no quiero, yo no puedo. ¡Ay, miserable humanidad! ¡Ay, indignidad en nosotros! ¡Ay, duda y desesperación! […]
> ¿Quién logró con buen derecho, conciencia pura y obedeciendo a la ley del amor, atravesar los límites de este reino? […] ¿Quién es él que descendió del ser uno al ser dos? ¿Quién es él que desgarró su propio corazón para unir lo separado?
> Yo soy él […]. En tanto yo mismo me acepté, me separé en dos, y en tanto que me uní conmigo, devine una parte más pequeña de mí mismo (253).

EL CAMINO DE LA CRUZ

La cruz apunta hacia el crucificado, para quien vivir la propia vida exigió un enorme sacrificio, quien no enseñó lo cognoscible y lo digno de conocerse, sino que lo vivió (254). La tónica de la búsqueda de Jung es, sin duda alguna, sobrepasar el conocimiento restringido a las palabras o a la razón y acercarlo a la vivencia, a la experiencia, aunque esto signifique también ser crucificado, pues implica aceptar lo que tenemos de más abyecto y despreciable. Vivir la propia vida, con toda la dificultad que eso implica, será el centro de su teoría, cuando propone que la finalidad de la vida humana está en realizar la individuación.

La lucha que vemos en Jung se refleja en su búsqueda de algo que lo pueda guiar y que no sea la voluntad ni la intención. Percibe que la voluntad y la intención no abarcan toda su personalidad, y lo que él anhela es la experiencia de la totalidad, ser guiado en su proceso más profundo por su alma o por algo que simbolice su esencia y que él teorizará, más adelante, como el Sí-Mismo (Self, Arquetipo Central) (255). Incluía ahí la posibilidad de abarcar elementos irracionales, intuitivos, ilógicos, mágicos. Escribe:

> Para forzar el destino los antiguos idearon la magia. La utilizaron para determinar el destino externo. Nosotros la necesitamos para determinar el destino interno y encontrar el camino que no nos podemos imaginar (256).

Jung se dispuso entonces a ser aprendiz y fue en busca de un mago.

FILEMÓN

27 de enero de 1914. En este día Jung se encuentra, en su imaginación, con Filemón, el mago, que por primera vez expresó para él el símbolo del Viejo Sabio.

Pero Filemón no surge solo. Está acompañado de Baucis, con quien se casó en su juventud. En su libro *Metamorfosis*, Ovidio relata la historia de ese matrimonio. Pobres y viejos, acogen en su casa a Júpiter y Mercurio, que, disfrazados, habían sido rechazados en otros albergues. Como premio los dioses les ofrecen un regalo, y Filemón pide que él y Baucis sean sus sacerdotes y que mueran al mismo tiempo, lo cual les fue concedido.

El encuentro inicial con Elías da paso a la presencia de Filemón, lo cual indica la transición del ascetismo y del aislamiento a alguien que es reconocidamente un amante. Si Elías es el símbolo del ascetismo, Filemón simboliza el amor. Es significativo que la imagen que indicará el camino a Jung sea un símbolo que conjuga el amor y la espiritualidad. El sentimiento de amor, considerado por Jung la locura divina, busca ser acogido e insertado en un contexto espiritual y trascendente.

La vida de Filemón y de Baucis es simple, junto a la naturaleza. “Ellos riegan su cantero de tulipanes y conversan acerca de las flores que se han abierto recientemente” (257). Jung va hasta Filemón en busca de la magia y aprende que ella es lo incognoscible y lo incomprensible (258). Concluye que:

> Un hombre racional de esta época nunca se servirá de la magia.
> Pero es otra cosa para quien ha abierto el caos en sí. Nosotros necesitamos la magia para poder recibir e invocar al mensajero y la noticia de lo incomprensible. Reconocimos que el mundo está compuesto de la razón y lo irracional, y entendimos que nuestro camino necesita no meramente la razón sino también lo irracional. […]

> El camino mágico emerge por sí solo. Si abrimos el caos, la magia también surge.
> […]
> La magia es un modo de vida. Si se ha hecho lo mejor para conducir el carro y uno se da cuenta de que otro más grande lo guía, entonces tiene lugar el efecto mágico. […] Pero la condición es que uno se acepte completamente y no repudie nada.
> […] Una incertidumbre de la vida será quizá lo que más oprima, pero aun así tengo que unir los dos poderes contrapuestos de mi alma y mantenerlos unidos en fiel matrimonio hasta el final de mi vida, pues el mago se llama Filemón y su mujer, Baucis (259).

Jung afirma tener abierto el caos en sí mismo, haber sobrepasado su racionalidad, la cual le impediría usar la magia. Pero ¿qué es magia? Es el misterio, lo inexplicable, lo irracional, lo sagrado. Es la emoción que despierta al alma, la transfiguración de lo cotidiano árido. En ese contexto, es el amor.

Y, de modo explícito, Jung (260) escribe: “Entonces vi que el amante vive más allá, y que él es el que sin saber da albergue a los dioses”. O sea, los dioses se cobijan donde hay amor. Y agrega:

> Yo conozco tu último secreto: tú eres un amante. Has logrado unir lo separado, atar lo superior con lo inferior. ¿Por qué tuve que caminar tan largas calles hasta llegar a Filemón, si él tenía que enseñarme lo que todo el mundo ya sabe hace muchísimo? Ay, nosotros sabemos ya desde antaño todo y no lo sabremos nunca hasta que no sea logrado. ¿Quién agota el secreto del amor? (261)

El tema central del proceso de Jung en *El Libro Rojo* –el encuentro con el amor y su conflicto frente a él– se hace cada vez más evidente. Después de haber escrito lo que se reproduce más arriba, él afirma: “No me pareciste [Filemón] ser un amante. Pero mis ojos fueron abiertos, y vi que eres un amante de tu alma” (262).

Y, más adelante: “Sus palabras me dejaron conmigo mismo y mi duda” (263), y continúa: “Baucis es solo su otra mitad” (264), reduciendo la importancia de la amada en la vida del amante y negando la presencia de otra persona en la vida de Filemón, ¡como si él viviese completamente solo! (265)

Filemón es considerado por Jung maestro y amigo de los muertos, los cuales se volvieron para Jung "las voces del incontestado, del no-desligado y no-rescatado" (266).
Filemón, el hombre capaz de amar, fue un símbolo de extrema importancia para Jung. Lo pintó en *El Libro Rojo* (267), y a su lado escribió una frase sacada del *Bhagavad Gita*, en la cual Krishna instruye a Arjuna sobre la naturaleza de la verdad: "Siempre que hay una disminución de la ley y un aumento de la maldad, yo tiendo hacia la recuperación de lo piadoso y la destrucción de los malhechores, para el restablecimiento de la ley yo nazco en cada era" (268).

El *Mahabharata*, uno de los dos grandes épicos hindúes, es un poema quince veces más grande que la Biblia. Su tema central es la gran batalla de Kurukshetra, librada entre dos grupos de primos que disputan la sucesión del reino. Podemos decir que el punto central de esta obra es el *Bhagavad Gita*, composición considerada sagrada para el hinduismo. En él, Arjuna, el héroe de la batalla, es instruido por el dios Krishna, basándose en las leyes del Dharma y del Karma, para que siga su verdad profunda, aquello que es y que debe ser, aunque esto lo lleve a destruir a parte de su familia (269).
Filemón fue pintado por Jung también en una pared de uno de los cuartos de su torre en Bollingen, donde agregó la inscripción: *Philemon sacrum, Fausti poenitentia* ('Santuario de Filemón, Arrepentimiento de Fausto'). ¿No es la propia torre el santuario de Jung, en el cual él conjuga el amor vivido por Filemón y el arrepentimiento y la culpa de Fausto?
Jung (270) encuentra entonces una serpiente, para quien toca la flauta y a quien llama alma y hermana. La serpiente era considerada por él como un representación negativa del ánima, al contrario del pájaro, cuya imagen fue tomada por Jung como un símbolo positivo del ánima (271). Después del contacto con Filemón y la proximidad con la magia y con el amor, el ánima de Jung se hace presente, y él percibe en la vivencia de las paradojas el camino en dirección a su propia alma. Reconoce que las polaridades opuestas fluyen una en dirección a la otra: el pecador y el santo, lo caliente y lo frío, la

locura y la razón, lo oscuro y lo claro, y experimenta dentro de sí una batalla salvaje hasta entonces desconocida (272).

> ¡De qué modo sagrado, pecaminoso, caliente y frío fluyen todas las cosas unas en otras! Locura y razón quieren casarse, el cordero y el lobo se pastorean en paz uno junto al otro. […] Mi corazón está lleno de alborotada lucha. Las olas de una corriente oscura y una clara corren precipitándose unas en otras. Nunca antes sentí algo así (273).

Esta es la expresión del conflicto que vivió Jung y lo hizo, pocos años después (en 1916), escribir *La función trascendente*, texto en el cual afirma la necesidad de soportar una tensión, un conflicto, hasta "la última gota", pues solo ahí emerge la solución a través del símbolo. Como hemos visto, y como el propio Jung afirmó en sus memorias, los principales conceptos que él desarrolló en su teoría fueron originados en las experiencias de esta época de su vida. No podemos distanciarnos, por lo tanto, de la magnitud del conflicto y del sufrimiento que él enfrentó en ese período, pues él mismo lo compara a ser crucificado. Explicita en su diálogo con la serpiente:

> Jung: "Hasta el cielo llega lo que se ama e igualmente alto llega lo que se opone. Ambos se mantienen entrelazados y no quieren abandonarse el uno al otro, pues **el exceso de su tensión parece significar lo último y supremo en posibilidad de sentimiento**". (Las negritas son mías).
> Alma: "Te expresas patética y filosóficamente. Tú sabes que todo esto también puede decirse mucho más sencillamente. Por ejemplo, podría decirse que estás enamorado, empezando desde los caracoles y subiendo hasta Tristán e Isolda" (274).
> Jung: "Sí, lo sé, pero aun así…" (275).

Ahí está. Jung sabe que se enamoró. Ya no es más dirigido por su pensamiento ni por su comprensión; se olvidó de quién era y se entregó a su alma, recibiendo a cambio "una alegría llena de dolor" (276). "Haces de tu dolor un placer. Estás torcido, obcecado, no haces más que padecer, loco", dice la serpiente, a lo que Jung responde: "Esta desdicha ha de alegrarme" (277).

Al elaborar esta experiencia, escribe: "Pero en todas partes donde hay amor está lo serpentino […]. Lo extrahumano que

aparece en el amor es de naturaleza de la serpiente y del pájaro […]. El hombre se encuentra entre medio” (278).

En *Siete sermones a los muertos*, escrito por Jung en 1916, publicado en *El Libro Rojo* como parte de los *Escrutinios* y también en *Recuerdos, sueños y pensamientos*, encontramos un pasaje en el cual podemos leer:

> El demonio de la sexualidad entra en nuestra alma como una serpiente. Es (279) mitad alma humana y significa deseo-pensamiento.
> El demonio de la espiritualidad se sumerge en nuestra alma como el pájaro blanco. Es mitad alma humana y se llama pensamiento-deseo (280).

Esta imagen ilustra bastante bien la asociación que Jung establece entre la sexualidad y la serpiente, y también entre el espíritu y el pájaro. Ambos, pájaro y serpiente, pertenecen al amor y Jung busca conciliar estas dos dimensiones en su experiencia amorosa.

Jung tiene entonces la experiencia de unificar los opuestos en sí mismo, afirmando que esto no aconteció a partir del pensamiento, sino que fue creado a partir del calor incandescente de las entrañas, esto es, a partir de emociones intensas. En *Psicología de la transferencia*, libro escrito por Jung en 1946, establece un paralelo entre las imágenes del libro alquímico *Rosarium Philosophorum* y el proceso transferencial. En él hay un pasaje referente a la participación tan intensa y profunda del alquimista con el proceso alquímico que, afirma Jung, muchas veces no sabe si es él el que está junto al fuego agitando la sustancia, o si él es la sustancia que está siendo agitada (281). Esta analogía muestra el alto grado de emoción, movilización interna y hasta indiscriminación que afecta al alquimista, y también a la persona enamorada.

> Me he unido con la serpiente del más allá. He aceptado todo lo más allá en mí. Con eso construí mi comienzo. Cuando esta obra estuvo terminada, me alegré… (282)

En esta etapa del proceso de elaboración tenemos la impresión de que Jung llega a un determinado nivel, y que por algún tiempo

tenderá a la estabilidad, disfrutando de la integración de los opuestos que parece haber logrado. Sin embargo, la próxima visión lo lleva a algo muy distinto y hasta sorprendente, pues la serpiente que vive en las profundidades y lo conecta al más allá, a aquello que no está consciente y que fue reprimido, encuentra un ahorcado. Aparece delante de Jung y dice que había sido condenado a la horca por haber envenenado y matado a su padre, a su madre y a su esposa (283).

Cuando leí este pasaje por primera vez, sin haberme dado cuenta aún de la importancia de la problemática de Jung con Toni Wolff, de la intensidad dramática de su amor y de su conflicto, me pregunté por qué este hombre mataría a su esposa. Considerando que Jung había convivido con Freud y sufrido la influencia del psicoanálisis, matar a los padres podría ser visto como un símbolo relativamente usual, sobrepasar las figuras parentales para poder romper la identificación con ellos y adquirir la propia identidad. Pero ¿a la esposa? Fui entonces a consultar los datos biográficos de Jung y a ver lo que acontecía con él en aquella época. Antes de compartir con el lector el resultado de mi búsqueda, retomo la visión de Jung.

El ahorcado dice que los mató por amor a Dios, queriendo que sus amados llegasen luego a la bienaventuranza eterna. A la pregunta de Jung –si él no había descubierto cuál era su interés personal en eso–, él responde que estaba en mejores condiciones de salud que su mujer, y que quería vivir. Agrega que después de muerto, a veces encuentra a la esposa, que conversan solo cosas triviales, impersonales, como si ya no tuviesen nada que ver el uno con el otro (284).

La impersonalidad es vista como el infierno, lo que demuestra la importancia que le da Jung a la relación profunda y significativa. La descripción de la relación entre el ahorcado y su esposa tal vez muestre la sombra de la vida conyugal de Jung: el distanciamiento entre él y Emma. Respecto a eso, Bair afirma que Agatha, la hija mayor de Jung, en una entrevista que le concedió, recordó con gran emoción los tiempos felices en que ella, su marido y los tres hijos permanecían sentados en la mesa del comedor hasta mucho después de terminada la comida. Encontraba muy triste que sus padres jamás hubiesen conocido ese placer (285).

En relación con la casa de Jung, Bair (286) describe escenas rutinarias que parecían bastante poco animadas en cuanto a las vibraciones de la relación conyugal. Cuando sabía que Jung no tenía pacientes, Toni iba a su casa en la mañana y permanecía con él en la biblioteca, sentada en el sofá, hasta antes de almuerzo. Jung andaba de un lado para el otro, y discutían, a veces de un modo acalorado, respecto de ideas e impresiones acerca de los sueños de él.

> Emma esperaba ansiosamente la noche, cuando podía juntarse con su marido en su escritorio. Se sentaba en el mismo sofá que antes acogiera a Toni Wolff, leyendo en silencio, mientras él escribía o dibujaba en su Libro Negro, que no discutía con ella. Después de varias horas, Emma decía buenas noches y, de la misma forma silenciosa, iba para su dormitorio, dejándolo imbuido en un autoescrutinio, de un tipo o de otro (287).

Conversando con la serpiente, en la secuencia de la visión antes descrita, esta le dice a Jung: “Nunca puedes armonizar la vida personal con la vida absoluta” (288), lo que indica un mirar en dirección a la imposibilidad de conjugar el sentido pleno de la vida, su realización esencial y profunda, con la vida ordinaria y cotidiana. Esta conjunción, en verdad, es el gran desafío de la individuación.

Un poco más adelante Jung escribe algo que puede ser comprendido a la luz de la experiencia del ahorcado:

> Entonces, él siente como si un veneno misterioso hubiese paralizado la vitalidad de sus relaciones personales pero, por el otro lado, en su más allá, acalla la voz de los muertos; cesan la amenaza, el miedo y la inquietud (289).

En nota a pie de página, Shamdasani transcribe una observación de Jung, hecha al margen del volumen caligráfico: “Todavía no me daba cuenta de que yo mismo era ese asesino” (290).

Jung le dice a la serpiente que su trabajo está realizado, a lo que ella responde: “Todavía no hay nada consumado. Recién comienza”. Y cuando Jung afirma que los muertos están en extinción, ella agrega: “Entonces, primero tienen que empezar a vivir los vivos” (291).

Podemos inferir de este pasaje que Jung (292) admite su amor ("Un tonto es alguien que extermina su amor en función del amor"), lo que lo tranquiliza y calma a los muertos, pero reconoce que aún no empezó a vivirlo y por eso concuerda con la serpiente cuando ella le pregunta si no se siente vacío. Transcribo el diálogo entre ellos:

> Serpiente: ¿No te has sentido vacío hoy? ¿A eso llamas vida?
> Jung: Es cierto lo que dices, pero me esfuerzo por encontrar todo lo mejor posible y darme fácilmente por satisfecho.
> Serpiente: Eso podría ser también muy cómodo, pero tú puedes y debes tener pretensiones más altas.
> Jung: Eso me horroriza. Por cierto, no quiero ni pensar que yo mismo podría satisfacerlas, pero tampoco confío en que tú puedas saciarlas (293).

El diálogo final trae a primer plano el tema del amor. Jung agrega que ha concluido su camino, y la serpiente/alma le dice que él está solo comenzando y que ella le dará algo en forma de imagen. La imaginación que sigue es de extrema importancia porque expone, clara y definitivamente, el problema del amor vivido por Jung. Surgen de nuevo Elías y Salomé, ella ahora curada de su ceguera. Ella ama a Jung y Elías se la entrega a él, quien pregunta qué hará con ella, pues él está casado (294). Jung dice que también la ama. Cuando Salomé declara que quiere ser completamente de él (convivir con él), se siente crucificado y dice que la necesidad imperiosa lo crucifica y la imposibilidad lo paraliza. Conociendo ahora el papel de Toni Wolff en la vida de Jung, es pertinente pensar que esta necesidad que lo crucifica ocurre porque no puede ser realizada, por lo menos hasta aquel momento. En la nota 320, en la página 325, Jung reclama que esta imposibilidad se debe a los principios que como *insights* llegaron a él a lo largo de la vida.

Desconfiado de sí mismo, pregunta: "¿Y qué ganas tú si alguna vez tengo que deshacerme de ti como un vestido usado?" (295). Ella está dispuesta a dejarlo, cuando sea su hora (de él). Jung responde:

> Sé que sería un tormento grandísimo dejarte ir así. […] no me olvido de aquel sueño en el cual vi mi cuerpo yaciendo sobre clavos puntiagudos y una rueda

> férrea rodando sobre mi pecho, aplastándolo. Tengo que pensar en este sueño siempre que pienso en el amor. Si tiene que ser, estoy dispuesto (296).

Jung pintó ese sueño en *El Libro Rojo* en la página 127, bajo el nombre de Amor Triunfante. Salomé le pide a Jung que intente, pero él responde que intentar es lo mismo que hacer, y que eso le resulta muy difícil. “Solo acéptame”, dice ella. “¡Si solo dependiera e eso! ¡Pero el enredo con el amor! ¡Es espantoso solo pensarlo!” (297).

Jung, entonces, le habla a Salomé sobre la importancia de ser completo y de relacionarse a partir de ahí, no desde lo que uno desea. Ella no tiene que estar distante de él, pero insiste en que Salomé siga su propio camino: que baile, que cante, que toque el laúd para las personas.

Jung destaca que él alcanzó el placer en sí mismo, y el poder sobre sí mismo, mientras que Salomé perdió el placer, el poder de la tentación y aprendió el amor por el otro, volviéndose amor. Si comprendemos a Salomé como una imagen del ánima de Jung, vemos que él está más próximo de sobrepasar el deseo de placer y el poder de seducir, y se encamina a desarrollar su capacidad de amar. Al mismo tiempo, sin embargo, se muestra aún incapaz de hacerlo, aunque lo desee. Revela haber aceptado a Salomé como placer, pero haberla rechazado como amor, pues teme este sentimiento y no consigue dirigirlo al mundo ni a las personas.

> Como placer acepté a Salomé y como amor la rechazo. El amor, creo, pertenece al otro. Pero mi amor quiere venir a mí. Me atemorizo ante él. El poder de mi pensar ha de empujarlo de mí, en el mundo, en las cosas, a los hombres. Quiero llevar esta lucha hasta las últimas consecuencias (298).

Esta imaginación ocurrió el 9 de febrero de 1914. El día 11, Jung continúa, ahora conversando con la serpiente, llamada alma en el *Libro Negro 4*. Salomé está llorando y Jung se queja del pago que la serpiente le ha dado, porque este demandó sacrificio, a lo que ella responde diciéndole que la vida demanda sacrificio. Jung dice que rechazó a Salomé y pregunta si eso ya no es suficiente sacrificio. “Para ti, demasiado poco”, dice ella. Jung pregunta si no fue suficiente forzar sus sentimientos hasta lo más hondo. La serpiente responde que no, porque esto es más fácil que seguir siendo

torturado por Salomé. Por eso, ella llora. Jung admite que no sabe qué hacer, dice que debería subir más alto que su propia cabeza, pero no consigue hacerlo. Pide, entonces, que la serpiente pregunte en el más allá y busque consejo en el cielo o en el infierno (299).

Para Jung apartarse de Salomé, la representación del amor, es más fácil que enfrentar el desafío de amarla, ya que él está casado. No obstante, fiel a su verdad interior, se abre a un camino que le será revelado, en cuanto reconoce que está delante de una situación de la cual no podrá salir solo con el pensamiento, o por medio de soluciones estereotipadas. Está viviendo una intensa crisis moral, la que más tarde considerará un elemento desencadenador del proceso de individuación. Jung muestra, en su proceso, la disposición para seguir aquello que propondrá teóricamente: la fidelidad y la sumisión del Ego al Self, el reconocimiento del Self como algo mayor, la apertura a la función trascendente, la búsqueda de la totalidad y de la individuación, de la realización profunda del ser. No se puede negar que, en relación con enseñar lo que vivió, Jung fue un ejemplo.

La serpiente se transforma en un pájaro blanco que vuela en dirección al cielo, sobrepasando las nubes. Pregunta a Jung (300) si él lo oye y le dice que encontró algo para él, una corona de oro. "Y ahora yace…". En medio de esta frase Jung interrumpe el volumen caligráfico de *El Libro Rojo.* No seríamos junguianos si no nos preguntásemos qué símbolo está contenido en el punto exacto en que Jung deja de transcribir sus vivencias, y cuál es su sentido.

Este momento, justamente cuando la serpiente, la representación ctónica del ánima, incluyendo ahí la sexualidad, cede lugar al pájaro blanco, una representación más espiritualizada del ánima, es un momento de cambio. El equipararla solo con el placer cae por tierra y ella se revela portadora de algo celestial, de un amor trascendente, capaz de develar el todo. Sin duda, a partir de este punto se hace más difícil rechazar esa experiencia, reprimirla o negarla. Por más que haya principios, estos serán ineficaces para contener la fuerza del amor que impele a la totalidad.

De aquí en adelante, las visiones de Jung transcritas en la traducción de *El Libro Rojo* fueron sacadas del borrador. Este trozo continúa así: "Y ahora se encuentra en mi mano, una corona regia

de oro", en la cual está grabada la inscripción: "El amor nunca termina" (301). Esta frase, sacada de Corintios 1, 13:8, fue tan importante para Jung que él la retomó en *Recuerdos, sueños y pensamientos* (302). En la Biblia está inserta en un capítulo cuyo título es "El amor es el don supremo".

En su imaginación, Jung queda colgado en las ramas del árbol divino por tres días y por tres noches –metáfora de la situación de conflicto, de la cual no se puede salir voluntariamente sin que se mutile parte de la personalidad–. Lo que se puede hacer en esta circunstancia es esperar. Y es lo que él hace, esperando la ayuda "de lo alto". La corona fue vivida, a un mismo tiempo, como "la corona de la vida eterna y la corona del martirio" (303). ¿Acaso esta paradoja no se aplica al amor "imposible"?

Jung está colgado entre el cielo y la tierra, pudiendo permanecer ahí para siempre, pues el amor nunca termina. El amor puede ser considerado el camino para unificar los opuestos y, por eso, Salomé es representada como parte de Jung (304): "Salomé es como tú eres. Vuela, así le crecerán alas a ella". Suavemente Jung se desliza de la cima del árbol a la tierra.

En su elaboración de esas vivencias, Jung escribe: "En tanto y en cuanto el amor se embarace de la vida, este ha de ser estimado" (305). Pero su conflicto es terrible: "¿Por qué, oh espíritu de la profundidad tenebrosa, me obligas a decir: quien ama no vive, y quien vive no ama? ¡Pues siempre dije lo contrario!" (306).

Podemos comprender su división entre la vida y el amor simbolizando respectivamente el antagonismo entre el espíritu de este tiempo y el espíritu de la profundidad, entre la vida dentro de la moral vigente y el amor con sus transgresiones. Jung ataca al espíritu de la profundidad, pues este le reveló sus contradicciones: "Partiste el amor y la vida en dos" (307).

El producto de su alma, el resultado de su proceso, es sentido por Jung como un hijo de las tinieblas, hijo del demonio, que lo debilita. Lo identifica, en un momento de odio, con Filemón, aquel que ama, por quien se siente engañado.

Más adelante leemos: "¿Dónde está Salomé? ¿Dónde la pregunta insoluble del amor? Ninguna pregunta más, mi mirada giró hacia las cosas venideras y Salomé está donde estoy yo" (308).

Después de tanta lucha y tensión, parece que surge una cierta paz. Salomé, el ánima, es percibida como inseparable de Jung. Ella es también símbolo de Eros, del principio de relación, con el cual Jung necesitó aprender a convivir.

El *Libro Negro 4* trae una fábula contada por la serpiente (alma) a Jung. En resumen, se trata de lo siguiente: un rey no podía tener hijos. Entonces se dirige a una hechicera y, con su ayuda, tiene un niño. Cuando este crece y codicia el trono, el rey recurre nuevamente a la hechicera y el hijo muere. Él queda muy triste y vuelve donde ella, quien le enseña qué hacer y entonces tiene otro hijo. Cuando este crece y quiere el trono, el rey muy emocionado le pasa la corona al hijo. Jung conversará con la serpiente de esta fábula y ella le dirá que él es este hijo, y por él Jung deberá permanecer como un niño. Podemos comprender este hijo, subjetivamente, como el despuntar de una nueva conciencia, contra la cual Jung se rebelará. Esta nueva conciencia es capaz de aguantar la tensión entre los opuestos. Jung (309) escribe al final de este pasaje: "Mi amor permaneció conmigo". Esto fue escrito el 23 de febrero de 1914.

La próxima anotación fue hecha el 19 de abril del mismo año. Estas fechas son muy importantes porque entre el 30 de marzo y el 13 de abril de 1914, según Shamdasani (310), Jung fue de vacaciones para Italia. Bair (311) entra en más detalles y afirma que en este período, dos semanas después de que Emma hubiera dado a luz su quinta hija, Emma Helene, el 18 de marzo, Jung fue para Ravena con Toni Wolff. Emma y el bebé quedaron al cuidado de la suegra de Jung, los niños mayores quedaron con la madre de él.

Bair (312) agrega que Ravena pasó a tener un significado especial para Jung, como podemos ver en *Recuerdos, sueños y pensamientos*, donde Jung describe haber ido a Ravena años más tarde, acompañado por una señora conocida suya (Bair (313) afirma que era Toni). En el baptisterio ambos tuvieron la visión de cuatro frescos, hechos de mosaicos, por aproximadamente veinte minutos. Posteriormente descubrieron que estos no existían. Podemos percibir el grado de intimidad psíquica y de simbiosis que existía entre ellos, para que pudiesen tener la misma visión y al mismo

tiempo. “Este acontecimiento que nos ocurrió en Ravena es algo de lo más extraño que me haya sucedido”, afirma Jung (314). Y más adelante escribe: “De hecho, en el análisis del ánima me encontré con peligros que vi representados en el mosaico. Por poco no muero ahogado” (315).

Con estos datos objetivos en las manos, se hace aún más claro el drama vivido por Jung. Si no hubiese estado tan tocado por el ánima, tan movilizado por el amor, posiblemente él no habría incluido abiertamente a Toni en su vida. Al leer *El Libro Rojo* –y esto es confirmado por el propio Jung, en el Apéndice B (316)–, vemos que el proceso central que se despliega es la presencia y la elaboración de la figura del ánima y del principio de Eros. Ahora bien, difícilmente la separación de Freud y aun la Primera Guerra Mundial movilizarían un proceso como este. Aunque estas situaciones hayan, de alguna manera, contribuido a las visiones descritas en *El Libro Rojo*, cualquier profesional con experiencia analítica percibe que ellas, de ninguna manera, pueden ser consideradas centrales para desencadenar el desarrollo de Eros, la función sentimiento y de relación con el amor y con el ánima.

Miembro de la burguesía suiza, casado con la heredera de la segunda mayor fortuna del país, dueño de una carrera brillante, reconocido internacionalmente, con la esposa embarazada por quinta vez, se enamoró de otra mujer y eso provocó un enorme alboroto en su vida, sobre todo porque él siempre tuvo interés en observar su mundo interno y considerarlo importante y digno de respeto. No se contentó con elegir un lado del conflicto, en escoger racionalmente una salida, sino que su personalidad lo obligó a permanecer en la encrucijada hasta el fin, hasta que aconteciese algo mayor que su voluntad. El hallazgo de la función trascendente no se dio sin un tremendo sufrimiento…

Después del viaje a Ravena, Jung retoma sus anotaciones en *Los Libros Negros*. En *Los escrutinios* (317), escritos el 19, 20 y 21 de abril de 1914, se encuentra con su Yo y, en un monólogo, se deja llevar y lanza sobre él su odio, su frustración, su indignación. Posiblemente movilizado por la culpa, deja traslucir su

desesperación y ataca en forma ostensible a su “otro” interior, proyectando sobre él características sombrías y repudiándolo abiertamente, llamándolo bárbaro y prometiendo que hará de su vida un infierno, hasta que se vuelva alguien con quien se pueda convivir.

> Yo mío, tú eres un bárbaro. Quiero vivir contigo, por eso te arrastraré a través de todo un infierno medieval hasta que seas capaz de hacer soportable la vida contigo (318).

Ocurre aquí una confrontación con la Sombra. Prácticamente todo el discurso de Jung gira alrededor de su repudio a ese yo, maltratándolo y expresando su desprecio por él. Jung lo trata de mentiroso, cobarde, deshonesto, venenoso, vengativo, egoísta, poseedor de orgullo infantil, sinvergüenza, ambicioso, sediento de fama, y por ahí continúa, agregando que es paciente solo en función de su propio placer, además de haber tenido un progreso ínfimo desde la Edad Media.

> Solo cuando se trata de tu gozo ensalzas tu paciencia.
> […] Quiero aumentar este gozo hasta que vomites de deleite, para que sepas lo que quiere decir el gozo en el autotormento…
> […] Quiero romper tus huesos hasta que ya no quede huella de la dureza de ellos.
> […] Tu progreso desde el Medioevo temprano parece ser insignificantemente ínfimo (319).

Jung (320) escribe también que, si ese otro no fuera él mismo, él ya lo habría hecho trizas.

Después del viaje con Toni, en las circunstancias ya mencionadas, no es de admirar que Jung exacerbe su autocrítica. Sabiendo lo que estaba aconteciendo en su vida exterior, podemos imaginar cómo estarían sus emociones, y percibir la culpa y el remordimiento por dejar a su esposa y a una pequeñita de dos semanas para viajar de luna de miel con su amante. Su Sombra, a quien en este pasaje llamó “mi yo”, “estúpido hermano yo”, lo condujo por el camino del corazón, o sea, por su función menos

desarrollada. Como él acostumbraba a decir, cuando hablaba de su comportamiento adúltero en esta fase: “En la época, yo estaba en medio del problema del ánima” (321).

El 20 de abril de 1914, Jung renunció a la presidencia de la Asociación Internacional de Psicoanálisis. Él estaba en medio de la confrontación con la Sombra y, aunque lentamente empezaba a ser capaz de estar solo consigo mismo, muchas veces recaía, se alteraba y tenía lugar otro enfrentamiento.

> Después de haberle dicho a mi yo estas y muchas otras palabras malvadas, noté que empecé a tolerar el estar solo conmigo mismo. Pero más frecuentemente aún se excitó la susceptibilidad en mí y, con igual frecuencia, me tuve que azotar por eso (322).

El 30 de abril de 1914, Jung renuncia al cargo de profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Zúrich.

En el mes de mayo, Jung reencuentra su alma. Él y “su yo” están sufriendo, inmersos en el rescoldo dejado por el fuego que vivió tan intensamente (323). Su alma estaba feliz y satisfecha con aquello que lo atormenta: la experiencia del amor alimenta las alas del alma, pero lacera el corazón inmerso en la culpa.

El alma le dice a Jung que él duda debido a su debilidad y a su incredulidad, y no por amor a los hombres. “Mantente en tu camino y no te escapes de ti mismo. Hay una intención divina y una humana” (324). El alma agrega que el sacrificio es necesario, y Jung dice que teme cometer una injusticia con los hombres si sigue su camino. Su tristeza continúa. El 24 de junio de 1914, el alma le habló nuevamente: “Lo mayor viene de lo menor” (325), y no dijo nada más.

Al inicio y al final del mes de junio, y también a comienzos del mes de julio de 1914, Jung tuve tres veces sueños muy parecidos.

> Estaba en un país desconocido y súbitamente durante la noche y, por cierto, en la mitad del verano, había sobrevenido un incomprensible y tremendo frío desde el espacio; todos los mares y ríos se habían convertido en hielo, todo el verde viviente se había congelado.
> El segundo sueño fue muy similar a este. El tercer sueño, a principios de julio, sin embargo, fue así:

> Estaba en una lejana tierra inglesa. Era necesario que volviera a mi patria con un barco veloz tan rápidamente como fuera posible. Llegué pronto a casa. En mi patria encontré que, en medio del verano, había sobrevenido del espacio un frío tremendo que había helado todo lo viviente. Allí se encontraba un árbol con hojas, pero sin frutos, las cuales, por efecto de la helada, se habían transformado en dulces uvas llenas de zumo curativo. Yo recogía las uvas y se las regalaba a una gran multitud que aguardaba (326).

La interpretación que Jung da a estos sueños se asocia a la guerra: el frío de la muerte, el árbol estéril cuyas hojas habían sido transformadas por el frío en remedio, y cuyos frutos él da a la multitud, en forma de una poción narcótica agridulce que deja sabor a sangre en la boca (327).

Sin embargo, esta no es la única interpretación posible. Después de haber viajado con Toni a otro país, Jung encuentra un frío terrible en su país de origen, en su casa, en su hogar –no es difícil imaginar cómo Jung encontró a Emma, aún en el puerperio, cuando volvió a casa–. Él estaba "en pleno verano" –nuevamente la metáfora del calor–, pero le fue imposible evitar un frío descomunal. Después del viaje de Jung y Toni a Ravena, Emma, que hasta entonces siempre recibía a su madre y a su hermana en casa, empieza a restringir sus visitas para evitar cualquier bochorno, ya que Toni pasa a ser una presencia constante en su casa (328).

Cuando en 1944 Jung sufre un infarto y queda bastante enfermo, Emma pasa a controlar las visitas que él recibe y, por lo tanto, en esa época Toni casi no tiene permiso para verlo, lo que demuestra que, 30 años después, Emma todavía resentía su presencia y que, solo entonces, durante una enfermedad gravísima de Jung, consiguió imponer su voluntad.

Pero volvamos a los sueños. Durante la suspensión de la vida, cuando la naturaleza vegetal se recoge a esperar la primavera, un árbol da frutos: uvas dulces que producen una bebida sanadora.

Dado que estas imágenes provienen de un sueño, una vez más me siento impresionada con la inmensa capacidad del centro organizador de nuestra psique para hacer emerger símbolos tan significativos. En principio, podría haber aparecido cualquier fruto, pero el mismo Jung nos enseñó que un símbolo onírico nunca es

aleatorio. Una manzana es una manzana, y no puede ser sustituida en nuestra interpretación por ninguna otra fruta, ya que no habría razón alguna para que el sueño no expresara a través de la mejor imagen posible aquello que quiere comunicar.

Así, uvas son uvas. Y no por casualidad, forman parte de dos grandes mitos: el de Dioniso y el de Cristo. La uva es la materia prima del vino, bebida central en los ritos de iniciación dionisíaca, pues producen una alteración de la conciencia. En el mito cristiano, el vino representa la sangre de Cristo, consagrada en el altar. Dice Jesús:

> Si no comieres la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendrás vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. (Jn.6: 53-54)

Ambos mitos expresan el sacrificio, la muerte y el renacimiento.

Y es para el sacrificio, la muerte y el renacimiento hacia donde apuntan las imágenes oníricas. El paso, realizado por medio del sacrificio, de un estado "congelado", sin emociones y de muerte aparente, hacia una posibilidad de vida nueva, que sería diseminada inclusive por medio de su teoría, pero que solo puede ser alcanzada porque Jung se permitió vivir su drama profundamente.

LA GUERRA

Y entonces estalló la guerra.

> Ahí se me abrieron los ojos acerca de muchas cosas que había experimentado antes, y eso me dio también el valor para decir todo lo que había escrito en las partes anteriores de este libro (329).

Al referirse a la irrupción de la guerra y atribuir a ella lo que había escrito hasta entonces, dando un ejemplo extraordinario de una intuición privilegiada, Jung minimiza, por no decir excluye, sus experiencias personales, las cuales, hasta entonces, él aseguraba

que eran fundamentales para su proceso. Dice que siempre quiso comprender su diálogo con el alma en relación con sí-mismo (330).

Podemos imaginar el impacto emocional de una guerra, más aún de una guerra de la magnitud de la Primera Guerra Mundial, algo hasta entonces nunca visto. Para alguien con la sensibilidad de Jung, esta situación debe haberlo tocado profundamente, como vemos en el relato que hace de su visión del mapa de Europa cubierto de sangre.

La opresión del espíritu de la profundidad por el espíritu de este tiempo, experiencia de la cual Jung intenta desligarse a lo largo de *El Libro Rojo*, genera tal desequilibrio en el ámbito colectivo que, podemos decir, provoca las guerras. Estas, en nuestros días –así como en la época de Jung–, tienen a la base el deseo de poder y de control, intereses económicos, sometimiento de un pueblo a otro, autoritarismo, repitiendo siempre la desconsideración por el alma, por lo humano, por la naturaleza, la ausencia de compasión, la imposibilidad de colocarse en el lugar de otro, el desprecio por el principio de Eros.

Antes del estallido de la Guerra, Jung vivía su “guerra” personal, con mucho sufrimiento, angustia, tensión, rebelión, conflicto, odio, amor, desesperación, culpa. Se nota que el diálogo entre Jung y su alma, escrito el 24 de mayo de 1914, en el cual habla sobre su miedo de cometer una injusticia hacia los hombres, y escucha que debe seguir su camino, sin preocuparse de los otros, sean ellos buenos o malos (331), guarda estrecha semejanza con el diálogo entre Krishna y Arjuna, sacado del *Bhagavad Gita*, y el consejo que el primero da al guerrero.

No es por casualidad que al lado de la imagen de Filemón, Jung (332) transcribe un diálogo entre Krishna y Arjuna, sacado del *Bhagavad Gita*, en el cual el dios Krishna incita al héroe Arjuna a luchar contra sus propios primos, su tío y su preceptor, o sea, lo incita a participar en la destrucción de su familia.

Jung quedó aliviado cuando estalló la guerra, pues temía estar volviéndose esquizofrénico. En carta a Mircea Eliade, escribe:

> El 31 de julio, inmediatamente después de mi conferencia, supe por el diario que había estallado la guerra. Finalmente comprendí. Y cuando al día

> siguiente desembarqué en Holanda, nadie estaba más feliz que yo. Ahora estaba seguro de no estar amenazado por una esquizofrenia (333).

Involucrado con Toni Wolff, Jung repetía, de cierta manera, la relación extraconyugal que tuvo con Sabina Spielrein. El conflicto generado por esta situación, por su sentimiento de amor y culpa –y casi de rebelión–, fue posiblemente tan intenso que la tensión y el sufrimiento que vivió fueron comparados a la devastación causada por la esquizofrenia. Ante la amenaza de perder la sanidad mental, la guerra le pareció un alivio.

Así, creo que cuando Jung afirma que la guerra le abrió los ojos para aquello que él venía viviendo y le dio coraje para exponer lo que había escrito en la primera parte de *El Libro Rojo*, de verdad él encontró una explicación confortable y políticamente correcta para mantener su *persona*, revelar la creatividad y profundidad extraordinarias de su proceso y también para ocultar la importancia de su relación con Toni Wolff.

A partir de esas experiencias, las voces de la profundidad se callaron por un año, escribe Jung (334). Durante este período empezó a hacer la copia caligráfica del *Liber Novus,* a partir de los *Libros Negros*, y a insertar las imágenes en *El Libro Rojo*, además de añadir en él algunas observaciones.

Su proceso, obviamente, continuó después de este año y siguió durante toda su vida. En 1916, por ejemplo, escribió:

> Solo la fidelidad y la entrega voluntaria al amor son capaces de disolver esta sujeción y mezcla, y reconducir a mí aquellas partes de mi sí-mismo que yacían secretamente junto a los hombres y las cosas. Solo así crece la luz de la estrella, solo así alcanzo mi naturaleza estelar, mi más verdadero e interno sí-mismo, que es simple y único (335).

Pero la experiencia fundante que originó *El Libro Rojo* ocurrió entre 1913 y 1914, y no puede separársela del período en que Jung inició su relación con Toni.

Hasta el inicio de 1914, Toni fue la única persona que leyó los *Libros Negros*. Bair (336) cree que Jung permitió que Emma leyese algunos trozos de sus anotaciones solamente en 1915, por lo tanto, después de que la Primera Guerra Mundial había comenzado.

Hannah (337) afirma que, durante las primeras etapas de “la confrontación con el inconsciente”, el aspecto positivo del ánima de Jung estaba totalmente proyectado sobre Toni.

La relación simultánea con Emma y Toni nunca debe haber sido fácil de manejar. Jung insistió en tratar a las dos por igual, diciéndole a Emma que “no podía tratar a Toni de una manera menos respetuosa de como lo haría con ‘su otra esposa’” (338). Así, ambas convivieron socialmente, fueron parte del Club de Psicología, escribieron sobre temas ligados a la psicología analítica y atendieron pacientes.

Jung y Toni se apartaron cuando él comenzó a interesarse por la alquimia, y ella no. “De pronto Toni Wolff salió de mi vida, tan rápidamente como entró. De pronto, fue el fin” (339). ¿Habrá sido una sincronicidad el hecho de que Jung haya interrumpido *El Libro Rojo* justo cuando se distanció de Toni Wolff? Pero, de hecho, el distanciamiento nunca fue completo.

Hacia fines de los años 40, surgió entre Toni y Emma una “relación gentil y generosa”, que duró hasta la muerte de Toni, el 21 de marzo de 1953 (340). Emma falleció el 30 de noviembre de 1955.

Es significativo el testimonio de Jung en *Recuerdos, sueños y pensamientos:*

> Después de la muerte de mi esposa, en 1955, sentí el íntimo deber de llegar a ser lo que yo mismo soy. En el lenguaje de la casa de Bollingen: de repente descubrí que el ala intermedia, que hasta entonces se alzaba insignificante y oculta entre los dos torreones, representaba, por así decirlo, a mí mismo o a mi yo. Entonces lo aumenté un piso. Antes, no hubiese sido yo capaz de ello; lo hubiese considerado únicamente una audaz ostentación. En realidad se manifestaba la primacía del ego o de la conciencia alcanzada en la vejez. De este modo, un año después de la muerte de mi esposa, la obra quedó terminada (341).

Después del fallecimiento de Toni y de Emma, Jung percibe el significado de la torre, considerando que la parte central, apresada entre las dos torres, era él mismo, podemos pensar, entre Emma y Toni. Siente que es hora de elevar esta construcción, permitiendo que quede más alta que las laterales, del mismo modo que sobrepasó en longevidad a las dos mujeres.

En homenaje a ellas, y expresando la importancia que tuvieron en su vida, Jung grabó en dos piedras, en la casa de Bollingen: "cimiento de la casa", refiriéndose a Emma, y "fragancia de la casa", a Toni (342).

184- Ibíd., p. 301.

185- Jung, Recuerdos, p. 237.

186- Jung, Emma; Von Franz, A Lenda do Graal, p. 42.

187- Jung, El Libro Rojo, p. 257.

188- Ibíd., p. 258.

189- Ibíd.

190- Jung, Children's Dreams. Notas de los Seminarios dados en 1936-1940 en El Libro Rojo, p. 258, nota 12.

191- Jung, El Libro Rojo, p. 259, nota 18.

192- Ibíd., p. 260.

193- Ibíd.

194- Ibíd., pp. 260-261.

195- Ibíd., p. 261.

196- Ibíd.

197- Ibíd.

198- Ibíd., p. 261, nota 25.

199- Ibíd., p. 331.

200- Ibíd.

201- Jung, Recuerdos, p. 198.

202- Ibíd., pp. 145-146.

203- Jung, El Libro Rojo, p. 261.

204- Ibíd., p. 272.

205- Ibíd., p. 274.

206- Ibíd., p. 273.

207- Ibíd., p. 257 y siguientes.

208- Ibíd., p. 267 y siguientes.

209- Ibíd., pp. 274-275.

210- Ibíd., p. 275.
211- Ibíd.
212- Ibíd.
213- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 273, nota 81.
214- Jung, El Libro Rojo, p. 278.
215- Jung, Tipos psicológicos, O.C. 6, p. 301.
216- Jung, El Libro Rojo, p. 283.
217- Ibíd., p. 284.
218- Ibíd., p. 286.
219- Ibíd., p. 287, nota 139.
220- Ibíd.
221- Ibíd., p. 290.
222- Ibíd.
223- Ibíd.
224- Ibíd., p. 292.
225- Ibíd., p. 293.
226- Ibíd., p. 294.
227- Ibíd.
228- Ibíd., p. 236.
229- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 236, nota 90.
230- Ibíd.
231- Jung, El Libro Rojo, p. 236.
232- Kinsley, The Divine Player - A Study of Krishna Lila, p. xii.
233- Zimmer, Filosofias da Índia, p. 394.
234- Jung, El Libro Rojo, p. 295.
235- Ibíd., p. 236.
236- Ibíd., p. 295.
237- Byington, "Teoria Arquetípica da História - O Mito Cristão como o Principal Símbolo Estruturante do Padrão de Alteridade na Cultura Ocidental".
238- Jung, El Libro Rojo, p. 295.
239- Ibíd., p. 297.
240- Ibíd.
241- Ibíd., p. 298.

242- Ibíd., p. 299.

243- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 299, nota 198.

244- Jung, Respuesta a Job, O.C. 11, par. 741.

245- Jung, El Libro Rojo, p. 299.

246- Kerényi, The Gods of the Greeks, p. 114.

247- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 301, nota 209.

248- Jung, El Libro Rojo, p. 302.

249- Ibíd., p. 304.

250- Ibíd.

251- Ibíd.

252- Ibíd.

253- Ibíd., pp. 304-305.

254- Ibíd., p. 310.

255- En esa época Jung todavía no había creado el concepto de ánima y, en su experiencia, lo equiparaba a su experiencia de Dios (Self o Arquetipo Central).

256- Jung, El Libro Rojo, p. 312.

257- Ibíd.

258- Ibíd., p. 315.

259- Ibíd.

260- Ibíd., p. 316.

261- Ibíd.

262- Ibíd.

263- Ibíd.

264- Ibíd., p. 317.

265- Con respecto a este pasaje, ver artículo de Schwartz-Salant, "The Mark of One who have Seen Chaos - A Review of C. G. Jung's Red Book". Quadrant - Journal of the C. G. Jung Foundation for Analytical Psychology. New York. 2010, XXXX: 2, p. 11-38.

266- Jung, Recuerdos, p. 161.

267- Jung, El Libro Rojo, p. 154.

268- Bhagavad Gita. Traducción y notas, Humberto Rohden, capítulo 4, versos 7 y 8.

269- Paradojalmente, en la descripción de la más terrible de las guerras se encuentra la enseñanza de la no-violencia (ahímsa), y por este motivo el

Bhagavad Gita fue el libro de cabecera de Gandhi.

270- Jung, El Libro Rojo, p. 318.

271- Jung, Aspectos psicológicos de Kore. O.C. 9i, par. 376.

272- Jung, El Libro Rojo, p. 318.

273- Ibíd., pp. 318-319.

274- Tristán e Isolda representan el amor romántico y adúltero.

275- Jung, El Libro Rojo, p. 319.

276- Ibíd.

277- Ibíd.

278- Ibíd.

279- En la edición de la lengua inglesa de El Libro Rojo, el pronombre es femenino para el diablo de la sexualidad y masculino para el de la espiritualidad. Es significativa la asociación entre sexualidad, serpiente, tierra y femenino, así como la analogía entre espíritu, pájaro, cielo y masculino.

280- Jung, El Libro Rojo, p. 352.

281- Jung, Psicologia de la transferência, O.C. 16, par. 399.

282- Jung, El Libro Rojo, p. 323.

283- Ibíd.

284- Ibíd.

285- Bair, Jung, vol. 1, p. 551, nota 42.

286- Ibíd., p. 323.

287- Ibíd., p. 324.

288- Jung, El Libro Rojo, p. 324.

289- Ibíd.

290- Ibíd., p. 324, nota 320.

291- Ibíd., p. 324.

292- Ibíd.

293- Ibíd., 325.

294- Jung había dicho lo mismo a la joven que encontró en el castillo, en la visión que tuvo el 28 de diciembre de 1913 (ver p. 261 de El Libro Rojo).

295- Ibíd., p. 325.

296- Ibíd.

297- Ibíd.

298- Ibíd., p. 326.

299- Ibíd.
300- Ibíd.
301- Ibíd.
302- Jung, Recuerdos, p. 294.
303- Jung, El Libro Rojo, p. 327.
304- Ibíd., p. 328.
305- Ibíd.
306- Ibíd.
307- Ibíd., p. 329.
308- Ibíd.
309- Ibíd., p. 330.
310- Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 327, nota 344.
311- Bair, Jung, vol. 1, p. 322.
312- Ibíd.
313- Ibíd., p. 550.
314- Jung, Recuerdos, p. 240.
315- Ibíd., p. 241.
316- Jung, El Libro Rojo, p. 365.
317- Ibíd., pp. 333-334.
318- Ibíd., p. 331.
319- Ibíd., p. 332.
320- Ibíd.
321- Bair, Jung, vol. 1, p. 322.
322- Jung, El Libro Rojo, p. 333.
323- Ibíd., p. 334.
324- Ibíd.
325- Ibíd., p. 335.
326- Ibíd., p. 228.
327- Ibíd.
328- Bair, Jung, vol. 1, p. 322.
329- Jung, El Libro Rojo, p. 235.
330- Ibíd.
331- Ibíd., p. 335.

332- Ibíd., p. 154.

333- McGuire & Hull (Eds.) C. G. Jung Speaking: Interviews and Encounters. En Shamdasani, Introducción a El Libro Rojo, p. 202, nota 87.

334- Jung, El Libro Rojo, p. 335.

335- Ibíd., p. 356. Lance Owens me hizo prestar atención a esa afirmación que aparece en su texto “Jung in Love: The Mysterium in Liber Novus”, que será publicado como capítulo de un libro en alemán sobre Jung y El Libro Rojo.

336- Bair, Jung, vol. 1, p. 551, nota 39.

337- Hannah, Jung, p. 132.

338- Bair, Jung, vol. 1, p. 344.

339- Ibíd., vol. 2, p. 50.

340- Ibíd., vol. 2, p. 260.

341- Jung, Recuerdos, p. 188.

342- Anthony, As mulheres na Vida de Jung.

• Consideraciones finales •

Lo que ocurre entre el amante y el amado es la plenitud completa de la divinidad (343).

No cabe duda de que Jung contribuyó mucho para que su proceso expresado en *El Libro Rojo* fuese atribuido a su ruptura con Freud y también a su premonición de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, en el Apéndice B, en la página 365 de *El Libro Rojo*, podemos leer una interpretación que Jung hace de su propio proceso por medio de las imágenes de Elías y Salomé. Él escribe sobre la *enantiodromía* tipológica, en su caso, el desarrollo de la función sentimiento. Jung se refiere al desarrollo de las polaridades Eros y Logos, que él comprendió como el principio de relación y de la lógica, respectivamente. Ampliamente desarrollado en su teoría, el principio de Eros se manifiesta en forma espontánea en el transcurso de sus visiones, generando reacciones emocionales intensas y haciéndolo reconocer elementos de su alma que antes no eran percibidos. Revela, así, que la búsqueda del desarrollo de la capacidad de amar es el punto central en su proceso de individuación.

En una entrevista brindada a Miguel Serrano, fechada en mayo de 1959, Jung dice: “Nada es posible sin amor […], la persona enamorada pone en juego toda la personalidad y arriesga hasta la vida misma…”, permitiéndose maravillarse, casi a los 84 años:

> En alguna parte, alguna vez, hubo una Flor, una Piedra, un Cristal, una Reina, un Rey, un Palacio, un Amado y una Amada, hace mucho tiempo, en el Mar, en una Isla, hace cinco mil años… Es el amor, es la Flor Mística del Alma, es el Centro, es el Sí Mismo… […] Nadie entiende eso, a no ser algunos poetas, ellos me comprenderán… (344)

Me pregunto si la falta de visión de la comunidad junguiana en relación con la importancia del amor en la vida de Jung no refleja la desvalorización cultural dada al sentimiento y al amor en la vida del hombre. ¿Cómo Jung, un genio, intelectual, creativo, podría ser tan afectado por las flechas de Eros hasta el punto de afirmar que estaba perdiendo la razón? ¿Cómo un pensador profundo, dedicado a su trabajo, se dejaba atormentar tanto por una mujer? ¿Pero no es exactamente esto lo que él nos enseñó, al describir los efectos de la posesión del ánima?

Percibir a Jung con sus conflictos, en medio de sus dificultades, dolores, contradicciones y defensas, no lo disminuye. Al contrario, agrega aún más humanidad a su imagen.

Si hay algo que podemos afirmar con certeza es que Jung escribió lo que experimentó y, en ese sentido, sabía lo que decía. Tal vez por eso su teoría se difunde cada vez más por todo el mundo, cada uno de nosotros sintiendo e intuyendo la verdad profunda de las palabras de quien las vivió.

Creo que la mejor manera de terminar este libro es dar, una vez más, la palabra a Jung y dejar que él mismo hable sobre su experiencia con el amor.

> Mis experiencias médicas, así como mi propia vida, me han planteado sin cesar la cuestión del amor, y no estoy nunca en condiciones de dar a este respecto una respuesta válida. […] Se trata aquí de lo supremo y lo infinito, de lo más lejano y de lo más profundo, y nunca puede decirse uno sin lo otro. No existe lenguaje adecuado a esta paradoja. […] "El amor nunca cesa" […] Puede imponer al amor todos los nombres de que dispone, pero no incurrirá más que en autoengaño infinito. Si posee una gran Sabiduría, rendirá sus armas y lo denominará *ignotum per ignotius*, a saber, con el nombre de Dios. Esto constituye una confesión de su inferioridad, imperfección y dependencia, pero también a la vez un testimonio de la libertad de su elección entre verdad y error (345).

343- Jung, El Libro Rojo, p. 307, nota 240.

344- Serrano, O Circulo Hermético - Hermann Hesse a C. G. Jung, pp. 76-77.

345- Jung, Recuerdos, p. 294.

• Epílogo a la edición en castellano •

Solamente ahora, después de que mi libro ya ha sido publicado en portugués y en inglés, supe, gracias al Dr. Murray Stein, analista junguiano emérito, del texto escrito por el analista junguiano John Allan, profesor de la Universidad de British Columbia, en Vancouver, Canadá. Ese texto, originalmente publicado en la página "C. G. Jung. El Libro Rojo" de Facebook, el 29 de enero de 2014, corrobora de manera contundente las ideas que desarrollo a lo largo del libro.

Agradezco al profesor John Allan por autorizarme a reproducir aquí su texto:

En mi último blog mencioné que el Prof. Shamdasani ha enriquecido muchísimo los estudios Junguianos con su trabajo erudito de *El Libro Rojo*, pero me preguntaba por qué él había disminuido el papel desempeñado por la amante de Jung, Toni Wolff. Shamdasani (1995) en el *Spring Journal*, 57, pp.115-137 nos habló de la contratransferencia erótica de Jung con Toni. Y ya en enero de 1910, Jung le escribió a Freud: "me parece que el prerrequisito para un buen matrimonio es la licencia para ser infiel" (McGuire, 1974, p.289). Mi preocupación por el poco reconocimiento del rol de Toni en *El Libro Rojo* surge, en parte, de una conversación que tuve con Franz Jung (hijo de C. G.) el 20 de julio de 1983. Él y su esposa me invitaron a tomar té en la casa familiar, 228 Seestrasse, Küsnacht. Como a las 5 de la tarde me invitó a dar un paseo con él y su perro por el Tobelweg. En esta caminata, inesperadamente y para gran sorpresa mía, empezó a hablar de Toni: "Toni en menor o mayor grado salvó la vida y la estabilidad psíquica de nuestro padre. Ella fue su amante y su terapeuta… él le llevó sus fantasías, escritas en los libros negros y algunos de sus sueños y ambos hicieron imaginación activa con ellos. Más tarde él los pulió y los escribió y los dibujó en *El Libro Rojo.* Este fue el período entre 1913 y 1928. Ella fue su compañera permanente, no

solo en sus almuerzos de los días miércoles en el departamento de ella, sino también en nuestra casa, en Bollingen y en los viajes a Ravena, etc… No creo que hubiese existido un *Libro Rojo* sin ella. *El Libro Rojo* era el diario privado de él: jamás lo publicaremos. Es demasiado personal y podría mostrarlo como un hombre loco, lo que no era… él fue un muy buen padre para mí, pero yo era un niño. Ella (Toni) me caía bien y yo solía dibujar en el suelo de nuestra biblioteca mientras ellos trabajaban, pero mis hermanas la odiaban porque veían el dolor que le había provocado a nuestra madre”. Me preguntaba por qué Franz me estaría diciendo estas cosas ahora, y luego él continuó como si quisiera sacarse algo del pecho. “Ella (Toni) le pidió muchas veces a mi padre que dejara a mi madre, pero él se rehusó. Después de la última vez, al comienzo de marzo de 1953, ella se consumió en el cigarro, un cigarrillo tras otro. Él no fue al funeral porque se sentía avergonzado y culpable; que él la había empujado a cometer suicidio de esa manera”. Yo estaba aturdido y en silencio, y no sabía qué decir y Franz empezó a llamar a su perro que se había alejado. De hecho, en retrospectiva, no creo que él quisiera que yo dijera algo, él solo quería que yo lo escuchara, y eso hice. Les conté esta experiencia a varios amigos junguianos, uno de los cuales conocía a Franz y se preguntaba por qué Franz no le había dicho a él sobre el exceso de cigarrillos que fumaba Toni. No tuve respuesta. Sabían las historias de Toni, el último día que hizo análisis (cuán abatida se veía) y que la causa de la muerte, creo, fue un accidente cerebro-vascular. Esta es una historia que me contaron, si es verdad o no, no lo sé, pero lo que sí me gustaría ver es que se le dé más crédito a Toni por su rol en la creación de *El Libro Rojo*.

• Glosario •

Ánima: De acuerdo con Jung, el ánima es un arquetipo presente en los hombres y que representa para ellos la imagen de la mujer. Hoy se considera que el *ánima* es el arquetipo que le permite al hombre relacionarse con el Otro en igualdad de condiciones. Se puede manifestar en una persona, en un objeto, en una carrera, una obra de arte, un llamado religioso, político o vocacional, en fin, en todo aquello que moviliza el alma del hombre. El ánima es el motivo propulsor (psicopompo) del proceso de individuación del hombre en la segunda mitad de la vida.

Ánimus: Arquetipo presente en la mujer, equivalente al ánima del hombre. Permite que la mujer se relacione con el Otro de manera simétrica. El ánimus es el arquetipo responsable de movilizar el espíritu de la mujer (psicopompo), urgiéndola a seguir el llamado para lograr la realización plena de su personalidad.

Arquetipo: Una posibilidad universal para expresar la propia naturaleza. Está presente en todos. Siendo virtual, solo tenemos acceso a sus manifestaciones individuales o colectivas en, por ejemplo, los sueños, las imágenes, los mitos, las religiones, los cuentos de hadas, los síntomas físicos y mentales, las relaciones, y en todas las experiencias humanas. Un arquetipo solo se manifiesta si es activado (constelado). Todo es arquetípico, ya que nada de lo que experimentamos es ajeno a la naturaleza humana.

Arquetipo central: El principal de los arquetipos fue denominado así por Jung solo una vez en su obra (*Símbolos de transformación*). Byington utiliza esta terminología para referirse al centro organizador del desarrollo de la personalidad.

Arquetipo de la alteridad: Concepto creado por Carlos Byington, en relación con un funcionamiento típico de la conciencia, regido por la dialéctica y por la no jerarquía entre las polaridades. Es el arquetipo de la paradoja y de la metáfora. Se expresa en democracia, en la solidaridad, en la compasión y en todo en lo cual exista un funcionamiento simétrico.

Arquetipo matriarcal: Utilizado aquí de acuerdo con el concepto propuesto por Byington, se refiere al funcionamiento de la conciencia regido por la sensualidad, por la intimidad, la espontaneidad, el placer, la atención al propio ritmo y a las propias necesidades. Las polaridades funcionan aquí de manera insular y, por eso, el arquetipo matriarcal favorece la simbiosis. Este arquetipo está presente en el hombre, en la mujer y en la cultura.

Arquetipo patriarcal: Es aquí comprendido de acuerdo con la Psicología Simbólica Junguiana de Carlos Byington. Es un patrón de funcionamiento de la conciencia en el hombre, en la mujer y en la cultura, en el cual las polaridades funcionan de modo antagónico y jerárquico. Es el arquetipo de la organización, de la regla y de la ley.

Enantiodromía: Movimiento pendular, propio de la psique, que hace que las partes de la personalidad varíen de un extremo a otro. Mientras más unilateral es el funcionamiento de la persona, más intensamente ocurrirá la *enantiodromía*. Por ejemplo, el moralista que se transforma en libertino, o el trabajólico que abandona el trabajo y pasa a cultivar el ocio.

Eros: Función de relación afectiva con personas, animales, naturaleza y cosas.

Función intuición: Lleva a la persona a conocer aspectos internos o externos, sin que haya un camino lógico o sensorial para esto. Es una función irracional, que permite prever el futuro y bucear en el pasado desconocido.

Función pensamiento: Función racional, permite a la persona articular, de modo abstracto o lógico, ideas, emociones, imaginaciones y percepciones de la realidad interior y exterior.

Función sensación: Función irracional, fue llamada por Jung la función de lo real. Dice lo que una cosa es. Capacita al individuo a lidiar con los detalles de las realidades internas y externas de manera pragmática.

Función sentimiento: Función racional asociada al juicio de valor. Es responsable por la ética, avala lo que es verdadero o errado, bueno o malo, etc., desde el punto de vista del corazón.

Función trascendente: Función central de simbolización.

Individuación: Instinto de autorrealización. Impulso para el desarrollo de todo el potencial de la personalidad para ampliar la conciencia e integrar las polaridades. La individuación no significa individualismo ya que esta implica considerarse a sí mismo tan importante como el otro.

Logos: Función lógica, abstracta. Permite al individuo tener objetividad, distancia e impersonalidad.

Numinoso: Lo que posee numen, expresión utilizada por Rudolf Otto para expresar la vivencia de lo sagrado, caracterizada por él como la experiencia de lo tremendum y fascinosum.

Persona: Arquetipo responsable de la presentación social del individuo. Cuanto más segura sea la persona, más flexible y multifacética será su persona. Esta se expresa en los gestos, la voz, la forma de vestir y de comportarse, tanto en los roles profesionales y personales que desempeñamos, como por ejemplo: rol de madre, de padre, de hijo, de profesor, de médico, de político, etc.

Sincronía: Coincidencia significativa entre eventos internos y externos. Por ejemplo: relación entre sueños y fantasías y los

acontecimientos del mundo externo sin una relación causal. Jung consideró la sincronía un principio de relación a-causal.

Sombra: Jung consideró el aspecto inconsciente indeseado de la personalidad. La Sombra posee contenidos difíciles de ser integrados en la conciencia. La integración de esos contenidos, sin embargo, es imprescindible para la plenitud de la personalidad.

Self: Jung utiliza este término con dos significados distintos. Uno de ellos se refiere a la totalidad de la psique, y el otro al arquetipo principal, que es el centro organizador de la personalidad.

Tipología junguiana: Jung clasifica cuatro funciones de la conciencia: sensación, intuición, pensamiento y sentimiento. A cada una de esas funciones se asocia una actitud –introversión o extroversión–, lo que da origen a ocho tipos: sensación introvertida, sensación extrovertida, intuición introvertida, intuición extrovertida, y así en adelante.

• Referencias bibliográficas •

ANTHONY, Maggy (1990). *As mulheres na Vida de Jun*g. Río de Janeiro: Record - Rosa dos Tempos, 1998.

BAIR, Deirdre. *Jung: uma Biografia*. 2 volúmenes. São Paulo: Globo, 2006.

BARROS, José D'A. "Os Trovadores Medievais e o Amor Cortês - Reflexões Historiográficas". (Los Trovadores Medievales y El Amor Cortesano - Reflexiones Historiográficas). *Revista Alétheia - Estudios sobre la Antigüedad y el Medioevo.* Año 1. Vol. 1, p. 1. Abril/mayo 2008. ISSN - 1983-2087. Revista electrónica www.revistaaletheia.com (Consultada en noviembre de 2011).

BIBLIA SAGRADA: Trad. João Ferreira de Almeida. Brasília: Sociedade Bíblica do Brasil, 1969.

BHAGAVAD GITA. Traducción y notas, Humberto Rohden. São Paulo: Fundación Alvorada, s/d.

BRANDÃO, Junito de S. *Mitologia Grega*. 3 vol. Petrópolis: Vozes, 1987.

BYINGTON, Carlos A. B. "Teoria Arquetípica da História – O Mito Cristão como o Principal Símbolo Estruturante do Padrão de Alteridade na Cultura Ocidental". *Junguiana - Revista da Sociedade Brasileira de Psicologia Analítica*. Petrópolis, 1983, n° 1, p. 120-177.

________ *Psicología simb*ólica j*unguiana*. São Paulo: Linear B, 2008.

CAROTENUTO, Aldo. *Diario de una secreta simetría*. Río de Janeiro: Paz e Terra, 1984.

DE, Sushil K. *Early History of the Vaisnava Faith and Movement in Bengal.* Calcuta: Firma K.L. Mukhopadhyay, 1961.

GUERRA, Maria Helena R. M. “Encuentro: Relacionamento Interpessoal Dialético enquanto Símbolo de Totalidade”. Disertación de Maestría - Instituto de Psicología de USP, 1988. No publicado.

GUGGENBÜHL-CRAIG, Adolph. *O Casamento está Morto. Viva o Casamento.* São Paulo: Símbolo, 1980.

HANNAH, Barbara. *Jung: Vida y obra. Una memoria biográfica*. Porto Alegre: Artmed, 2003.

JONES, Ernest. *The Life and Work of Sigmund Freud.* En Bair, Deirdre: *Jung: uma biografia*. 2 volúmenes. São Paulo: Globo, 2006.

JUNG, C. G. (1921). *Tipos psicológicos.* O.C. 6. Madrid: Trotta, 2013.

________ (1925). *Psicología analítica - Notas del seminario dado en 1925.* McGuire, W. Princeton. Princeton University Press, 1991.

________ (1930-1934). *Los seminarios de las visiones*. De las notas completas de Mary Foote. 2 volúmenes. Zúrich: Spring Publications, 1976.

________ (1932). *Psychological Commentary on Kundalini Yoga.* Zúrich: Spring, 1976. Lecturas tres y cuatro.

________ (1936-1940). *Children’s Dreams*. Notas de los seminarios dados en 1936-1940. En Jung, C. G. *El Libro Rojo*. Buenos Aires:

Elhilodariadna, Malba, Fundación Constantini, 2010.

________ (1941). *Aspectos psicológicos de Kore*. O.C. 9i. Petrópolis: Editora Vozes, 2001.

________ (1946). *Psicologia de la transferência*. O.C. 16. Petrópolis: Editora Vozes, 1987.

________ (1951). *Aion - Researches into the Phenomenology of the Self* (Investigaciones en la Fenomenología del Self). O.C. 9ii. Princeton: Princeton University Press, 1979.

________ (1952). *Respuesta a Job*. O.C. 11. Petrópolis: Editora Vozes, 1979.

________ (1961). *Recuerdos, sueños y pensamientos*. Barcelona: Seix Barral, 2002.

________ *El Libro Rojo*. Buenos Aires: Elhilodariadna, Malba, Fundación Constantini, 2010.

JUNG, Emma; VON FRANZ, Marie-Louise. *A Lenda do Graal*. São Paulo: Cultrix, 1989.

KERÉNYI, Karl (1951). *The Gods of the Greeks*. Surrey: Thames and Hudson, 1979.

________ (1967). *Dionysos - Archetypal Image of Indestructible Life* (Dioniso - Una imagen arquetípica de la vida indestructible). Princeton: Princeton University Press, 1976.

KINSLEY, David R. *The Divine Player - A Study of Krishna Lila*. Delhi: Motilal Banarsidass, 1979.

McGUIRE, William (Ed.) *The Freud/Jung Letters. The Correspondence between Sigmund Freud and C. G. Jung*.

Londres: Penguin Books, 1991.

McGUIRE, William; y HULL, R. F. C. (Eds.) *C. G. Jung Speaking: Interviews and Encounters.* Princeton: Princeton University Press, 1977, pp. 233-234, citado por Shamdasani, 2010, p. 202, nota 87.

RAMOS, Denise G. A. *A Psique do Coração*. São Paulo: Cultrix, 1995.

ROUGEMONT, Denis. "O Amor no Ocidente". In Barros, José D'A, "Os Trovadores Medievais e o Amor Cortês - Reflexões Historiográficas". (Los Trovadores Medievales y El Amor Cortesano - Reflexiones Historiográficas). *Revista Alétheia - Estudios sobre la Antigüedad y el Medioevo.* Año 1. Vol. 1, p. 1. Abril/mayo 2008.

SCHWARTZ-SALANT, Natan. "The Mark of One who have Seen Chaos - A Review of C. G. Jung's Red Book". *Quadrant - Journal of the C. G. Jung Foundation for Analytical Psychology*. New York. 2010, XXXX: 2, p. 11-38.

SERRANO, Miguel (1965). *O Circulo Hermético - Hermann Hesse a C. G. Jung*. São Paulo. Brasiliense, 1973.

SHAMDASANI, Sonu. Introducción a *El Libro Rojo* de C. G. Jung. Buenos Aires: Elhilodariadna, Malba, Fundación Constantini, 2010.

ZIMMER, Heinrich (1951). *Filosofias da Índia*. Compilado por Joseph Campbell. São Paulo: Palas Athenas, 1986.